



Portada Interna de Tesis

Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica

"La participación del cuerpo en la creación del juego como espectáculo y sus efectos en la constitución psíquica"

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de Maestra en Psicología Clínica.

Presenta:

Luz Ofelia Garduño González

Dirigido por:

Dra. Raquel Ribeiro Toral

SINODALES

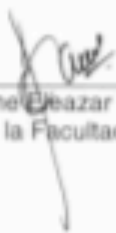
Dra. Raquel Ribeiro Toral
Presidente

Dra. Rosa Imelda De la Mora Espinosa
Secretario

Mtra. Maria Eugenia Venegas Fernández
Vocal


Dra. Violeta Venco Bonet
Suplente

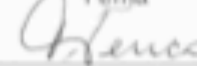
Mtra. Elvia Izel Landaverde Romero
Suplente



M.D.H. Jaime Peazar Rivas Medina
Director de la Facultad de Psicología

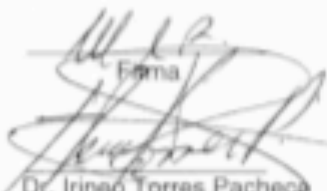

Firma


Firma


Firma


Firma


Firma


Dr. Irineo Torres Pacheco
Director de Investigación y
Posgrado

Centro Universitario
Querétaro, Gro.
Septiembre, 2013
México

RESUMEN

La intención de este trabajo ha sido conseguir el grado de Maestra en Psicología Clínica. Para esto realicé una investigación sobre “La participación del cuerpo en la creación del *juego como espectáculo* y sus efectos en la constitución psíquica” a partir de la revisión de varios textos de autores psicoanalistas. El tema del juego es uno de los más relevantes en el trabajo con niños, ya que un niño que juega muestra que tiene cierto camino recorrido en el proceso de subjetivación. Particularmente me enfoqué en la participación del cuerpo dentro del juego *como espectáculo* (término que tomo de Freud), en cómo el pequeño logra ir tomando distancia del cuerpo materno y posteriormente apropiarse de su cuerpo, para poderlo utilizar dentro de procesos creativos y dentro del juego. El objetivo de este trabajo es encontrar algunas razones por las cuáles a ciertos niños se les complica utilizar su cuerpo para jugar. Analizo varios factores que influyen en ese proceso: la madre, el cuerpo, lo social, el juego, el deseo. Estructuro este trabajo a partir de cuatro capítulos, en los que se explican los conceptos primordiales: un primer capítulo sobre la **constitución psíquica**, un segundo capítulo sobre el **cuerpo** (qué es el cuerpo para el psicoanálisis), el tercer capítulo sobre **el jugar** y por último un capítulo en el que se despliegan y se trabajan las hipótesis iniciales. Esta investigación permite ubicar cómo el cuerpo es una construcción simbólica y cómo es que hay muchos factores, tanto internos como externos, en la vida de un niño, que serán los que beneficiarán o entorpecerán el uso del cuerpo en el juego creativo y en su subjetivación.

Palabras clave: constitución psíquica, cuerpo, jugar, niño, psicoanálisis.

SUMMARY

The main objective of this work is to get my master's degree in Clinical Psychology. The subject of my research was "the participation of the body in the creation of the game as a spectacle" and its effects on the psychic reaction. The research was built after several texts of different authors. The game as a topic, is one of the most relevant when it comes to work with children. A kid that plays shows that he has some advance in the process of *subjectivation*. I focused on the participation of the body in the game as a spectacle (a concept taken from Freud's theories), asking how the kid can develop a distance from the maternal body and subsequently take over his body to use it in a creative process. The objective of this work is to answer why for some kids it's so complicated to use their bodies. This investigation analyzes some of the elements that take part on the process: the mother, the body, social factors, the game, and desire. This work consists of four chapters. The first one presents the psychological constitution; the second chapter talks of the body (from the psychoanalytical perspective); the third chapter analyzes the importance of playing; and the fourth chapter deploys the hypothesis, first stated at the beginning of this work. This research allows the identification of the body as a symbolic construction and the internal and external factors in the life of a child that can benefit or hinder their subjectivity.

Key Words: psychological constitution, body, playing, psychoanalysis.

A mi “abuelita Lucha”. Quien a pesar de que nunca bailaba, un día antes de fallecer mintió sobre haber preparado un baile para celebrar el día en que yo concluyera esta tesis y me titulara de la maestría.

AGRADECIMIENTOS

Cuando uno logra algo que le implicó un gran esfuerzo y uno que otro desaire y se regala unos minutos para voltear la mirada atrás, seguramente reconocerá los rostros (y los actos) de varias personas que lo estuvieron acompañando y posibilitando que ni el cansancio, ni las distracciones de la vida cotidiana se apoderaran de la intención con la que se emprendía un sueño. En mi caso, este proyecto de tesis.

Ahora, tomándome esos minutos, quiero agradecer a quienes hicieron camino conmigo durante estos dos años y medio. A los que me acompañaron porque comprendían el paso tan grande que esto significaba para mí. A mi asesora Raquel Ribeiro Toral, mi tío Gerardo Bohórquez, a mi novio Miguel Topete y mi querida tía Lola. A los amigos que a pesar de no estar cerca físicamente, estuvieron a un lado haciendo el viaje llevadero y permitiéndome que no perdiera de vista el objetivo. A mi entrañable amiga Angelina González, por darse el tiempo de hablar cuantas veces fueron necesarias para que yo recuperara claridad suficiente para pensar y escribir en los momentos de confusión.

Agradezco también a mi amiga Diana Garfias, por recordarme un par de veces la importancia de la disciplina y la concentración. Gracias a “Jaguar” quien leyó este trabajo con tanta paciencia e interés.

Por último y con especial cariño, quiero agradecer a mis padres y a mi hermano, quienes desde siempre me han impulsado a buscar y conseguir lo que anhele. A ellos, porque amorosamente celebran mis logros, se los dedico.

ÍNDICE

	Página
Resumen	i
Summary	ii
Dedicatorias	iii
Agradecimientos	iv
Índice	v
Índice de cuadros	vii
Índice de figuras	viii
I. Introducción	1
II. Capítulo I.	5
1. La Constitución Psíquica	5
1.1 Ser arrojado al mundo	5
1.2 El encuentro con el otro	12
1.3 El deseo y la representación: los efectos del encuentro con el otro	15
1.4 Autoerotismo y narcisismo	18
1.5 Las pulsiones y el surgimiento de una singularidad	22
1.6 El papel del cuerpo en la constitución psíquica	28
III. Capítulo II.	31
2. El cuerpo	31
2.1 La imagen del cuerpo	31

2.2 Los discursos sobre el cuerpo	41
2.3 Los límites sobre el cuerpo	53
IV. Capítulo III.	64
3. El jugar	64
3.1 Las funciones del jugar	68
V. Capítulo IV.	87
4. La participación del cuerpo en la creación del <i>juego como espectáculo</i> y sus efectos en la constitución psíquica.	87
4.1 Lo ideal	88
4.2 Las dificultades	98
4.3 ¿Por qué las dificultades?	100
4.4 Conclusiones del capítulo	123
VI. Conclusiones	124
Bibliografía	127
Apéndice	131

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro	Página
1. Juegos con pelota	106
2. Muñecos	107
3. Naturaleza	108
4. Representación de actividades adultas	108
5. Juegos en ruedas	109
6. Juegos donde sólo participa el cuerpo	110
7. Juegos con un solo material	111
8. Juegos con tecnología	112
9. Juegos de mesa	113
10. Juegos al aire libre	114

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura	Página
1. Banda de Moebius	74

I. INTRODUCCIÓN

Cuando pensamos en un niño que juega pueden venir a nuestra mente diversas imágenes; distintos niños y distintos juegos. Podemos pensar en pequeños jugando fútbol o en niñas que juegan “a las muñecas”; imaginar niños sentados frente a una mesa con algún material educativo o con tableros de entretenimiento. También podemos imaginar niños más pequeños, que juegan aún dentro de una cuna dejándose sorprender por cualquier objeto que esté a su alrededor, bebés que investigan con su cuerpo y que se asombran con lo que les entra y sale de sus cavidades. Tal vez también recordemos otro tipo de niños, que prefieren jugar con aparatos electrónicos y controles que les permiten apoderarse de “mundos” coloridos, proyectados en el televisor. Podemos incluso pensar en niños que se muestran retraídos y que mientras están rodeados de otros pequeños de su edad, eligen permanecer alejados y únicamente observar.

Particularmente, pienso en un tipo de niño que juega a algo sumamente interesante: un niño que monta un espectáculo y que se muestra como actor de una historia que se va construyendo mientras se juega. Este niño tiene gran dominio del espacio en el que se mueve y lo hace con tal fluidez que da la impresión de estar siguiendo un guion teatral. Hablo de un niño que juega con su cuerpo y que cuenta una historia con él. Esta narración corporizada es casi artística, pudiendo compararse incluso con una improvisación dramatúrgica en la que el niño es el personaje principal sin importar a quién esté personificando. Todo le sirve para asociar, parece olvidarse del mundo que lo rodea y únicamente se detiene para buscar elementos del paisaje que pudieran hacerle falta para continuar su construcción. A este tipo de juego le llamaremos *juego del espectáculo*.

La experiencia en específico que me lleva a investigar sobre el tema del juego y a interesarme en el asunto de la participación del cuerpo dentro del mismo, es el recuerdo de un niño que conocí en mis prácticas profesionales de licenciatura. Este niño de aproximadamente 4 años y medio, entró al consultorio para su primera sesión y se dedicó a inspeccionar el lugar sin dirigirme ni una sola

palabra. Observaba los materiales que había a su disposición abriendo y cerrando las cajas de colores, sacando los juguetes y regresándolos a su lugar sin que ninguno lo convocara a iniciar alguna actividad o algún juego. Después de merodear unos cuantos minutos y de familiarizarse un poco con el espacio, volteó su mirada abruptamente hacia mí, como si algo se le hubiera ocurrido de pronto y expresó: “prefiero ser un león”. Rápidamente se puso de rodillas simulando estar en cuatro patas, comenzó a “gatear” vertiginosamente por todo el consultorio, luchó contra el escritorio que en el juego hacía de “árbol gigante” y derrumbó la silla en la que antes estaba sentado, dándole el papel de “león más débil y pequeñito” contra el que debía luchar para “apoderarse del reino”. Rugía fuertemente y peleaba agitado contra su rival. Ya avanzada la pelea, llevó a su víctima a una “cueva” bajo el escritorio y ahí le dio muerte. De pronto entró en pánico y dijo: “No, mejor que nadie se moría. El chiste es sólo jugar”. Sin más, se levantó del piso, acomodó su silla y me preguntó mi nombre.

La característica tan atractiva de esta creación tiene que ver con que en su expresión no es el muñeco el que es un “león”, una “bailarina” o un “piloto”, ni es el dibujo el que permite hablar de que se desea ser un “león”, una “bailarina” o un “piloto”, sino que es el niño el que actúa ese ser y el hecho ineludible es que su cuerpo está implicado activamente en esa intención: permitiéndole jugar con él y evidenciándole, mientras juega, que su cuerpo no es más que el de un niño pequeño.

Para hablar del juego como “espectáculo” tomo prestado el concepto que utiliza Freud en su texto “El creador Literario y Fantaseo” (Freud, 1907-08, p.128) para expresar los tipos de creación artística del poeta. En esta investigación, lo utilizo para referirme al juego en el que el niño es actor de su propia historia, donde la participación de su cuerpo en esta construcción le permite apropiárselo (hacer suyo su cuerpo) y donde, el juego tiene efectos importantes en la constitución psíquica del pequeño. La aspiración de este estudio, es comprender los favores que ofrece este tipo de juego al proceso en el que el niño comenzará a

emerger como un sujeto deseante, proceso que continuará a lo largo de toda su vida.

Cabe mencionar que el juego y el jugar han sido temas de investigación dentro de esta Maestría en Psicología Clínica. Por ejemplo podemos revisar el trabajo realizado por la Maestra Izel Landaverde (2012), titulado “Hablemos del jugar: su lugar en el psicoanálisis con y de niños”; también la tesis del Maestro Víctor Hernández (2008), llamado “El juego y la escritura freudiana en la práctica psicoanalítica con niños”, entre otros.

Para esta tesis, dedico el primer capítulo al tema de la constitución psíquica, para explicar cómo es que hay posibilidad de registrar a nivel psíquico lo que ocurre en el cuerpo (la carne) del niño y cómo esto le permite tener un registro de lo vivenciado. El capítulo dos lo dedico al tema del cuerpo, entendido desde el psicoanálisis, como una construcción simbólica, explicado cómo aquel pedazo de carne que es atravesado por los significantes familiares, por el deseo materno, por las expectativas de los padres, por la cultura, etc, y que toma la forma de un cuerpo a partir de eso. En capítulo tres hablo del jugar, no sólo del juego. Hablo del jugar como una actividad en la que el niño toma un papel activo y por lo tanto también es afectado psíquicamente de forma importante mientras juega. Ese capítulo explica detenidamente a qué se refiere el *juego del espectáculo*. Por último, en el cuarto capítulo se da espacio para desplegar la hipótesis de este trabajo y ubicar algunas de las posibles razones por las cuales a un niño se le complica el proceso de apropiación del cuerpo y se hace un pequeño ejercicio en el que, a partir de entrevistas, se logra una pequeña comparación entre los juegos que solían jugarse desde los años cincuenta del siglo pasado hasta la fecha. A lo largo de los capítulos tres y cuatro se muestran algunas observaciones que realicé a niños de edad escolar, con la intención de ejemplificar mis pensamientos.

Las referencias bibliográficas y citas dentro del texto, se trabajan con el sistema de la American Psychological Association (APA). El lector se encontrará a lo largo del trabajo citas con el siguiente orden: el nombre del autor, la obra y el

año de publicación de cada texto. Todas las citas de Sigmund Freud corresponden a sus Obras Completas, de Editorial Amorrortu, de 1986.

CAPITULO I

1. La Constitución Psíquica.

Este capítulo tiene por objetivo plantear cómo se despliega la constitución subjetiva, a fin de conectar ésta con lo que se abordará en el capítulo dos sobre el cuerpo y su participación activa en la construcción del juego (tema que ocupará el trabajo del tercer capítulo) y, posteriormente, con el capítulo cuatro donde desarrollaremos la hipótesis formulada en esta tesis.

1.1 Ser arrojado al mundo

Para hablar de constitución psíquica, es necesario comenzar a hablar de la historia del bebé recién llegado al mundo; de aquel que está en construcción, de aquel que devendrá sujeto en falta.

Cuando hablamos de “sujeto en falta”, es importante aclarar que no fue Sigmund Freud quien se refirió de esta forma al sujeto. Freud habló de un sujeto que se va a constituir psíquicamente (tal cual lo explicaremos en este capítulo) y no fue sino Jaques Lacan quien habló a un “sujeto en falta” a partir de que lo describió como imposibilitado de satisfacer por completo su deseo. Esta diferencia quedará mejor explicada a lo largo de este trabajo, pero por lo pronto es necesario hacer tal distinción.

Freud en su artículo “Inhibición, síntoma y angustia” (Freud, 1926 [1925], p.145), menciona que el cachorro humano es, a diferencia de los demás mamíferos, el que nace más desprotegido e inacabado; es arrojado al mundo incompleto y desposeído de capacidades para subsistir sin la ayuda de un semejante. Por lo tanto, el ser humano será siempre un ser que necesite del otro (de los otros) para poder sobrevivir. Estará condenado a lo que Freud menciona como un “prolongado desvalimiento” (Freud, 1926 [1925], p.145) que le representará una dolorosa experiencia de habitar en el mundo, pero que al mismo tiempo le permitirá constituirse subjetivamente en relación con lo que lo rodea.

Así, nacer no es suficiente. Es necesario que haya quien asista al cachorro humano. Es imprescindible que exista esa madre que deseó al niño y que cumpla con su labor de convocarlo e invitarlo a reconocerse como parte del universo que habita. Por lo tanto, en el proceso de constitución psíquica estará profundamente implicado el quehacer de la madre, que irá delimitando la existencia del pequeño y favoreciendo que éste constituya su deseo.

Pero antes de hablar del papel de la madre pensemos en el recién nacido, quien a pesar de sus carencias, indudablemente trae consigo un organismo biológico que le permite realizar ciertas actividades por su cuenta. Ese organismo, en cuanto es arrojado por el cuerpo de la madre, antes que otra cosa, pega un grito y llora con todas sus fuerzas haciendo un increíble llamado de atención, una petición de auxilio hacia el otro que evidencia su inminente necesidad de ser socorrido para sobrevivir. Ese organismo, que apenas llega al mundo, berrea y patalea exigiendo que se le mire y convoca a ser cuidado y atendido. También respira, abre y cierra los ojos, succiona el pecho de la madre al ser amamantado, duerme. Pero pareciera que en un principio esas acciones son realizadas por instinto, porque el organismo está prediseñado para funcionar de esa manera.

Freud, en el “Proyecto de Psicología para Neurólogos” (Freud, 1950[1895]), explica la formación, la existencia y el funcionamiento del aparato psíquico, como el lugar en el cual se desarrollan los procesos que, en general, humanizan a aquel que nace: la capacidad de soñar, la memoria, la consciencia, el pensamiento, la palabra, etc.

Antes que nada, Freud da un largo recorrido exponiendo que el psiquismo está conformado por sistemas de neuronas que se comunican unas con otras. Menciona que la función primaria de estos sistemas tiene que ver con la descarga de energía y son esencialmente regulados por un “principio de inercia” (Freud, 1950[1895]), p.141). Este principio explica que hay dos tipos de neuronas, las motoras y las sensibles: unas que se encargan de la percepción y las otras de la descarga.

Freud habla de que hay estímulos externos, de los cuales el organismo puede huir sin alterar el principio de inercia, el cual consiste en una tendencia del organismo, a buscar un estado en el que las energías estén en nivel cero. Pero también menciona que habrá otros estímulos, de origen endógeno, de los cuales el organismo no podrá escapar y que de igual forma buscarán la descarga. Estos estímulos provienen de las células del cuerpo y dan lugar a las necesidades básicas como: hambre, respiración y sexualidad; dichos estímulos no pueden ser ignorados y es necesario que sean satisfechos mediante una “acción específica” que deberá ser realizada en el mundo exterior. El “principio de inercia” está relacionado con el apremio de la vida y trabajará para no acumular excedentes de estímulos.

El sistema de neuronas se compone de distintos tipos de neuronas que están conectadas entre sí, por medio de prolongaciones o ramificaciones celulares. A su vez, puede haber neuronas investidas (cargadas de cantidades de energía) y neuronas que estén vacías; ambas tienen un “órgano de descarga” (Freud, 1950[1895]), p.342) mediante el cual se deshacen del excedente de energía. La función primaria de la neurona es la de la descarga y la función secundaria, la posibilidad de almacenamiento de la energía, que es posible a partir de neuronas que no permiten el paso de energía ni la comunicación entre ellas, debido a la existencia de “barreras contacto” (Freud, 1950[1895]), p.343).

Freud explica su teoría de las barreras contacto a través de la “memoria”. Habla de la posibilidad de que el sistema nervioso quede alterado de manera duradera; es decir, que hay información y energía que puede ser guardada dentro de algunas neuronas -llamadas células de recuerdo, o neuronas impasaderas- y que permiten que no se escape la información que en ellas se registra; y hay otras neuronas -llamadas células de percepción, o neuronas pasaderas- que no poseen esa cualidad y permanecen inalteradas y con capacidad de recibir siempre nuevas excitaciones. Serán las neuronas de recuerdo (el sistema de neuronas impasaderas) las que almacenen la memoria y los procesos psíquicos en general.

La existencia de las barreras contacto tiene que ver precisamente con la necesidad de un almacenamiento que dé lugar a la memoria. Las barreras bloquean y permiten separar a cada una de las neuronas y que éstas almacenen información distinta. Por su parte la memoria tendrá la posibilidad de seguir produciendo efectos dependiendo de la “magnitud de la impresión” (Freud, 1950[1895]), p.345) y de la frecuencia o las repeticiones de los procesos excitatorios. Las barreras de contacto crean una especie de resistencia que no permite que toda la energía pase. Esta resistencia es constante y únicamente cuando hay una gran cantidad de energía acumulada en algún sistema, se permite que ésta pase y sea transferida al siguiente sistema. Una vez que se ha transferido esa energía, las barreras vuelven a su estado de resistencia.

Hay entonces dos sistemas de neuronas, unas pasaderas y un sistema de neuronas impasaderas, que además de retener información, permanecen receptivas. En palabras de Freud “la función del sistema de neuronas es la de recoger los estímulos de afuera y descargar las excitaciones endógenamente generadas” (Freud, 1950[1895]), p. 347). Los estímulos exteriores llegan al sistema de neuronas pasaderas y los estímulos del interior del cuerpo serían los contenidos del sistema de neuronas impasaderas.

De esta forma Freud puede comenzar a hablar de una localización de los sistemas en relación a su funcionamiento, dejando ver su intento por convertir al psicoanálisis en una ciencia que explique claramente los procesos psíquicos y que permita reconocer los sitios (a nivel orgánico), en dónde se producen dichas funciones.

Dentro del tema de los estímulos aparece también el asunto del dolor, el cual es explicado como la incursión de grandes cantidades de energía en el sistema de neuronas impasaderas, provocando una tensión que pone en movimiento a ambos sistemas de neuronas. El dolor tiene que ver con un crecimiento del estímulo y con una gran acumulación de cantidades de energía, por lo que se buscará la descarga. Para Freud en este momento (Freud,

1950[1895]), p.351) el sistema de neuronas tendrá una clara tendencia a escapar del dolor.

Posteriormente, en la “Carta 52” (Freud, 1896) escrita a Fliess, Freud habla de que el aparato psíquico está dividido en capas (ya no se refiere a neuronas) que permiten distintas formas de registro e inscripción de las percepciones. En esta carta, Freud explica más a fondo su teoría de la memoria diciendo que ésta, se construye a partir de que las vivencias corporales dejan una huella mnémica como registro en lo psíquico. A su vez, estas huellas quedan investidas libidinalmente, o en otras palabras, cargadas de energía. Pero, no será posible tener acceso a la información que almacenan de forma directa, ya que Freud explica que la consciencia y la memoria se excluyen.

En este momento aparece la conciencia como un lugar dentro del psiquismo que no es el que lo rige ni el que lo gobierna, ya que habrá otras instancias en las que se registren las imágenes y las huellas de lo vivido y lo experimentado a través del cuerpo.

Una vez que Freud habla de que existe una partición en el aparato psíquico, se inaugura la teoría de la primera tópica en la que aparecen tres sistemas de inscripción: el inconsciente, el preconscious y la conciencia.

Freud describe entonces la siguientes formas de inscripción dentro del aparato psíquico: la primera, que serán los signos de percepción (que son inaccesibles a la conciencia), la segunda, que es el inconsciente (que tampoco es accesible a la conciencia), y la tercera, llamada preconscious (que está conformada por restos de palabra, que son potencialmente accesibles a la conciencia a partir de que se relacionan con percepciones conscientes).

Hablamos entonces de tres registros: los signos de percepción; posteriormente el inconsciente y por último el preconscious que permite que se establezcan los juicios y es en la que se efectúan los procesos de pensamiento. Al final se considera a la conciencia, explicada por Freud desde el “Proyecto” (Freud, 1950[1895]) como la parte del aparato que recibe las percepciones

directamente del exterior (que se encuentra en la superficie del mismo) y no tendría capacidad de almacenar información, como ya lo habíamos mencionado: “memoria y consciencia se excluyen entre sí” (Freud, 1896, p.275).

Freud explica que con el tiempo, las huellas mnémicas existentes en el aparato psíquico experimentan una modificación, un “reordenamiento” o “reinscripción” (Freud, 1896, p.274), que consiste en que se efectúe una traducción de las representaciones de estadio en estadio. Las huellas mnémicas preexistentes, entran en relación asociativa con nuevos ámbitos de significación y lo nuevo modifica lo que ya estaba, es decir, lo que se percibe en cada nueva etapa, aportará o restará elementos a lo que está inscrito en el aparato.

El funcionamiento del aparato psíquico se muestra hasta aquí, como algo que opera independientemente de la consciencia. Los procesos que escapan a la consciencia pero que de igual forma se efectúan, son descritos por Freud como inconscientes. La consciencia, por su parte, nos da cualidades y sensaciones de las cosas percibidas del exterior. Pero Freud se pregunta cómo es que podemos saber algo acerca de esas cualidades. Explica que es a partir de las percepciones en donde actúan al mismo tiempo los dos sistemas de neuronas (las impasaderas y las pasaderas), sin embargo ninguna de las dos tendría como característica el reconocer la cualidad de la cosa percibida, por lo que introduce un tercer sistema de neuronas al que llamará “sistema de neuronas de percepción”, en cuyos estados de excitación se encontrarían las cualidades: es decir las *sensaciones conscientes* (Freud, 1950[1895]), p.353).

Para la consciencia las principales cualidades serían las del placer y el displacer; si habíamos dicho que la vivencia de displacer tenía que ver con la acumulación de un excedente de cantidad de energía (recibido por el sistema de neuronas de percepción), el placer sería la sensación de descarga. Placer y displacer serían sensaciones relacionadas con la investidura (la cantidad de energía). De esta forma los procesos cuantitativos tienen la posibilidad de llegar a la consciencia con propiedad de cualidades.

Hasta aquí, el funcionamiento del aparato psíquico pensado por Freud en el “Proyecto de Psicología para Neurólogos” (Freud, 1950[1895]), consiste en tres sistemas de neuronas que se comunican entre sí. Los estímulos del exterior penetran en el organismo por medio del sistema de percepción que es el que está conectado con el mundo exterior, fluyen a través del sistema de neuronas pasaderas y son llevados al interior del sistema, donde son almacenados (como energía) por el sistema de neuronas impasaderas y regresan a la conciencia con la forma de una cualidad. Esas cualidades tendrán que ver, evidentemente, con los órganos de los sentidos. Serán cualidades en el orden de lo que se toca, se mira, se escucha, se siente, se huele. Posteriormente en la vida del ser humano, esas cualidades irán tomando formas más complejas y sofisticadas, hasta el punto en el que ya no se hable sólo de lo que se percibe con los sentidos, sino de ideas más complejas como la belleza, la libertad, el amor, la justicia, etc.

Pero en un principio las cualidades a las que nos referimos tienen que ver con ese otro, con el objeto deseado; con eso que es percibido y experimentado como la cosa del mundo o “Ding” (Freud, 1950[1895], p.377) y que será comprendido por un trabajo mnémico que al mismo tiempo permitirá que el niño adquiera noticia del cuerpo propio. Ese objeto del mundo, es el objeto de la vivencia de satisfacción, donde también estarán incluidos en el registro de la experiencia los atributos de ese “Ding”; los predicados del objeto. Por ejemplo, cada sujeto tendrá (seguramente) una representación distinta de lo que es la leche o de lo que significa ser alimentado; y esta representación estará ligada precisamente a esa primera experiencia de acercamiento con el pecho materno, con el cuerpo del otro, con su temperatura, su sabor, su textura, con la intención de aquella madre al acercarse al bebé, con la forma en que ella asume el acto de alimentarlo, etc.

Entonces, dice Freud, la vivencia de satisfacción dará como resultado un “meditar reproductor”, y un “apreciar judicativo” (Freud, 1950[1895], p.377) como parte del proceso del juicio que vendrá después. Es decir, que dará lugar a procesos que permitan al niño alcanzar a partir de la situación perceptiva real, la

situación perceptiva deseada. Pero esto será mejor explicado posteriormente, cuando hablemos del proceso secundario y de las funciones del yo (Freud, 1950[1895], p.368).

La cantidad del estímulo obtiene como respuesta una descarga motriz proporcional. Entre más grande sea el estímulo, más grande será el efecto psíquico, además, una gran cantidad de energía -un gran estímulo- tiene la capacidad de investir mayor cantidad de neuronas en lugar de sólo una. Cada órgano sensorial tiene comunicación con determinadas neuronas; puede entenderse entonces que se invisten las neuronas a través de los sistemas desde el exterior (“neuronas del manto”), o desde el interior por medio de estímulos endógenos (“neuronas del núcleo”) (Freud, 1950[1895], p.360).

Entonces, podríamos concluir hasta este punto que, lo que aparece primero es la necesidad biológica. El organismo funciona a partir de ciertos instintos primordiales y necesidades biológicas que al ser satisfechas y dejar una huella psíquica (*huella mnémica*), irán dando lugar al proceso de constitución subjetiva. Para que este proceso sea posible, ya hemos dicho que será necesaria e ineludible la existencia de otro que sirva de auxiliador al recién nacido.

1.2 El encuentro con el otro

Retomemos el tema del llamado al otro. Pensemos en el llanto como un medio, inaugural, mediante el cual el pequeño expresa una necesidad que le viene del interior. Habíamos dicho que el sistema de neuronas tiene una necesidad de descarga de energía y que esta descarga será realizada a nivel motriz, por lo tanto podríamos considerar que es el llanto el primer esfuerzo por descargar la energía, pero que también se convertirá, posteriormente, en una búsqueda de satisfacción del deseo.

El niño entonces manifestará por medio del grito una necesidad orgánica. Pero ese grito, es decir la descarga motriz, no satisfará esa necesidad, pero hará

posible que se realice un movimiento en el mundo exterior: que alguien provea de alimento al niño, que lo cubra del frío, etc. Es necesaria una *acción específica* (Freud, 1950[1895], p.362), que en un principio el organismo humano es incapaz de realizar por sí mismo, pero que de algún modo logra que el otro haga por él. Es justo por esto que será tan importante el papel de ese otro, ya que será quien lo ayude y quien lo atienda; será ese otro quien se dé cuenta y se interese por el estado de desvalimiento del pequeño y lo socorra.

De esta forma, Freud explica que esta primera vivencia de satisfacción tiene una función secundaria que va más allá de la descarga o bienestar, explica que además será la “fuente de todos los motivos morales”, ya que el pequeño no querrá perder los cuidados y las atenciones del otro y será a partir de esa necesidad que posteriormente aprenderá a controlar sus pulsiones a cambio de la aceptación y el cuidado de los otros.

Si ese auxiliador realiza la *acción específica* correspondiente al estímulo endógeno de aquel que llora, este estímulo cesará. Esta “vivencia de satisfacción”, tendrá consecuencias enormes dentro de la constitución y el desarrollo del bebé: “1) se opera una descarga duradera y así se pone término al esfuerzo que había producido displacer; 2) se genera en el manto la investidura de una neurona que corresponde a la percepción de un objeto, y 3) a otros lugares del manto llegan las noticias de descarga del movimiento reflejo desencadenado, inherente a la acción específica” (Freud, 1950[1895], p.363).

Es importante considerar que esta vivencia de satisfacción tiene consecuencias colaterales, ya que dentro de la misma se producen otras excitaciones de la piel y de los músculos que están involucrados en dicha acción. Esto da por resultado una *imagen-movimiento* (Freud, 1950[1895], p.363), una huella mnémica específica de dicha vivencia.

También es importante decir que esta posibilidad de tener un registro, o una huella inscrita sobre lo que nos sucede, es lo que nos diferencia del resto de los animales. Esto precisamente es lo que nos humaniza. La posibilidad del registro

no sólo es importante por ser organizadora y estructurante del psiquismo, sino porque es lo que nos caracteriza y nos convierte en seres sociales, en seres que dependen de su relación con los otros, por tanto, en seres en falta.

Por otro lado, dentro del “Proyecto” (Freud, 1950[1895]), Freud dice que la vivencia de satisfacción establece la posibilidad de comunicar la *imagen recuerdo* con las neuronas que estaban cargadas de energía, investidas libidinalmente, en el núcleo del aparato y en una modalidad de esfuerzo. Cuando ese estado de esfuerzo o de *deseo* vuelva a aparecer, la investidura se traspasará a la imagen que se tiene del objeto satisfactor. Imagen que será distinta en cada sujeto, ya que hablará de la experiencia singular del primer encuentro con el otro y con el mundo.

Esta imagen, dice Freud, podrá tener en un primer momento la posibilidad de producir el mismo efecto que la percepción del objeto por vía de una *alucinación*, sin embargo al no ser cancelado el estímulo endógeno se llegará a lo que Freud nombra como desengaño.

La imposibilidad de descarga o la falta de satisfacción, darán lugar, del lado contrario, a una vivencia de dolor. El dolor se experimenta como un gran aumento del nivel o de acumulación de energía, que es sentido como displacer. Así como el placer, también se guarda una imagen recuerdo del objeto excitador del dolor, se experimenta como un objeto hostil. El dolor está relacionado con el displacer.

Por medio de la investidura de recuerdos, es que se puede recordar el displacer desde el interior del cuerpo y regresar a un estado de esfuerzo, a un estado de deseo. Se explica que así como hay neuronas motrices, que permiten la descarga hacia el exterior, hay también neuronas “secretorias” (Freud, 1950[1895], p.365) que cuando son excitadas generan en el interior de cuerpo el estímulo endógeno.

Los restos de la vivencia de dolor o de satisfacción son los afectos y es la energía la que inviste el recuerdo. Estas vivencias dejan como resto no sólo los afectos, sino los estados de deseo que buscan un objeto respectivo a la huella mnémica. Pero de la imagen del objeto hostil se intenta escapar, se hace un

esfuerzo por no invertir la huella mnémica del objeto que causa displacer a manera de defensa del aparato psíquico (*esfuerzo de desalojo*) (Freud, 1950[1895], p.367).

Entonces, podemos decir que en este momento primordial en el que todo se le presenta extraño y desconocido al recién nacido, se introducirá la labor del otro auxiliar que permitirá al pequeño ir conociendo los límites de su corporalidad e ir vislumbrando lo que lo separa y diferencia de su madre; la participación del otro también permitirá que el niño comience a adquirir representaciones de lo que le sucede.

Podemos advertir, conforme avanzamos, la importancia y las consecuencias que tendrá este primer encuentro con el otro (ese otro que había deseado tener al pequeño y que después lo recibe y cuida) al momento en el que nace el humano; desde que le es ofrecido el pecho materno, hasta que el pequeño sea capaz de enunciar que tiene hambre por sí sólo, momento para el cual aún nos hace falta camino por recorrer.

1.3 El deseo y la representación: los efectos del encuentro con el otro

Hemos destinado un apartado para hablar del deseo y el representar, porque los consideramos conceptos pilares para después poder hablar del cuerpo y de lo que el niño realiza y construye utilizándolo de forma activa para la creatividad y para el juego.

Volviendo al tema del registro en lo psíquico, decíamos que las experiencias significativas, vivenciadas corporalmente, se tramitan en términos de actividad psíquica, y que este proceso será el que irá dando estructura y constituyendo subjetivamente al cachorro humano. Será a partir de las miradas, las caricias, las palabras de la madre, que ese pedazo de carne será libidinizado e irá tomando la forma de un cuerpo. Ya no hablaremos únicamente de órganos y del pedazo de carne a la espera del otro, sino que nos referiremos a lo que se

construye en el intercambio con aquellos semejantes primordiales. Hablaremos de un cuerpo como una construcción subjetiva que permite al niño enfrentarse al mundo y expresar su deseo.

En “Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico” (Freud, 1910-11) Freud habla del principio del placer y del principio de realidad como los que rigen el funcionamiento psíquico. Dice que el principio del placer, será en el que el niño alucina el objeto satisfactor; y el principio de realidad, será en el que se harán posibles los juicios y el pensamiento. Menciona que al ausentarse la madre (que es la que en un principio satisface el deseo del niño) y al ser la alucinación de la satisfacción insuficiente para hacer desaparecer el deseo, el pequeño tendrá que voltear a la realidad en busca de lo que le hace falta. En lugar de alucinar el objeto, el aparato psíquico tendrá que representar las cosas reales que están en el exterior. De esta forma se introduce el principio de realidad, que da lugar a representar lo real, a pesar de ser doloroso, y ya no lo placentero únicamente.

Dentro de este movimiento es precisamente que se instauran distintos procesos y funcionamientos a nivel psíquico. Los órganos sensoriales voltean hacia el exterior constituyendo funciones como la *atención*, la *consciencia*, el *registro*, la *memoria* y la posibilidad de pasar a la *acción* que es procurada por el proceso del *pensar* (Freud, 1910-11, p.225-226). Esto tiene que ver con el hecho de que el principio de realidad, como nos lo explica Freud, no trata de resignar al deseo ni de renunciar al placer, sino que apunta a la posibilidad de postergar la satisfacción de manera que se pueda adaptar a las necesidades de la realidad social y encontrar una forma de satisfacción real. Para el niño, por ejemplo, aparece el juego como una manera de expresión de su deseo, como forma de establecer una conexión entre lo pulsional y lo real del mundo.

A partir de que el pequeño es capaz de voltear a la realidad, es que puede comenzar a hacer comparaciones y juicios. El niño aprende a diferenciar qué es una representación y qué es una percepción.

Este proceso también da lugar para hablar del “yo” (Freud, 1959[1895], p.368), como una organización que se construye a partir de las repeticiones de las vivencias de satisfacción y de dolor, permitiendo al aparato identificar las investiduras de las neuronas. Freud explica que el “yo” tiene una cualidad de un proceso secundario, que buscará deshacerse de los estímulos por el camino de la satisfacción. El “yo” se encargará también de *inhibir* (Freud, 1959[1895], p.368) procesos psíquicos primarios como el de la alucinación del objeto satisfactor o el del recuerdo del objeto que causa displacer, ya que en ninguno de los dos casos se obtiene satisfacción. La defensa será correspondiente a la intensidad del displacer.

Los procesos primarios y secundarios, así como la existencia del “yo” son parte del sistema de neuronas impasaderas o “psi” (del cual ya habíamos hablado en el primer apartado). El proceso primario para Freud, entonces, tiene que ver con la reaparición del estado de deseo a partir del recuerdo de la imagen del objeto satisfactor. Pero esta vivencia alucinatoria por sí misma, ya lo hemos dicho, no es capaz de lograr la satisfacción del deseo, ya que el objeto real falta y únicamente se tiene una *representación-fantasía* (Freud, 1959[1895], p.370). Será necesario entonces que el “yo” sea el que juzgue y establezca qué es una percepción y qué es una representación. De cierta manera es necesario algo que permita distinguir una nueva percepción de un recuerdo. Será el “yo” el encargado de realizar los procesos secundarios.

Pero el juicio también surge a partir del otro. Supongamos que el objeto que brinda la percepción es parecido al sujeto: un prójimo. Éste será el primer objeto de satisfacción y el primer objeto hostil (en tanto que no le permite al pequeño permanecer ensimismado, en un estado de autoerotismo) y será también la única fuente de auxilio para el recién nacido.

Será sobre ese semejante que el ser humano aprenderá a discernir. Eso que al niño le viene del prójimo, del semejante, son percepciones de algo nuevo (fuera de lo autoerótico) por ejemplo el niño podría ver de pronto el rostro de su madre y advertir que esa imagen ya no coincide con las visiones acostumbradas

de sus manos o de partes o movimientos de su cuerpo. El juicio es una función secundaria que requiere necesariamente que el “yo” haya sido investido.

El “yo” realizará un trabajo de pensamiento y si al finalizar el pensar, el signo de realidad se suma a la percepción, se obtendrá un juicio de realidad; una creencia (Freud, 1959[1895], p.378). La fuente del proceso de juzgar, son las experiencias corporales y las sensaciones de imágenes-movimiento propias. Una percepción incluye un objeto más una imagen-movimiento. Al momento de la percepción, el niño imita el movimiento.

El juzgar, en un principio, tiene que ver simplemente con una asociación entre investiduras que vienen del exterior y su identificación con las investiduras que provienen del interior del cuerpo.

Ahora habrá que hacer un espacio para describir con mayor detalle las funciones y los orígenes del “yo”, así como los efectos que éstos tienen en el proceso de subjetivación y constitución psíquica.

1.4 Autoerotismo y Narcisismo

Una vez reconocida la existencia del “yo” dentro del psiquismo, podemos hablar un poco más sobre su funcionamiento y sus procesos estructurantes.

Freud, en “Introducción al narcisismo” (Freud, 1914) habla de que el yo, en el comienzo de la vida anímica, está investido por pulsiones dentro de un estado al que denomina narcisista, y expresa que es capaz de satisfacer parcialmente esas pulsiones de forma autoerótica. Entonces, como el yo es autoerótico no necesita del mundo exterior para satisfacerse, pero es a partir de que las pulsiones de autoconservación, como el hambre, ejercen su fuerza en busca de satisfacción, que el yo tendrá que poner atención en lo que hay fuera y se verá obligado a realizar una acción motriz para lograr una satisfacción real del estímulo endógeno.

Habíamos explicado que el bebé en un principio intenta satisfacer sus necesidades por vía alucinatoria, este modo de proceder del psiquismo tendría que ver con el autoerotismo en donde al pequeño le es displacentero el voltear a ver la realidad y prefiere estar ensimismado. En el narcisismo la libido (energía sexual) es retirada de los objetos y es dirigida hacia el yo. Freud habla de un narcisismo primario que tendría que ver con ese estado autoerótico en el que el niño no advierte y no le interesa que existan cosas fuera y permanece en ese estado que le genera placer, posteriormente describe un estado secundario -que implicaría un esfuerzo por parte del yo- que tendría que ver con que la libido pueda reconducirse a los objetos del mundo exterior.

Freud explica que tanto las pulsiones como la libido, son energías que invisten al yo y lo echan a andar, que de cierta forma son ellas las que lo ponen a trabajar para que se pueda llevar a cabo el proceso de constitución psíquica, para que se pueda pasar de la etapa del autoerotismo a la del narcisismo y posteriormente a una etapa de amor de objeto.

El narcisismo es una etapa de suma importancia puesto que en ella el niño tendrá la posibilidad de incluir al otro, de voltear a la realidad y advertir que hay objetos diferentes de sí mismo, que le permitirán una satisfacción real y no alucinatoria de sus necesidades básicas. Es necesario que al autoerotismo se le agregue un nuevo proceso psíquico para que el narcisismo se constituya.

El narcisismo es precisamente una teoría de la libido, Freud habla de la “libido yoica” como aquella que inviste al yo y “libido de objeto” como aquella que inviste a los objetos (Freud, 1914, p.73). También menciona que el placer y el displacer son las formas de relación del yo con el objeto y el amor y el odio tienen que ver con la satisfacción o el displacer que provoque el objeto al yo.

Si se habla de narcisismo, se habla de libido; el asunto está en preguntarse dónde es que ésta se encuentra colocada. Freud explica a partir de esto, la posibilidad de que todos los órganos del cuerpo sean investidos libidinalmente, que sean cargados eróticamente con relación a las huellas que dejan las vivencias

de satisfacción. Así, el niño elegirá sus objetos a partir de los registros que va almacenando sobre sus experiencias vividas. Primero encontrará sus objetos a través del apuntalamiento de la pulsión de nutrición (pulsiones de autoconservación o yoicas) y posteriormente a partir de las pulsiones sexuales, mismas que tendrán que ver con la inclusión de objetos, con la inclusión de los otros para lograr la satisfacción.

Freud explica que hay dos caminos de la elección de objeto, la que es narcisista y la elección de objeto por apuntalamiento. Todo ser humano tiene frente a sí mismo esas dos posibilidades de elección: “él mismo y la mujer que lo crió” (Freud, 1914, p.85). Freud propone los siguientes caminos de elección de objeto, dice que se ama:

1. Según el tipo narcisista:

- a) A lo que uno mismo es (a sí mismo)
- b) A lo que uno mismo fue,
- c) A lo que uno quería ser, y
- d) A la persona que fue una parte del sí-mismo propio

2. Según el tipo del apuntalamiento:

- a) A la mujer nutricia, y
- b) Al hombre protector

Y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos” (Freud, 1914, p.87).

Será por amor al otro y porque se necesita de él, que el yo renunciará a esa libido y la podrá poner fuera. Freud explica que el que ama sacrifica parte de su narcisismo, es decir que, en lugar de poner toda la libido en sí mismo es capaz de

ponerla en otro o en otros, “pero ésta solo puede restituirse al yo a cambio de ser amado también” (Freud, 1914, p.95).

En este momento Freud introduce el concepto del “ideal del yo” (Freud, 1914, p.92), y lo describe como esa imagen a la que el niño se identifica, como aquello que él debe y no debe de hacer a cambio del amor de sus padres. Es a partir de este ideal que se instaura la conciencia moral; a partir de que el niño necesita de los otros es posible que se ajuste a sus demandas, a las críticas que le hacen sus padres, sus maestros, tutores: los otros en general. Estos principios morales son la base del ideal del yo y tienen que ver precisamente con lo que el niño cree que el otro espera de él y que será lo que le permitirá domeñar sus pulsiones e irse insertando en la cultura.

Desde el momento en que Freud habla de la “vivencia de satisfacción” (Freud, 1950[1895], p.362) explica que la conciencia moral o los “principios morales”, tiene que ver con el estado de desvalimiento del cachorro humano y de su situación de necesidad con respecto de la madre o de alguien que lo cuide, será a partir de esto que se podrá establecer la ley y la prohibición, de esta forma le harán saber al niño que él no es el centro del universo, que su deseo no puede ser satisfecho del todo y se abrirá la posibilidad de que se estructure un sujeto que pueda aceptar la falta.

Con la aparición del ideal del yo, mismo que es el resultado de la renuncia al amor incestuoso y la introyección de las prohibiciones por medio de la identificación con los padres, se puede tomar distancia del narcisismo primario y entonces la satisfacción es posible a través del cumplimiento de ese ideal. A pesar de que el desarrollo del yo conduzca a separarse del narcisismo primario, siempre habrá una gran aspiración por recobrarlo: “El yo se empobrece en favor de estas investiduras así como del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y por el cumplimiento del ideal” (Freud, 1914, p.97).

Por otro lado, Freud habla de que tanto el amor como el enamoramiento, son estados que tienen que ver con que la libido yoica esté puesta sobre el objeto.

“Se ama lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal” (Freud, 1914, p.97)

1.5 Las pulsiones y el surgimiento de una singularidad.

Hemos hablado de que la libido y las pulsiones son las energías que invisten al yo y lo ponen a trabajar en favor del proceso de constitución psíquica. Con la teoría del narcisismo se explica la función que tiene la libido en dicho proceso estructurante. Ahora hablaremos sobre lo que Freud nos enseña acerca de las pulsiones.

Dentro de los trabajos de metapsicología en “Pulsiones y destinos de pulsión” (Freud, 1915) Freud describe la pulsión como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p. 117). Distingue entre los estímulos (que funcionan de golpe) y las pulsiones (que mantienen una fuerza constante), diciendo que lo único que permite que el estímulo pulsional cese, es la satisfacción. La diferencia tiene que ver con que lo pulsional viene del cuerpo, a diferencia de los estímulos exteriores, y como ya lo había mencionado antes, nos recuerda que de los estímulos endógenos no podemos escapar, ya que no son algo momentáneo, sino que tienen un carácter de esfuerzo constante “Drang” (Freud, 1915, p.115).

Las pulsiones a su vez, cumplen con la función de otorgar al ser vivo un “asidero” (Freud, 1915, p.115) que le permita separar lo que es externo y lo que es interno. Las pulsiones dan cuenta de un mundo interior, y la capacidad de realizar una acción motriz que modifique lo de afuera, refuerza el conocimiento de hay algo que pertenece y algo que es ajeno al cuerpo. Este tema es de vital importancia dentro de esta investigación, ya que es a partir de que el niño tiene noticia de su cuerpo que podrá usarlo de forma activa en la creación del juego. Es

a partir de que se puede reconocer un adentro y un afuera que el pequeño logra cosas importantísimas como la separación con la madre, la posibilidad de que aparezca un espacio de juego, la creación de un juego en sí mismo y la creatividad en general.

Podemos decir que son las pulsiones las que llevan al psiquismo a desarrollarse. El proceso de apropiación del cuerpo está asentado en las pulsiones y los efectos o las huellas que deja la satisfacción parcial de las mismas.

Las pulsiones tienen una forma de manifestación singular y específica en cada sujeto. Precisamente porque la pulsión está relacionada con la vivencia de satisfacción, es que nunca tomará vías de satisfacción idénticas. La pulsión irá haciendo cambios al cuerpo de cada sujeto: irá convirtiendo al organismo en cuerpo y dándole forma al deseo.

Freud habla de las características de la pulsión y dice que son cuatro: “el esfuerzo, la meta, el objeto y la fuente” (Freud, 1915, p.117).

Por *esfuerzo* se refiere a la fuerza o exigencia de trabajo que representa la satisfacción de la pulsión. La *meta* es siempre la satisfacción, “puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión” (Freud, 1915, p.118). El *objeto* es por lo que se puede alcanzar la meta, no necesariamente un objeto ajeno, también puede ser una parte del propio cuerpo (narcisismo) y por último, la *fuentes*, que será la parte del cuerpo cuyo estímulo es representado en el psiquismo a través de la pulsión.

La fuente de la pulsión es el cuerpo, por lo tanto para esta investigación podemos ir advirtiendo que la pulsión será un tema principal, precisamente porque es por medio del cuerpo que se conoce el mundo, porque el cuerpo va siendo afectado por las formas de satisfacción de la pulsión. Cada niño tendrá, por ejemplo, formas distintas de juego que a su vez nos hablarán de la pulsión que nos dará cuenta de la experiencia del pequeño de tener un cuerpo, de la posibilidad de ir construyéndolo, del esfuerzo que le tomará apropiarse de él y de

las formas en que, posteriormente, irá haciendo uso de dicho cuerpo en busca de la satisfacción de su deseo.

Freud propone dos tipos de pulsiones las “yoicas” o de “autoconservación y las pulsiones “sexuales” (Freud, 1915, p.119) y habla de los conflictos que generan estas pulsiones sexuales al yo, diciendo que todas las “psiconeurosis” (Freud, 1915, p.120) son el resultado de estos conflictos. El niño sin duda se topará con esa situación desde temprana edad y tendrá que arreglárselas para ir adecuando sus pulsiones a los requerimientos sociales y culturales.

Cuando Freud habla de las pulsiones sexuales se refiere a aquellas que surgen del cuerpo y que lo que buscan es la satisfacción de una parte del mismo “placer de órgano” (Freud, 1915, p.121). En su primera aparición, como ya lo habíamos mencionado antes, las pulsiones se apuntalan en la autoconservación. Posteriormente, a partir del encuentro con el otro, se convertirán en pulsiones sexuales, que serán representaciones de las vivencias de satisfacción, de las experiencias que el cuerpo tendrá en su encuentro con el otro y con el exterior.

Freud explica que existen cuatro destinos para la pulsión, que a su vez pueden ser comprendidos como formas de “defensa” (Freud, 1915, p. 122) del psiquismo contra las mismas: primero está el “trastorno hacia lo contrario”, que se puede manifestar en una modificación de la pulsión de activa a pasiva o en una transformación en el contenido. La primera forma tiene que ver, por ejemplo, con el sadismo y el masoquismo, o el exhibicionismo y el voyeurismo, en donde se manifiestan formas activas y pasivas de la pulsión y donde el trastorno se refiere a la meta de ésta. La segunda forma del primer destino de la pulsión se refiere al trastorno en cuanto al contenido y el caso que explica Freud es el de la mudanza de amor en odio (Freud, 1915, p.122).

El segundo destino que propone Freud es la “vuelta hacia la persona propia” en donde la meta queda sin modificarse y lo que se cambia es el objeto, pasando a ser el yo el objeto de la pulsión. Aquí podríamos estar hablando de un caso de narcisismo, como lo habíamos explicado en el apartado anterior.

El tercer destino es la “represión”, a la que Freud le confiere la importancia de ser un mecanismo estructurante y fundante del aparato psíquico y es gracias a ella que existe la representación y la posibilidad de subjetivación.

La represión es un destino de la pulsión, que consiste en que algunas resistencias hagan a la pulsión inoperante. En el caso de los estímulos exteriores es posible escapar, pero en el caso de las pulsiones eso no es posible, por lo que tendrán alguno de los destinos que Freud propone.

La condición para la represión, es que la satisfacción de la pulsión sea displacentera en lugar de placentera. Pero aquí surge una complicación, ya que Freud es claro al decir que la satisfacción de la pulsión será siempre placentera. Por lo tanto, la represión tendrá que ver con un placer que se muda o se transforma en displacer a partir de que es inconciliable con otras “exigencias o designios” (Freud, 1915, p. 142). Es a partir de la existencia del otro que llega la represión; el otro es el que posibilita la satisfacción pulsional, pero al mismo tiempo es quien le pone un límite.

Freud explica que la represión tiene tres tiempos, primero hay una “represión primordial” (Freud, 1915, p.143) que consiste en que se deniegue el acceso a lo consiente a la agencia representante psíquica de la pulsión “Representanz” (Freud, 1915, p.143). Ese es un momento fundante del aparato psíquico. Eso que es reprimido en el primer tiempo, tiene que ver con una inscripción de algo mítico (en el sentido de que no se puede saber en qué momento exactamente sucedió) que habla de la imposibilidad de que exista una representación del deseo, expresa que no habrá un representante claro para el deseo, por lo tanto el deseo será inconsciente.

A partir de este momento aparece un sujeto y un aparato psíquico que están divididos (consciente, inconsciente), la represión primaria es la que posibilita el surgimiento de un sujeto en falta.

El segundo momento de la represión es la “represión propiamente dicha” que aleja de la conciencia todas las representaciones displacenteras, que se liga

con los retoños de lo reprimido primordialmente y por esta relación de atracción, los contenidos de este tiempo tienen el mismo destino de lo originariamente reprimido, tienen el mismo destino inconsciente.

Es necesario que existan fuerzas de atracción y repulsión que ayuden a la represión. Si no existiera algo reprimido desde antes no sería posible que el material nuevo fuera reprimido. Hay algo que está ahí reprimido que ejerce una fuerza de atracción y entra en “vínculos asociativos” (Freud, 1915, p.143) con el nuevo material y lo lleva a alejarse de la conciencia. Comprendemos entonces que la represión sólo altera el vínculo con el sistema consciente, pero no impedirá que en lo inconsciente se sigan formando “retoños” (Freud, 1915, p.144) y se sigan estableciendo conexiones.

El tercer tiempo de la represión tiene que ver con el “retorno de lo reprimido” que será la formación de síntomas, particularmente síntomas neuróticos de las tres estructuras clínicas que describe Freud en su teoría: que son la histeria de conversión, la histeria de angustia (o fobia) y la neurosis obsesiva (Freud, 1915, p.149-150).

La represión implica un gasto de energía constante, ya que lucha sin cesar por mantener alejado lo inconsciente de la conciencia. En ocasiones puede haber una cancelación de la represión en determinados momentos, como cuando alguien tiene un lapsus, cuando aparece un chiste, o por las noches cuando permite que suceda el fenómeno del sueño, pero será una cancelación momentánea, inmediatamente después de que se efectúan esas manifestaciones la represión ejerce su fuerza nuevamente y se restablece.

Después de esto Freud explica el destino de la representación y dice que junto a esa *Vorstellung* “interviene algo diverso, algo que representa (*räpresentieren*) a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente de la representación” (Freud, 1915, p.147). Hay algo que logra acceder a la conciencia, pero que no es la representación, lo que permanece

inconsciente es justo la representación y lo que logra llegar a la conciencia es lo que Freud describe como “monto de afecto” (Freud, 1915, p.147), que es una parte de la pulsión que ha logrado separarse de la representación y encontrar una forma de traducción en forma de afectos.

A partir de esto Freud nos dice que el factor cuantitativo de la pulsión tiene tres destinos posibles (Freud, 1915, p.148): el primero será que quede completamente reprimido y no haya forma de saber nada sobre él; que sea posible de conocer al tomar la forma de un afecto; o que se transforme en angustia. En este sentido, si recordamos que el propósito de la represión era el de evitar el displacer, Freud dirá que se puede decir que la represión ha fracasado en estos casos donde se sigue experimentando displacer o donde el afecto es displacentero, a pesar de que la represión sea exitosa con la representación. Con la represión lo que desaparece es la representación y lo que queda suelto es el afecto (mismo que tomará un destino distinto en cada tipo de neurosis).

La represión nos deja ver de forma clara la teoría que tenía Freud de un sujeto dividido, un sujeto que no está completo y del cual no es posible saberlo todo. La represión es el acto mismo de la constitución del sujeto, es por esto que será de suma importancia para nuestro tema de investigación el hablar de la represión en el niño, de cómo la represión va a aparecer en el juego delineando el deseo y la pulsión.

Con la teoría de las pulsiones se explica no sólo la constitución del aparato psíquico, sino su mecanismo y su funcionamiento. Pero aún falta describir el último destino de la pulsión descrito en “Pulsiones y destinos de pulsión” (Freud, 1915) que es la “sublimación”, misma que es puntualizada a partir de la teoría del ideal del yo dentro de “Introducción al narcisismo” (Freud, 1914, p.91-92) en el que explica que el niño tendrá que aprender a domeñar sus pulsiones a partir de que los otros le pongan ciertos límites. El pequeño aceptará esos límites a cambio del amor que le prometen sus padres o sus cuidadores, esto constituirá un proceso importante en la estructuración del psiquismo y tendrá que ver con que a partir de que son puestas ciertas reglas, el pequeño buscará satisfacer sus pulsiones en

aquellas actividades que sean socialmente aceptadas: la sublimación es una forma de dar salida a la exigencia pulsional, sin dar lugar a la represión y a su vez, permite al niño hacer lazo social.

Freud explica que la pulsión en sí misma es siempre activa, por lo tanto siempre tenderá a buscar la satisfacción, pero comprendemos que habrá distintas vicisitudes que modifiquen las metas y los objetos por los cuales la pulsión buscará ser satisfecha. También menciona que la vida anímica en general “está gobernada por tres polaridades”: sujeto-objeto, placer-displacer y activo-pasivo (Freud, 1915, p.128). La oposición del sujeto-objeto, tiene que ver con el “yo”-“no yo” que permite que el niño diferencie lo que está afuera y lo que es parte de él mismo. El yo, tal como lo explica Freud, se comporta de forma pasiva cuando recibe estímulos del exterior, y se comporta de forma activa cuando reacciona ante los estímulos que vienen de fuera. Pero también se puede decir que el yo es pasivo frente a los estímulos exteriores y es activo en reacción a sus pulsiones, a lo que le viene del interior del cuerpo (Freud, 1915, p.129).

Después de hablar de las pulsiones se puede hablar del cuerpo; del cuerpo que es tomado por la pulsión, que se afecta a partir de ella. El tema del cuerpo está apuntalado en la pulsión, el deseo, la represión y la representación. Por eso ahora, después de haber hablado de estos conceptos, podremos comenzar a hablar del tema de los cuerpos y de las historias que narran cada uno de ellos, de los efectos de la pulsión en la constitución de los mismos.

1.6 El papel del cuerpo en la constitución psíquica

La constitución psíquica tiene que ver entonces con un proceso de apropiación del mundo y del cuerpo propio. En él, el niño va conociendo, va recogiendo información del exterior, recibe de forma pasiva lo que se le ofrece, en otros momentos toma un papel activo alterando lo que sucede fuera; pero, innegablemente, va conformándose como un sujeto. Va emergiendo la subjetividad.

Como decíamos anteriormente, ya no estaremos únicamente frente a un organismo biológico, ya no hablamos de sistemas de neuronas funcionando independientes de la experiencia humana. La forma en que se vivencia el proceso de constitución psíquica será precisamente la forma que tomará el deseo de cada sujeto. La intención con la que le es ofrecido el pecho; la manera en que es mirado por primera vez; la manera en que es abrazado; la manera en que se le dirigen las palabras; lo que él va pudiendo escuchar; la forma en que se involucran sus sentidos con el exterior; sus manos, piernas, boca, todos los orificios del cuerpo, la piel; lo que va pudiendo pedir y posteriormente dar; todo esto tendrá que ver con la conformación de un sujeto, que no debemos olvidar, siempre estará en falta. Un sujeto que no podrá repetir nunca esa vivencia de satisfacción, pero que precisamente esa ausencia de satisfacción total, será la que lo coloque en una posición deseante que le permita vivir. Vivir y crear, vivir y hacer cosas en esa búsqueda incesante por recuperar lo perdido.

El cuerpo propio a su vez, podría ser considerado como una de las representaciones que el pequeño adquiere a partir de ese encuentro con el otro, con sus semejantes. El cuerpo, decíamos, es algo que se construye en ese intercambio, en donde se manifiesta y se hace presente el deseo: el del niño y el de la madre. El cuerpo del niño entonces será marcado por las huellas que deja la pulsión. Por ese carácter de esfuerzo “Drang” (Freud, 1915, p.115) incontrolable de la pulsión que irá dándole forma al deseo.

Podemos concebir entonces la noción de un cuerpo que se va construyendo también, en relación con los intercambios, con los vínculos. Es un cuerpo que es biológico, erótico, social; un cuerpo que no deja de cambiar, pero no únicamente a partir de la fisiología, sino de las experiencias y las vicisitudes a lo largo de la vida. Un cuerpo que se afecta con cada acercamiento al mundo, un cuerpo que se modifica a partir de la pulsión y del deseo, de los embates pulsionales que tramitan psíquicamente el encuentro con el mundo. Es el cuerpo libidinizado por la madre, mirado por los otros, hablado desde afuera, pero que con el paso del tiempo y a partir de que se lleva a cabo el proceso de constitución

psíquica, irá siendo posible que él mismo adquiriera una noción sobre sí y que entonces tome un papel activo: un papel donde sea él quien hable, mire, pida, ofrezca, pregunte, toque, convoque y sobre todo que le permita continuar construyéndose como sujeto. Que pueda llamar al otro porque lo necesita y porque sabe que tiene un cuerpo con el cual puede hacer ese llamado. Que pueda moverse, emitir sonidos, crear reacciones. Que poco a poco se vaya adquiriendo un registro del cuerpo que permita al niño realizar acciones para satisfacer aunque sea parcialmente su deseo. Que pueda al menos expresarlo y dirigirlo con mayor claridad a aquel que escucha.

El papel del cuerpo es primordial, precisamente porque es a partir de él, que se consigue recoger la información que hay en el exterior. Es a través de los sentidos que se adquieren representaciones sobre lo que se vive.

El cuerpo, habíamos dicho ya, es un tema central para esta investigación, por lo cual continuaremos abordándolo con mayor profundidad en el capítulo dos. Después, cuando comencemos a hablar del juego, habrá oportunidad de acercarnos también al tema del cuerpo, podremos cuestionarnos cómo el niño se sirve de su cuerpo para sus creaciones y para sus juegos; podremos preguntar cómo estos juegos, a su vez, le ayudan a avanzar en la construcción de subjetividad.

Para poder hablar del cuerpo con mayor profundidad y detenimiento, se ha designado un segundo capítulo en donde se aborden los temas que interesan para poder comprender qué es un cuerpo desde el psicoanálisis, cómo es que se construye y cómo es que puede ser utilizado posteriormente para la creatividad y para el juego.

CAPITULO II

2. El cuerpo.

Una vez descritos algunos de los momentos principales dentro del proceso de constitución del psiquismo, podemos advertir que la noción de cuerpo se construye de manera simultánea. Ahora se hace necesario dedicar un capítulo específico, para hablar sobre las vicisitudes y sobre los momentos importantes dentro de la construcción de aquello que en psicoanálisis se considera el cuerpo de un sujeto.

2.1 La imagen del cuerpo

Cuando hablamos de cuerpo, podríamos pensar que nos referimos al conjunto de órganos vitales funcionando dentro de un mismo ser, a aquella estructura física compuesta de huesos y carne que permiten a alguien estar vivo y presente en el mundo. Pero este capítulo nos servirá precisamente para hacer énfasis en aquello que ya mencionamos en el primer apartado sobre el proceso de constitución del psiquismo; comprenderemos que el cuerpo, para el psicoanálisis, es algo que se construye mientras se vive y no algo con lo que simplemente se nazca. El cuerpo, está anclado a una idea, una representación, un significante, una imagen: es resultado de un largo proceso de conquista que va a definir la singularidad de una existencia.

En el primer capítulo, abordamos el tema de la pulsión y comprendimos que es una fuerza intermitente “Drang” (Freud, 1915, p.115) que embate al cuerpo directamente. Hemos dicho que cada una de las vivencias de satisfacción, a partir de la primera (que es mítica y fundante del aparato psíquico), hará aparecer una huella mnémica del placer vivenciado. Esta huella de placer corporal, tendrá un representante psíquico “Vorstellung” (Freud, 1915, p.147), gracias al cual podemos tener noticia de que esa vivencia existió y de que tuvo efectos que construyen, marcan y modifican al cuerpo.

Estas marcas serán, sin lugar a dudas, únicas y específicas en cada cuerpo. Cada sujeto buscará diversos caminos y medios de satisfacción de su deseo, y éstos, a su vez, irán moldeando la forma en que se experimente el propio cuerpo.

En la práctica clínica, por ejemplo, podemos observar cómo es que cada sujeto accede a la satisfacción del deseo de forma distinta. Los síntomas dan cuenta de cómo es que el cuerpo ha ido aprendiendo a hacer frente a la pulsión y de la forma en que ésta intenta ser satisfecha. Podemos decir que la clínica lo que nos permite conocer son las manifestaciones de las pulsiones.

Entonces, son las huellas del placer (o displacer) vivenciado las que irán constituyendo al cuerpo, delimitando la forma de acceder a la satisfacción. El cuerpo evidentemente, además de ser la fuente de la pulsión, será el que registre, por medio de los sentidos, lo que se experimenta en términos de placer y displacer. Freud explica que las marcas no sólo quedan en el cuerpo, sino también en la psique; la representación de las marcas corporales es una representación psíquica, por lo tanto podríamos decir que no hay cuerpo sin psiquismo y que el cuerpo está amarrado a las representaciones psíquicas de lo experimentado.

El motivo por el cual volvemos a remitirnos al tema de la representación, es para hablar sobre la imagen del cuerpo, para intentar comprender cómo es que el pequeño se va formando una imagen de su propio cuerpo como algo completo y separado del resto de los objetos del mundo. La imagen que el niño tendrá de su propio cuerpo, se verá influida por estas experiencias de placer y displacer de las que hemos venido hablando. El pequeño irá adquiriendo representaciones psíquicas por medio de su cuerpo, a partir de que vaya enfrentándose a lo que hay en el mundo exterior: en sus encuentros con los otros, con la ley, con la cultura, con la palabra, con su historia familiar, etc. Con innumerables elementos que lo irán modificando y que favorecerán o entorpecerán su proceso de subjetivación.

Decimos entonces que el cuerpo tendrá una imagen construida a partir de experiencias que dejarán marcas, no sólo físicas sino a nivel psíquico. Podríamos hablar de un tipo de satisfacción pulsional que tenga que ver con el órgano de la

boca y esto repercutirá en cómo se ve un cuerpo (en la forma que toma): por ejemplo más flaco o más gordo, según sea el caso. También podemos pensar en alguien que se come las uñas, e imaginar que podría tener unas manos que lo caractericen y que sean muy particulares. Alguien que no duerme, por ejemplo, podría tener unas marcadas ojeras, dejando entrever una marca en su cuerpo que delate algo relacionado con lo pulsional. Una persona que guste de hacer ejercicio en exceso, también tendrá un cuerpo que lo evidencie y que muestre de cierta forma que tiene una manera específica – y sobre todo no azarosa- de dar salida al embate pulsional. Por supuesto no podemos generalizar, únicamente mencionar algunos ejemplos de aquellos que aparecen en la práctica clínica, donde sin duda advertimos que en los cuerpos de los sujetos hay huellas del placer y del displacer vivenciado: hay huellas de la pulsión.

En el caso de los niños, también podemos tener acceso a las primeras revelaciones de los enfrentamientos iniciales con la pulsión. Desde los primeros juegos del bebé se puede observar cómo es que estos van tomando formas particulares y específicas en cada niño. No es que todos los bebés jueguen con sus heces, o que todos los niños gusten de meterse objetos a la boca: habrá ciertos detalles que caractericen las primeras investigaciones del pequeño, los primeros experimentos con su cuerpo y posteriormente la forma de su juego.

Durante el año pasado tuve la oportunidad de trabajar en un jardín de niños. Ahí podía observar a pequeños desde los dos hasta los seis años de edad aproximadamente. Sabemos que al jardín de niños se va a aprender a leer y a escribir primordialmente, pero no nos sorprenderá enterarnos que la ocupación favorita de los pequeños es el jugar y que cualquier otra actividad, incluso en el salón de clases, es potencialmente un juego. Algunos de los juegos favoritos de los chicos de aquel jardín de niños eran el juego de las escondidas, el jugar a correr y atraparse, “luchitas” (sobre todo entre los niños), el imaginar que las niñas eran “princesas”, también había niños que disfrutaban de usar el rato de juego en acariciar los lóbulos de las orejas de sus compañeros, niñas que jugaban a hacerse cosquillas montándose unas a las otras, pequeños que les gustaba

rasguñar, morder, pegar o jalar los cabellos de los compañeros, entre otros. Había, por otro lado, niños que permanecían callados o casi totalmente quietos durante los momentos de juego, niños que se mostraban tímidos y retraídos, pequeños a los que daba la impresión de que su cuerpo no les permitía pasarla bien y que, por el contrario, les pesaba, o les estorbaba al momento del juego: como si no tuviesen permiso de usar el cuerpo y donde éste simplemente no tenía un papel activo en la convivencia con los otros.

Estos ejemplos, aunque sean pocos, nos permiten traer a cuenta cómo es que cada pequeño logra encontrar en sus formas de juego, la posibilidad de involucrar su cuerpo con la intención de obtener el placer esperado, la descarga de la acumulación de energía. Como ya lo mencionamos antes, el asunto no es encontrar una regla o una ley que generalice estos casos, sino únicamente el poder ilustrar cómo es que la satisfacción, al ser algo que se efectúa a través del cuerpo, lo cambia, lo altera, lo mueve de lugar, lo modifica.

Por otro lado encontramos que en el artículo de “Introducción del narcisismo” (Freud, 1914) Freud habla de un tema que nos será de mucha utilidad para continuar abordando el asunto de la construcción de la imagen del cuerpo. Aquí Freud habla de “erogenidad” (Freud, 1914, p.81) y la describe como “una propiedad general de todos los órganos” que les posibilita el aumento o la disminución de la investidura libidinal. Esto quiere decir que cada parte del cuerpo estará alterada a partir de las experiencias vividas y cargada con mayor o menor cantidad de energía libidinal. Por lo tanto, cada cuerpo privilegiará ciertos órganos que representen la satisfacción de la pulsión; cada cuerpo dará importancia a los órganos que hayan sido participantes activos dentro de la historia del sujeto. El cuerpo tendrá escrito a nivel de huellas mnémicas (inscritas en lo psíquico) la historia del placer y del displacer, las vivencias que cada sujeto ha experimentado por medio del mismo, y nos podrá relatar aunque no siempre de manera clara, ni de forma que podamos entender, la historia y el devenir del proceso de construcción y subjetivación de dicho cuerpo.

Dentro de este mismo texto, Freud también nos habla de que el niño en sus primeros años de vida logra identificarse con sus padres, siendo estas identificaciones la base de la imagen que tendrá sobre su cuerpo y sobre sí mismo. En esta etapa el pequeño comenzará a elegir sus primeros objetos de satisfacción y será a partir de estas primeras relaciones con la figura o imagen femenina y masculina (que en la mayoría de los casos serán representadas por la madre y el padre) que el pequeño irá introyectando y determinando la posición que tomará frente a los objetos de deseo.

La imagen que tendrá el pequeño de sí mismo, se irá constituyendo a partir de estas identificaciones e introyecciones primordiales. El pequeño se irá conformando a partir de lo que hay afuera esperándolo, sobre todo a partir de las expectativas y las exigencias de sus padres. Freud explica que el pequeño es en sí mismo, una forma de recordar a los padres su propio narcisismo, dice que “en el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” (Freud, 1914, p.86). Freud también se refiere al recién nacido como “his majesty the baby” (Freud, 1914, p.88) y dice que recibirá todo el amor, todos los cuidados, toda la atención de los padres, pero posteriormente deberá cumplir con lo que éstos le comiencen a demandar: “debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa a la madre” (Freud, 1914, p.88). Freud lo dice claramente: “el que ama sacrifica una parte de su narcisismo por recibir amor” (Freud, 1914, p.95). El niño entonces, desde temprana edad, comenzará a renunciar a ese amor propio, con tal de conseguir ser amado por los otros, por los padres primordialmente.

Posteriormente Freud habla de la “sublimación” (Freud, 1914, p.91), que ya habíamos explicado en el primer capítulo, para referirse a la posibilidad del niño de realizar su deseo de forma en que éste sea bien visto o aceptado por la sociedad. Explica que la sublimación es precisamente algo que sucede sobre la pulsión, intentándola reprimir, pero le permite la salida por medio de acciones y actividades

que son aceptadas por la cultura y por los otros. De esta forma surgirá lo que mencionábamos como el Ideal del Yo (Freud, 1914, p.92), aquella imagen con la que el niño se va a identificar, aquella proyección a futuro de sí mismo con la que cumplirá los deseos y expectativas de los padres. Ese Ideal será aquella persona que deberá llegar a ser una vez que sea adulto.

Al ideal del Yo Freud también lo denomina como conciencia moral y explica que está constituida por las reglas que en un principio son impuestas y que posteriormente llegan a ser introyectadas y creídas como ideas propias, siendo las que dan la estructura y regulan el comportamiento del niño una vez que los padres ya no estén para decirle qué es lo que tiene que hacer. Esto es sumamente importante porque permitirá al pequeño vivir en sociedad con los otros que lo rodean.

Por otro lado, y dejando por un momento a Freud entre paréntesis, podemos hablar del texto de Jaques Lacan llamado “El estadio del espejo como formador de la función del Yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (Lacan, 1949), ya que nos servirá para ejemplificar y para abordar de forma más profunda el asunto de la imagen del cuerpo y del papel importantísimo que juega el semejante en dicha construcción subjetiva.

En este artículo, encontramos otra explicación clara que nos demuestra cómo es que el cuerpo no es algo que esté dado de antemano, sino que es algo que se elabora a partir de que hay otros, es decir, que no se puede fabricar en soledad. El cuerpo es una construcción individual que se lleva a cabo con la ayuda del semejante, mismo que sirve al pequeño humano para verse reflejado e identificado y para ir reconociendo las partes, las formas, las funciones de aquellos pedazos de carne y de aquellos órganos que con el tiempo se irán convirtiendo en un cuerpo; en el cuerpo de un sujeto (como lo entendemos desde el psicoanálisis).

En este texto, Lacan describe cómo es que en los humanos hay un momento mítico que nombra como “el estadio del espejo”, y dice que será a partir de que este evento suceda en la vida de cada sujeto que se comenzará a construir

-de forma imaginaria- el cuerpo. Habla de un momento, aproximadamente a los seis meses de edad, en el que el niño, aún sin tener la capacidad de dirigir y controlar completamente sus movimientos, logra sostenerse (con ayuda de un adulto) y verse reflejado frente a un espejo. Esto es algo que lo llena de júbilo, ya que le muestra la ilusión de una imagen completa de su cuerpo, en dónde además pareciera que todos sus movimientos dependen totalmente de lo que él decida. Es importante mencionar que en la imagen que el pequeño ve reflejada, no sólo se ve a sí mismo, sino que ve a otros y ve los objetos que se encuentran a su alrededor en el momento de la escena. De esta manera se lleva a cabo un recorte imaginario del cuerpo; es decir, que el niño puede observar que hay cosas en la imagen que le pertenecen a su cuerpo y que hay otros objetos que le son ajenos. Es aquí donde es posible comenzar a establecer diferencias entre el interior y el exterior.

Este momento Lacan lo describe como un momento cargado de “dinamismo libidinal” (Lacan, 1949, p.87), ya que está lleno de alegría y placer para el pequeño. Explica que el niño tiene una sensación de un cuerpo fragmentado, que la imagen del espejo le anticipa la ilusión de un cuerpo completo y unificado. Se le hace manifiesta la ilusión de que él puede tener el control de la imagen y de lo que en ella sucede. El pequeño al ver su imagen en el espejo demuestra júbilo, se siente triunfante, ya que esa experiencia le da la ilusión de alcanzar la adecuación del Yo con el ideal. El júbilo del pequeño, es ante la vista de su imagen que obedece a lo que él hace. Goza de esa ilusión de controlar su imagen y su cuerpo.

Este es el instante de la identificación: el niño se ve y sabe que es él el que aparece en el recuadro. Es el momento de la aparición del Yo (je) como función primordial para el sujeto.

Es importante hacer una pausa para mencionar que Lacan habla del Yo (je) y del Yo (moi) dentro del mismo artículo. El Yo (je) aparece como la identidad en el registro de lo simbólico, el “je” será el sujeto del inconsciente y tendrá que ver con la posición simbólica del sujeto, y el Yo (moi), se refiere específicamente al yo imaginario, a una construcción imaginaria (Lacan, 1949, p.87).

El estadio del espejo -este instante mítico que estamos describiendo- lo que hace es devolver al niño una imagen completa, una ilusión que será la base de todas las identificaciones posteriores. Es una ilusión que precede al lenguaje y al entendimiento, es algo innombrable al momento en que sucede, pero da la idea al pequeño de que tiene cierto control sobre sí mismo, otorgándole la posibilidad de construirse subjetivamente en relación al mundo de los otros y al mundo de los objetos que están fuera.

Lacan lo explica así: dice que en ese momento en el que al pequeño se le aparece su imagen como completa, lo que hace es que “simboliza la permanencia mental del yo (je)” (Lacan, 1949, p.88), es decir que funda en la mente un lugar para ese “yo” que se reconoce, que se mira en el espejo, el pequeño sabe que existe completo, tiene noticia por vez primera de su cuerpo como unidad. El estadio del espejo establece a su vez una relación entre la imagen y su realidad, ya que no se ve la imagen fuera de contexto, sino que en la imagen se incluye todo aquello que la conforma: se establece “una relación del organismo con su realidad” (Lacan, 1949, p. 89).

Pero tal como la vivencia de satisfacción en Freud (sin afán de forzar comparaciones), la experiencia del estadio del espejo es algo que será único en cada sujeto. No habrá forma de describir cuál es la sensación que ésta representa, y por supuesto, tendrá consecuencias distintas en cada ser humano.

Lacan aclara que la vivencia del estadio del espejo es una anticipación de la relación del sujeto con la imagen. La imagen anticipada del cuerpo como unidad calma la angustia de la idea del cuerpo fragmentado. El niño al principio no tiene la idea de su cuerpo unificado, sino que lo experimenta como algo en partes. Podemos observar cómo en ocasiones, hay algo de esa imagen en el espejo que no se captura y el sujeto se ve en la imposibilidad de identificarse y de reconocer la imagen del espejo como la imagen del cuerpo propio y lo que se mantiene es esa experiencia de un cuerpo fragmentado, como si no hubiera un discurso que soportara o que acompañara a la imagen. Por esto vamos a hablar, en esta

investigación, de cómo es que es una hazaña y un trabajo arduo el apropiarse del cuerpo, el concebirlo como propio y poder hacer uso de él.

A partir de esta experiencia, de esta primera identificación, será que el sujeto tenga la base para las identificaciones posteriores. El niño se identifica con una imagen que no es él, sin embargo le permite reconocerse, esto se lleva a cabo en el ámbito de lo imaginario. El pequeño va a establecer una relación entre su cuerpo y esa imagen del espejo, de ahí que se establezca una alienación entre el sujeto y esa imagen, ya que es la que le permite reconocerse en primer momento y la que le da una idea de sí. Digamos que se libidiniza esa imagen, se establece una relación erótica con esa imagen tan querida en la que se forma el Yo. El Yo se aliena a la imagen. En este sentido el estadio del espejo tiene que ver con narcisismo (narcisismo de la imago) -ya que se inviste libidinalmente la imagen- y con identificaciones, por esto hablamos de que se va haciendo una imagen del cuerpo, una idea de lo que se es, de lo que se tiene, de lo que es ser cuerpo.

El hecho de que el niño asuma su imagen especular es un movimiento de identificación. La identificación se refiere a un proceso, por el cual un individuo se constituye según el modelo del otro y las imágenes de su cuerpo las tomará de las imágenes de sus ideales. Un niño pequeño asienta las bases de su identidad en numerosas identificaciones con los adultos que lo rodean pero, sobre todo, en las identificaciones consigo mismo, más exactamente, con el modelo especular de sí mismo.

Así la vivencia de reconocerse en el espejo, también le permite comprender que la imagen especular es equivalente a la silueta de su hermano humano. Y reconocer a la vez su propia forma de humano. Durante el estadio del espejo tiene lugar no sólo la primera identificación del niño con la imagen de su cuerpo, sino que se produce además la primera identificación con un humano semejante a él.

Podemos ir comprendiendo que el estadio del espejo no es únicamente algo que suceda a nivel imaginario, sino que es una experiencia que tiene que

estar sostenida en el ámbito de lo simbólico, es decir, del discurso. Lacan dice que al momento en el que el niño se mira en el espejo, debe haber ahí otro que explique la escena y que ponga palabras a lo que está sucediendo. Debe haber alguien que con una mirada, un gesto, una palabra, confirme que la imagen que está en el espejo es la de uno, que tiene un nombre y un cuerpo completo. Debe haber alguien que desempeñe ese doble papel de ser cómplice de la alegría y testigo de la escena. Se podría decir que el niño nace en lo real y que tiene que pasar a lo simbólico por medio de la identificación con la imagen del espejo. De esta forma lo que al principio es carne se puede convertir en cuerpo.

No está de más insistir en que la importancia del estadio del espejo tiene que ver con la constitución del yo, la constitución del sujeto y la significación del cuerpo propio. Hay una transformación del sujeto al asumir la imagen como propia, al identificarse con ella, hay un proceso de conquista de esa imagen que se ve como algo ajeno en un primer momento. Pero, por otro lado, hay otro aspecto interesante sobre el artículo, ya que en él Lacan lo que intenta es descentrar la función del yo, y deja ver cómo la función del Yo tiene que ver con el desconocimiento.

Intentemos explicar lo anterior. El yo se construye bajo una ilusión de autonomía. Lo que quiere demostrar Lacan, es que lo que hay en el Yo es desconocimiento; en realidad lo que hay es inconsciente y no conciencia total de la existencia. Lo que pasa es que el Yo no está en el centro del “sistema percepción-conciencia” (Lacan, 1949, p.92). A partir de esto Lacan explica cómo es que las formaciones del Yo precisamente son formaciones del inconsciente y tienen que ver con este desconocimiento del “je” sobre sí mismo.

Por último, me parece importante mencionar que Lacan también explica en este artículo, cómo este momento del estadio del espejo está cargado de violencia, ya que aparece el semejante, pero no el semejante como ese otro que regresa o devuelve la imagen, sino como aquel que es igual, que está en el lugar mío pero que no soy yo y que al estar en mi lugar hace que yo desaparezca. Entonces, es una experiencia que genera dicha, al mostrar la unidad del cuerpo

que se creía fragmentado, pero que al mismo tiempo genera angustia, ya que sabemos bien que si algo es valorado es más sencillo que caiga bajo amenaza. Lo que está levantado ocasiona júbilo, pero al mismo tiempo angustia.

Este texto es de gran ayuda para continuar planteándonos la idea de la imagen del cuerpo, ya que nos explica que la sensación antecede a la palabra y que tenemos una memoria de dichas sensaciones. Todo esto va conformando el cuerpo y recordándonos que el cuerpo es lo que vemos, lo que escuchamos, lo que pensamos y lo que sentimos.

2.2 Los discursos sobre el cuerpo

Desde Freud, sabemos que el lenguaje es fundamental dentro del trabajo clínico y dentro del psicoanálisis. Cuando leemos alguno de sus casos, nos damos cuenta que en realidad lo que más le importó siempre, estaba relacionado con aquello que le decían sus pacientes sobre lo que les aquejaba. Al relatar los casos de histeria, al escribir sobre la interpretación de los sueños, al introducir a la teoría la importancia de la sexualidad infantil, Freud siempre partió de su práctica clínica, es decir, de aquello que le decían sus pacientes. De lo que la gente iba y le contaba; de historias y de discursos que en ocasiones tomaban un cariz incluso novelesco. Pero Freud llegó a la conclusión de que estas historias eran relevantes, justo porque en ellas aparecía una verdad sobre los sujetos.

Este apartado, da lugar precisamente para hacer una reflexión sobre la importancia del discurso en la práctica clínica, específicamente sobre la importancia del discurso en la construcción del cuerpo de un niño. Por supuesto, no estamos hablando de cualquier niño, sino de un niño visto con los ojos del psicoanálisis, escuchado con oídos que permitan poner atención a un discurso inconsciente. Ese sería el discurso que nos interesa estudiar.

Ya hemos hablado de que el cuerpo se construye a partir de una imagen. Pero no sólo se construye a través de identificaciones imaginarias, sino que es

construido a través de palabras que se le dirigen y que toman fuerza al moldear la carne y marcar la existencia de los sujetos a los que se les envían dichas palabras, precisamente por estar cargadas de deseos inconscientes.

También es importante recordar que cuando hablamos de un niño en psicoanálisis, sabemos que nos referimos a un sujeto que está inacabado, que está en constitución. Para poder hablar del devenir de ese sujeto, es imprescindible relatar cómo es que se desarrolla en los momentos más primitivos, desde que es un pedazo de carne abocado únicamente a satisfacer sus necesidades vitales, hasta que se va constituyendo como un niño que pide y se niega estableciendo relaciones con los otros.

Piera Aulagnier en su texto sobre “La violencia de la interpretación” (Aulagnier, 1986), explica que el “Yo es una instancia constituida por el discurso” (Aulagnier, 1986, p. 112). Expresa que en un principio cuando el bebé aún es muy pequeño, existe una violencia (necesaria para la subjetivación del *infans*) en la que la madre interpretará y pondrá significado a todos los actos del niño, a pesar de no tener idea de qué significan en sí mismos, marcando de manera fundamental el destino del pequeño.

La autora habla de que en esos momentos primordiales, en los que en el niño aún existe la labor de comenzar a constituirse, aparecerá el “medio familiar” (Aulagnier, 1986, p.112) como el medio principal por el cual él conocerá el mundo. Será a través del discurso que existe en esa “pareja paterna” de donde el *infans* podrá recibir la totalidad de lo que es el exterior; es decir, que será a través de sus padres y de su discurso, que se constituirá su imagen, su cuerpo, su deseo, su historia como sujeto dentro de una familia. Piera expresa que los dos organizadores necesarios y esenciales del espacio familiar son “el discurso y el deseo de la pareja paterna” (Aulagnier, 1986, p. 112).

Ese “medio familiar” será también un “medio psíquico” (Aulagnier, 1986, p.112) privilegiado por la psique del infans. Aulagnier menciona que aludirá a cinco factores (Aulagnier, 1986, p.112-113):

- 1) *El portavoz y su acción represora, efecto y meta de la anticipación característica del discurso materno*
- 2) *La ambigüedad de la relación de la madre con el <<saber-poder-pensar>> del niño*
- 3) *El redoblamiento de la violencia, que impone aquello que, parafraseando a Schreber, llamamos <<lenguaje fundamental>>, es decir, la serie de enunciados <<preformativos>> que designarán a las vivencias y que, por ese sólo hecho, transformarán el afecto en sentimiento*
- 4) *Aquello que, desde el discurso de la pareja, retorna sobre la escena psíquica del niño para construir los primeros rudimentos del Yo; estos <<objetos>> exteriores y ya catectizados por la libido son los que a posteriori, dan nacimiento al Yo al designarlo como el que los codicia, los posee, los rechaza, los desea*
- 5) *El deseo del padre (del niño, por ese niño)*

Dentro de este capítulo, iremos explicando algunos de estos puntos sólo en tanto nos sean útiles para abordar el tema de los discursos sobre el cuerpo.

El asunto del portavoz, por ejemplo, “define la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique” (Aulagnier, 1986, p.113). Esto es indispensable de tomar en cuenta, ya que será ese discurso materno el primero con el que el niño tendrá un encuentro durante su vida, el primer discurso que recibirá y que le otorgará el sentido de sus experiencias en el mundo que apenas habita. Ese primer discurso, estará cargado de significaciones y de sentidos que serán los que el niño reciba y tome por ciertos, sobre lo que hay en el exterior y lo que le compete del mundo que lo rodea.

En un primer momento de la vida, es la voz materna la que dirige hacia el niño ese discurso cargado de sentido y que permite que exista una primera

comunicación entre ellos, entre sus psiquismos. Como ya lo mencionábamos desde el primer capítulo, es ineludible la existencia de otro que asista al pequeño con las necesidades vitales que no le son posibles satisfacer, pero no se debe asistir únicamente al cuerpo, es necesario que se asista también al psiquismo. Aulagnier, plantea que de no ser así es posible que exista un niño que “rechace la vida” (Aulagnier, 1986, p.113), ya que pareciera que no hay nadie que lo reciba y que lo acoja en ella. Por lo tanto es necesario que exista una madre que albergue al niño y que le dirija su voz y en ella, ese discurso que lo ubicará en un lugar específico dentro de una historia familiar, dentro del deseo de los padres: de la madre principalmente.

Entonces, en un primer momento, lo que recibe el niño será lo que haya sido procesado antes por la madre. La madre le dará al pequeño lo que ella quiera, lo que crea que necesita, lo que considere “correcto”. Éste, por su parte, “metabolizará” (Aulagnier, 1986, p.114) la información del mundo a través de la propia forma en que la madre la metabolizó antes. Aulagnier dice que “...el objeto, que se ofrece como único material acorde con el trabajo del proceso originario y del proceso primario, tiene que haber sufrido un primer avatar que se debe a los procesos secundarios de la madre” (Aulagnier, 1986, p.114). Es decir, que el pequeño en ese primer momento, estará viviendo y experimentando el mundo a partir de las propias construcciones simbólicas y de las representaciones de la madre. De esta manera comprendemos que será un largo trabajo, difícil y doloroso para ambos (la madre y el niño), el lograr tomar distancia de esa primera forma de experimentar el mundo “estando juntos”. Al pequeño le tomará tiempo el poder distanciarse de aquello que se le dio por verdadero y lograr construir lo propio; y a la madre, evidentemente también le implicará un proceso, el lograr aceptar que eso que en un principio parecía ser un objeto que recibía todo sin ningún filtro, irá convirtiéndose en un sujeto que pueda decir qué es lo que desea de aquello que ella quiere ofrecer, y qué de eso no necesita.

Aulagnier explica que precisamente la función que tiene esta especie de “prótesis de la psique materna” (Aulagnier, 1986, p.116), es que posibilita el que la

psique del niño pueda reconocer una realidad ya existente y que de esta forma le sea posible representársela. “La psique reemplaza lo carente del sentido de un real, que no podría tener un status alguno en la psique, mediante una realidad que es humana por estar catectizada por la libido materna” (Aulagnier, 1986, p.116). Dicha “prótesis” permite al niño que metabolice el mundo a través de la psique materna y que posteriormente se vayan construyendo sus propias representaciones a partir de lo que experimenta. Aulagnier lo explica claramente diciendo que en el encuentro *infans-madre* sucede que la madre “ofrece un material psíquico que es estructurante sólo por haber sido ya remodelado por su propia psique, lo que implica que ofrece un material que representa las exigencias de la represión... el infans recibe este <<alimento>> psíquico y lo reconstruye tal como era en su forma arcaica para aquella que, en su momento, lo había recibido del Otro” (Aulagnier, 1986, p.116).

El pequeño entonces comenzará un trabajo a nivel psíquico, de elaboración de aquel material que la madre le ofrece, pero existirá siempre algo de eso que le sea incomprensible, incognoscible, algo que se le escape y que será lo que impulse y permita que se comiencen a efectuar en él los procesos secundarios, que según Piera tendrán que ver con “...retoños del principio de realidad, testigos de la presencia, de la alteridad y del discurso del representante del Otro” (Aulagnier, 1986, p.116-117), tendrá que ver con la posibilidad de comenzar a elaborar pensamientos propios a partir de lo que le ha sido ofrecido con anterioridad. Precisamente en este momento es en el que aparecerá la posibilidad de que se comience a constituir un sujeto, la posibilidad de que se muestre la singularidad y el deseo.

Como ya lo mencionamos antes, el tema de la violencia primaria para Piera Aulagnier, tiene que ver con una violencia necesaria para que el sujeto se constituya como humano. Para esto, es indispensable que exista un discurso que preceda al niño desde mucho tiempo antes de que éste nazca. Para referirse a este discurso, Aulagnier habla de una especie de “sombra hablada” (Aulagnier, 1986, p.117) que es proyectada por la madre sobre el cuerpo del *infans*; esa

sombra, es justo el discurso que se le dirige al pequeño y que lleva con él las “exigencias estructurales del Yo” (Aulagnier, 1986, p.117).

Dentro de este proceso, Aulagnier explica que pueden existir desviaciones que sean las que se manifiesten como casos de psicosis. En ellos habrá una falta de la “función tercera” (Aulagnier, 1986, p.117), de aquella función que remite al padre dentro del discurso que la madre dirige al niño. Es necesario que el padre sea considerado como el representante de los otros, del exterior, como aquel que dé cuenta de que existe en el exterior una organización cultural y social; pero el padre no debe querer tomar el lugar del que ordena, sino dejarse mostrar como sometido por ese sistema.

Así como hay esos requerimientos sobre la figura del padre, Piera habla de que para poder referirnos a alguien como una madre, necesitamos hablar de cuatro características necesarias en un sujeto: primero, que se pueda decir que hubo una represión “exitosa” de su sexualidad infantil; después, que tenga un sentimiento de amor hacia el niño; en tercer lugar, que acepte de cierta manera lo que dice el discurso social sobre lo que es ser una madre; y, por último, que tenga junto a ella al padre del niño y que de ser posible mantenga por él sentimientos positivos.

Esto será indispensable para que pueda hablarse de que hay alguien que se ofrece como madre, alguien que se da desde el lugar de madre a un sujeto que llega al mundo. La “sombra hablada”, por su parte, lleva el discurso de esa madre directamente hacia el cuerpo del hijo y lo coloca en un lugar específico. En este sentido, el cuerpo del niño en estos momentos primordiales, ocupará la posición de un objeto sobre el cual la madre coloca todas sus aspiraciones, sus intereses, sus cuidados, sus intenciones, sus afectos; el cuerpo del niño será el lugar sobre el cual se proyectará la *sombra* que represente la idealización del Yo: lo que ella espera que ese niño, ese cuerpo, llegue a ser y a convertirse.

La *sombra* hablará de las expectativas y los anhelos de la madre, depositados sobre el cuerpo del niño. Piera dice, que en este acto de depositar

expectativas y poner significantes sobre el cuerpo del niño, se ejerce gran violencia sobre el bebé; a lo cual, al ser éste muy pequeño y no tener la posibilidad aún de responder o “contraponerse” (Aulagnier, 1986, p.120) a esto, lo único que le queda es el actuar. Algunas formas de mostrar su rechazo o su duda frente a los “enunciados identificatorios” (Aulagnier, 1986, p.120) que le son impuestos son –a falta de palabra- manifestados por el cuerpo. La autora señala algunas de las formas mediante las cuales podría manifestarse esta contraposición y habla de la falta de sueño, de crecimiento, de movimiento, de fonación, con la imposibilidad del pensamiento (como en el caso de algunos autismos) y, podríamos agregar, la falta de juego.

La contraposición aparece como una posibilidad del niño de hacer valer su deseo frente a una madre que parece no dar lugar, ni abrir espacio para que éste se constituya. El mostrar con el cuerpo esa negativa, evidencia a la madre que hay algo de eso que ella está ofreciendo que no es lo que le viene bien al niño, algo que no es lo que requiere ese cuerpo.

La posibilidad de decir que no, es una forma en la que el pequeño logra tomar distancia del deseo y la exigencia materna, e ir constituyendo y haciendo conciencia de su propio deseo. Aulagnier expresa claramente que es “menester ocuparse de ese saber del cuerpo” (Aulagnier, 1986, p.120).

Por otro lado, aparece Ricardo Rodulfo como otro autor que también aborda el tema de cómo es que el niño se construye, a partir de lo que logra tomar del cuerpo y del psiquismo de la madre.

En el texto “El niño y el significante” (Rodulfo, 1989), Rodulfo habla de la importancia del significante sobre la existencia y la posición que ocupa un niño frente al deseo de los otros, particularmente frente al deseo de sus padres y su familia. Explica que el niño no puede ser considerado únicamente por él mismo, sino que debemos incluir en el análisis de sus producciones su “prehistoria” (Rodulfo, 1989, p.18), es decir, todo lo que lo precede, todo lo que estaba antes de

que él llegara al mundo, en el inconsciente de aquellos que conforman su genealogía.

La tesis principal que aborda Rodolfo en este texto, tiene que ver con que hay algo del orden de la historia familiar, que es desconocido a nivel consciente para el niño (y para sus familiares) pero que es actuado por él de forma inconsciente. Dentro de esta investigación es importante que retomemos este postulado, precisamente porque en él se indica que es sobre el cuerpo del niño que se coloca un saber familiar inconsciente, capturándolo de manera que queda atrapado en un lugar que no le permite hacer aparecer su deseo y ocupando el lugar de un significante dentro de cierto “mito familiar” (Rodolfo, 1989, p.36).

Rodolfo explica que el significante se caracteriza, en primer lugar, por ser algo que se repite. Por otro lado explica que hay frases y ciertos actos, que cumplen con una función de ser significantes. Esas frases a las que se refiere el autor, tienen la característica de estar en tiempo presente, lo cual les da un valor de “legalidad” (Rodolfo, 1989, p.24) que hace que tengan el peso y la forma de una instrucción que se actúa de forma inconsciente. El énfasis que hace Rodolfo en el tiempo en el que es enunciada una frase significativa, me parece que es importante en tanto que tiene que ver con la posibilidad de salida de él. El hecho de que se diga algo sobre un niño ahora, da la posibilidad de pensar que en el futuro tal vez pueda ser distinto. Tal vez esto pueda estar relacionado con el hecho de que el tiempo del inconsciente es tiempo presente. Tiempo en el que se anuda lo prehistórico con lo que pasa en el presente, pero que a pesar de que toma prestada información pasada, es algo que ocurre en la actualidad y que afecta el cuerpo del niño también en tiempo presente.

Rodolfo agrega que hay algo del deseo del sujeto, que le permite permanecer colocado en la posición en que el mito familiar lo ha situado. Hay algo del deseo familiar, pero también hay algo del deseo del sujeto que hace referencia a que esa posición en la que ha sido colocado, le acomoda y le favorece de cierto modo.

El significante es abordado aquí como algo que no es individual, sino que tiene que ver con varios integrantes de una familia, con la prehistoria. El significante los toca a todos por ser parte del mismo entramado familiar, sin embargo aparece algo novedoso en cada manifestación. Hay algo de original que se escribe con la aparición del significante en cada historia.

Existen innumerables vicisitudes, que sin duda alguna tendrán influencia en el peso que tomará el significante en cada niño. Hay frases que pueden determinar el éxito para un sujeto y que podrían, de manera totalmente opuesta, destruir o psicotizar a otro. Rodolfo es muy claro al explicar que el significante no estará amarrado a un significado por regla ni de manera antecedita, el asunto con el significante incluye al sujeto que se ve afectado por él. Hay, sin duda, una mezcla entre lo azaroso y lo que ya está dicho, entre lo nuevo y lo que estaba ya a la espera merodeando, que moviliza o paraliza a una generación, a una familia, desde antes de que nazca un nuevo miembro en algún hogar.

En el texto, aparece explicado el sujeto como aquello que “representa un significante para otro significante” (Rodolfo, 1989, p.40); por ejemplo: mi nombre, que no soy yo, me representa; hay algo que dentro de la sociedad ocupa mi lugar (mi nombre) y me representa en ella. Por lo tanto, el asirse a un significante es una condición humanizante y será tarea de cualquier ser que llega al mundo el encontrar esos significantes que lo representen.

En este sentido el significante también cumple una función de predicado dentro del discurso que se habla sobre un sujeto: el significante es precisamente aquello que se dice sobre un sujeto.

Hay que recordar que el inconsciente puede tomar muchas vías, nunca hay un camino ya escrito. A pesar de que hubiera cierto discurso esperando al niño, puede haber algo que desde fuera le permita escapar, algo que se una a su deseo y que él encuentre como una salida. Cada sujeto se posiciona de forma distinta ante lo que pareciera ser lo mismo. Rodolfo dice que no hay que desestimar el hecho de que Freud haya descrito una causalidad en la vida humana, pero dice

que hay que “incorporar” (Rodulfo, 1989, p28) cuatro aspectos importantísimos: la prehistoria del sujeto, la sobredeterminación, la repetición y la diferencia (Rodulfo, 1989, p.28).

La importancia de tomar en cuenta la prehistoria del sujeto ya la hemos venido explicando y tiene que ver con el hecho de que hay cosas del deseo familiar que atrapan al niño, pero que no tienen que ver de manera directa con él. Hay una historia que en ocasiones no es contada, pero que es actuada por los miembros de la familia y habrá que detenernos en observar qué lugar es el que viene a ocupar el pequeño en esa historia, qué personaje es el que interpreta, o cuáles son las características del rol o del lugar que ocupa.

La sobredeterminación tiene que ver con los múltiples caminos que podría tomar el inconsciente, con aquello que veníamos diciendo sobre la mezcla entre lo azaroso, lo que está preescrito y lo singular.

La repetición y la diferencia, dice Rodulfo, nos ayudan a recordar que lo importante es “qué hace el sujeto con...” (Rodulfo, 1989, p.28) aquello significativo. Qué introduce de nuevo, qué le agrega, qué permanece de la frase significativa y qué se modifica con cada aparición. La diferencia es sumamente importante, porque es la que da cuenta del deseo. Es la posibilidad que tiene el sujeto de separarse de lo que ya estaba escrito o dicho sobre su historia.

Por eso es importante que en el análisis sea el paciente quien se cuestione sobre aquellas frases o aquello que tiene peso en su existencia, ya que será partir de esos cuestionamientos que a él se le podrían ocurrir posibles respuestas o caminos de acceso, a un movimiento: posibles formas de salir de esa repetición y colocarse en un lugar nuevo, un lugar que sea construido y escogido por él.

Hasta este momento hemos hablado ya de dos características del significativo. La primer característica que mencionó Rodulfo fue la de la repetición, posteriormente la de la novedad (la posibilidad de que aparezca algo nuevo en cada manifestación o con cada sujeto), por último, aparece el tema de la “dirección” (Rodulfo, 1989, p.30), es decir, que el significativo siempre conduce a

algún lugar. Que las frases que se dirigen al niño, lo conducirán hacia un lugar específico y marcarán su destino mientras él no pueda tomar distancia de lo prescrito.

Rodulfo expresa que “lo que caracteriza a un ser humano es que no se queda donde se le indica” (Rodulfo, 1989, p.31), por lo tanto, lo peor que le podría pasar a alguien sería que se quedara en el lugar donde alguien más lo colocó, por ejemplo dentro de “los significantes de la prehistoria” (Rodulfo, 1989, p.31). Lo que habría que hacer, es una apuesta para que el trabajo clínico permita a un niño el poder moverse del lugar del deseo de sus padres y que surja un nuevo lugar que tenga que ver con el deseo de él.

Para que se construya dicho espacio, aquel que el niño pueda habitar como propio, es necesario que se lleve a cabo un largo proceso de separación con la madre. Rodulfo dice que debemos preguntarnos “si un niño sigue viviendo aún en el cuerpo de la madre o si ha empezado a vivir en otro tipo de territorio, en otro tipo de espacio” (Rodulfo, 1989, p.36). Este asunto es justo el que me interesa para esta investigación, ya que permite hablar de cómo es que un niño puede comenzar a vivir en su propio cuerpo. A partir de esto, podemos preguntarnos en qué momento su cuerpo le comienza a pertenecer y lo puede comenzar a habitar como propio; en qué momento logra separarse de la madre y ya no parecer una extensión de ella. Pero esto no tiene que ver únicamente con un proceso evolutivo, ni mucho menos con un acto de voluntad. Hay factores externos al niño, como aquellos que hemos mencionado sobre lo que la madre puede ofrecer o aquello de lo que carece, que lo ayudan o lo imposibilitan de hacer ese movimiento, ese cambio de lugar.

Rodulfo plantea otra pregunta interesante: ¿para qué se desea a un niño? Habría que preguntarnos también, para qué una madre, un padre, o el resto de la familia, esperan un hijo o demandan un nuevo integrante para una familia. Habremos de preguntarnos ¿qué lugar se le asigna en el mito familiar? Para esto Rodulfo define al mito familiar como “un puñado de significantes dispuestos de

cierta manera” (Rodulfo, 1989, p.40), que serán los que se le ofrezcan al niño para que él arme su propia historia.

El bebé, al llegar al mundo, buscará significantes que lo representen dentro del deseo familiar, dentro de ese discurso preexistente, pero no lo encontrará todo ya acomodado y a su disposición, sino que tendrá que hacer una labor de búsqueda, de apropiación y de construcción con ese material que se encuentra. Rodulfo dice que “conseguir un lugar para vivir depende de los significantes que uno encuentra” (Rodulfo, 1989, p.42).

Lo principal es ocupar un espacio en el mundo que se habita, un espacio que se ocupa con el cuerpo. Igual de importante es ocupar un espacio en el deseo del Otro. Para ocupar ese lugar, es necesario que el niño sea nombrado dentro de un discurso que refiera el deseo -consiente o inconsciente- de los padres y de los familiares que esperaban su llegada. Es indispensable que al niño que nace se le dirijan palabras, en las cuales se envíen mensajes que hablen de expectativas sobre lo que llegará a ser ese cuerpo que nace en un espacio físico (en primer lugar) y simbólico (en el mejor y más común de los casos).

Rodulfo aclara algo importante al decir que no deberá entregársele al niño todo ya hecho. Por mucho que se le espere con ansias y gran deseo, deberá existir en él también una labor de búsqueda y de construcción de sí mismo, a partir de lo que el otro ofrece. Los padres deberán auxiliar al pequeño, pero no deberán proveerlo de todo porque sofocarían el deseo del niño.

El pequeño que nace irá construyéndose y apropiándose un cuerpo, cuerpo que en un principio ya existe físicamente, pero que es necesario moldear y significar para que pueda nombrarse como algo diferenciado del cuerpo de la madre. El bebé tendrá que tomar los significantes que estén disponibles para él, que como dijimos antes, lo precedan y lo esperen; pero si se queda únicamente con esto, se estaría hablando de un signifiante “del super Yo” (Rodulfo, 1989, p.50), que se caracterizaría por capturar al sujeto dentro de goce del Otro, y por

imposibilitarlo de salir de ese lugar que ocupa, en el que cumple con un mandato que proviene del exterior.

Por otro lado, cabría la posibilidad de que el bebé, además de tomar los significantes que se le ofrecen dentro del mito familiar, hiciera una labor de construirse algo propio, un esfuerzo, una “actividad extractiva” (Rodulfo, 1989, p. 70), por medio de la cual podrá tomar del cuerpo de la madre la información sobre el mito familiar. En este caso se estaría hablando de un “significante del sujeto” (Rodulfo, 1989, p. 59), ya que tendría que ver con el deseo del mismo.

Ricardo Rodulfo habla de que el niño se produce a partir de un significante que lo precede; un significante que está en su historia desde mucho antes de que el nazca y que tiene que ver con el deseo de sus padres e incluso de generaciones anteriores que incluye a sus abuelos o bisabuelos. Él dice que nos agarramos a un significante -“soy”- (Rodulfo, 1989, p.61) y que producimos un significante, o mejor dicho, nos producimos en un significante que es el que nos determina. También habla de que existen “representaciones verbales que condensan las formaciones del cuerpo imaginado” (Rodulfo, 1989, p.61) y de esta forma el cuerpo se afecta de los discursos que las familias enuncian sobre cualquier sujeto.

Rodulfo dice que “cualquier discurso sirve a las más diversas causas de acuerdo con sus condiciones de inserción, a qué fines tácticos sirve, etc. Lo mismo vale para el significante y sus efectos.” (Rodulfo, 1989, pág. 62). De esta forma, podemos concluir este subcapítulo comprendiendo la importancia de los discursos y de los efectos que éstos tienen sobre el cuerpo, sobre la construcción y la constitución psíquica de un niño.

2.3 Los límites sobre el cuerpo

Conforme va creciendo el niño, es necesario ir poniendo límites a sus necesidades. En un principio la madre estará sumamente atenta a lo que el bebé

requiera (ya que es consciente de su estado de desvalimiento originario). Posteriormente, el bebé tendrá que irse ajustando a las necesidades del medio, a lo que se le pueda brindar, y tendrá que ir realizando acciones para conseguir lo que no siempre esté a su alcance.

Ahora es necesario hablar un poco sobre estos límites que se le van imponiendo al cuerpo, sobre las reglas que serán las que regulen el placer del niño pequeño y posteriormente del adulto que vive en sociedad, tal como lo desarrolló Freud en artículos como “Introducción al narcisismo” (1914), “El yo y el ello” (1923), “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924), “El porvenir de una ilusión” (1927), “El malestar en la cultura” (1930[1929]), entre otros.

Sin embargo, podríamos empezar mencionando brevemente algo sobre Michel Foucault, quien en su texto sobre las “Tecnologías del yo” (Foucault, 1990), habla de que existe una diferencia importante entre las prohibiciones en general y las prohibiciones que se ejercen sobre la sexualidad; es decir, sobre el cuerpo. El autor menciona que, a diferencia de las demás prohibiciones, las que tienen que ver con temas de sexualidad se relacionan directamente con un asunto de “decir la verdad sobre sí mismo” (Foucault, 1990, p.45). Explica que la conducta sexual, por sobre todas las demás conductas, está sometida a leyes y a reglas estrictas.

El asunto de la prohibición es una cuestión que está directamente relacionada con el cuerpo. Debido a que el placer es experimentado corporalmente, por medio de los órganos y de la piel, es que sobre él se imponen censuras y leyes, violentándolo y marcándolo de forma importante.

Para hablar de este tema, considero esencial retomar a Freud en su artículo “El malestar en la cultura” (Freud, 1930[1929]). En él, habla de la relación adversa que existe entre las pulsiones y los límites impuestos por la cultura. Explica que la ley principal y gracias a la cual se instaura la cultura, es la prohibición del incesto y menciona que no es sino a partir de la renuncia al mismo, que surge la posibilidad de vivir en sociedad.

Freud comienza el texto hablando de un comentario de Romain Rolland, quien a partir de haber leído su ensayo llamado “El porvenir de una ilusión” (Freud, 1927), le comenta que está totalmente de acuerdo con lo postulado ahí, sin embargo agrega que lamenta que no haya entendido cuál es el origen de la religiosidad. Este hombre, le habla a Freud de un “sentimiento oceánico” (Freud, 1930[1929], p. 65), con el cual describe una experiencia en la que el hombre se siente uno mismo con el universo, donde los seres humanos son capaces de creerse unidos y formando un solo cuerpo con lo que hay en el exterior.

Freud responde a esto, diciendo que en la teoría psicoanalítica dicho pensamiento no tiene cabida y agrega que él mismo nunca ha sido partícipe de una experiencia similar. Aprovecha para explicar que en el caso de la teoría psicoanalítica se explicarían las cosas de forma inversa.

En un principio, el cachorro humano tendría la idea de que él es uno junto con lo que hay en el exterior. Sería resultado de un proceso largo y complejo (en el que surgirá el “principio de realidad” (Freud, 1930[1929], p.68) el que el pequeño pueda diferenciar su cuerpo de lo que hay fuera y deje de considerarse uno con el universo.

Freud explica que en un principio el lactante no separa su yo de lo que hay en el exterior y tiene la percepción de que él es lo mismo que su madre, por ejemplo. Con el paso del tiempo y de la evolución de algunos procesos psíquicos y fisiológicos, el pequeño irá descubriendo sus órganos corporales a partir de las sensaciones que éstos le provoquen. Posteriormente aparecerá el momento en el que advierta que el pecho materno no le pertenece, al darse cuenta de que hay momentos que a pesar de que él lo espere -o lo anhele- éste no llegue. Así, el pequeño se dará cuenta de que tendrá que realizar una acción específica –hacer un llamado a la madre por ejemplo- por medio de la cual le será posible la satisfacción buscada. Éste es para Freud, el primer momento en el que el mundo exterior se le muestra abruptamente al pequeño, revelándole que él es algo separado de la madre, que ella es algo que se encuentra fuera y que no comparten el mismo cuerpo.

De este modo, se introduce el tema que explica que el dolor y el displacer pueden provenir del exterior. Como lo sabemos ya, hay cierto displacer que proviene del interior del cuerpo (por ejemplo una necesidad orgánica, como el hambre), pero el sufrimiento es sentido como algo que llega desde fuera, porque es desde ahí donde se le niega la satisfacción. Por más que el pequeño desee comer, por más que el bebé llore, no será hasta que la madre decida ofrecerle el pecho y alimentarlo que su necesidad se apaciguará.

Lo que propone Freud en este ensayo, es precisamente eso. Intenta explicar de forma detallada, cómo es que las prohibiciones y las limitaciones que vienen del exterior, ejercen su poder directamente sobre las exigencias pulsionales que están siempre presentes en el ser humano.

Más adelante, dentro del mismo ensayo, Freud menciona tres situaciones y las describe como fuentes principales del displacer o del malestar humano. Las enumera de la siguiente forma: “la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el Estado y la sociedad” (Freud, 1930[1929], p.85). Continúa diciendo que de las dos primeras no podemos escapar y nos recuerdan constantemente nuestra impotencia frente al poder de la naturaleza y el universo. Por otro lado, la tercera causa del malestar, la de tipo social, nos causa mucho sufrimiento pero es creada por nosotros mismos; es imperfecta en tanto que es instituida por el psiquismo humano. En gran medida sufrimos por esta última causa: sufrimos, más que por otra cosa, por aquello que hemos llamado cultura.

En este punto Freud hace un recordatorio y una aclaración importante, ya que menciona que es precisamente por esta imposibilidad de aceptar las limitantes y las leyes impuestas por la cultura, que el hombre enferma. Es a partir de la frustración que generan las reglas que someten a las pulsiones, que aparecen las neurosis descritas en toda su obra.

La infelicidad provocada por las imposiciones culturales, no es un asunto de la actualidad, es algo que tiene que ver con la condición de los seres humanos

desde que viven en sociedad. Es algo que ha estado presente en todas las civilizaciones, desde la antigüedad hasta nuestros días. La idea de una cultura, se refiere a todo aquello que nos diferencia de los animales, a todas las acciones y comportamientos regulados que nos permiten llamarnos seres evolucionados o pensantes. Para Freud, la utilidad de la cultura tiene que ver con dos cuestiones principalmente: una, el poder protegernos de lo intempestivo del universo (de las desventuras que provoca la naturaleza misma) y dos, el poder regular las relaciones y los vínculos entre los seres humanos.

Se reconocen como parte de la cultura, todas las actividades que tienen que ver con el poder controlar y poner al servicio del hombre la naturaleza. La cultura sirve para domesticar animales, crear herramientas que compensen las limitantes del cuerpo humano, pero sobre todo para dominar las pulsiones; para controlar el cuerpo y el deseo y, poder vivir en sociedad. Es decir, que aquel hombre que logre renunciar a sus exigencias pulsionales y ajustarse a las de la cultura, será aquel que logre éxito y sobrevivir en sociedad.

Primero aparece planteada la cultura como aquello que le es útil al hombre; sin embargo, Freud hace mención a un aspecto de la cultura que no tiene nada que ver con la funcionalidad o con lo que podría servir a los humanos; habla de la belleza. La belleza es algo que se exige dentro de la cultura, pero que en realidad es inútil. A pesar de ser así, buscamos la belleza en el hombre culto, esperamos que el hombre civilizado aprecie la belleza que hay en el universo y también le exigimos que la produzca. Esperamos que realice cosas bellas, ya sea por medio de su trabajo, con creaciones artísticas, literarias, con pensamientos, etc. De igual manera, esperamos que exista cierto orden y limpieza en sus actos; es a partir de que encontramos estas características en un hombre, que podemos dejarlo de nombrar salvaje y considerarlo civilizado. De igual manera como se exige orden y limpieza en las creaciones humanas, se le requiere que proceda así sobre su propio cuerpo.

Freud aclara que si se les pide esto a los hombres, es debido que en su naturaleza prevalece lo contrario. El hombre, muestra infinidad de veces que tiene

una parte animal. Es necesario educar a la especie humana y enseñarle el valor de los cuidados del cuerpo y del entorno, para enterrar la parte que evidencia la barbarie. Es indispensable regular la forma en que se vive al cuerpo y a sus necesidades dentro de la sociedad.

Pero no sólo es importante regular el orden, la limpieza y procurar la belleza. Es indispensable que dentro de este mismo funcionamiento social, se regulen primordialmente las relaciones entre los individuos: la forma en que se establecen los vínculos en la sociedad.

Si no existieran las reglas y los límites sobre las relaciones humanas, sucedería que éstas quedarían expuestas al abuso de los individuos y correríamos el riesgo de aniquilarnos unos a otros. Sucedería que los hombres sólo buscarían satisfacer sus propias necesidades y nunca importaría lo que necesita el otro. Estaríamos sometidos y regidos por las mociones pulsionales.

A partir de esto, comprendemos que el hombre renuncia a su propia satisfacción para poder entrar en la sociedad. Hay un paso que permite avanzar al hombre, del placer de tener el poder, a lograr otorgárselo a la comunidad en la que vive. Este orden, que es social, tendrá que cumplirse y no quebrantarse para satisfacer las necesidades de un solo individuo; se supondría que el orden social estaría regido por leyes justas que brinden a los ciudadanos seguridad y tranquilidad para poder vivir entre otros hombres.

Podemos darnos cuenta de que esto es únicamente una utopía, y no podemos pensar que conforme pasa el tiempo nos acercamos más al ideal de sociedad. Es debido a que las pulsiones sólo son sometidas, más no desaparecen, que siempre se harán presentes e intervendrán en el supuesto “perfeccionamiento” de la vida en comunidad y en la cultura.

Las pulsiones, como ya lo hemos mencionado en el primer capítulo de esta investigación, tienen la posibilidad de encontrar alternativas socialmente aceptadas para su satisfacción y una forma de ello es la *sublimación*. Existen múltiples formas sustitutivas, con las cuales los individuos pueden intentar

satisfacer la pulsión; Freud menciona que es por medio de “actividades psíquicas superiores” (Freud, 1930[1929], p.95), como la ciencia y el arte, mismas que permiten la creatividad. Dentro de éstas formas sustitutivas de satisfacción de la pulsión, evidentemente encontraremos al juego, cuya existencia permite al niño dar trámite a lo pulsional, elaborar la información que recibe del exterior y sobre todo, el ser creativo y producir algo que hable de su deseo.

Freud se pregunta ¿de qué forma se logra, a partir de la cultura, que el sujeto acceda a renunciar a sus demandas pulsionales (particularmente a aquellas que son mociones hostiles o agresivas) y opte por actividades que sean bien recibidas por los otros?

Como respuesta a esta interrogante, encontramos que la agresión y la hostilidad son interiorizadas y puestas sobre el yo. De esta forma se ejerce esa violencia sobre el yo, a través de una instancia que Freud denomina “superyó” (Freud, 1930[1929], p.119). Este superyó es algo que se forma con el paso del tiempo y luego de un proceso de interiorización de las leyes externas, dando lugar a la “conciencia moral” (Freud, 1930[1929], p. 119). No podemos pensar que esta conciencia moral es algo con lo que nacemos o que nos es brindada por la naturaleza de forma constitutiva. La conciencia moral, así como la “conciencia de culpa” (Freud, 1930[1929], p.119), son construcciones que surgen con la cultura y las civilizaciones.

Para poder hablar de conciencia moral o conciencia de culpa, es necesario primero que el individuo tenga una idea clara sobre lo que es bueno y malo. Estas concepciones las adquirirá y las hará propias a partir de vivencias singulares. Es decir, que al estar desvalido y desprotegido en el mundo, el recién nacido irá buscando la forma en que el otro satisfaga sus necesidades vitales. Posteriormente irá buscando el amor del otro, precisamente porque a partir de que es amado por el otro, es que recibe los beneficios de dicho afecto. Así, el humano comprenderá que aquello que le permita tener el amor del otro, será lo que es bueno; y se pensará como malo, aquello que ponga en riesgo el que el otro lo ame: aquellas acciones que pudieran ocasionarle la pérdida del amor.

Por otro lado, el adulto se enfrentará a una situación similar; ya que una vez que haya introyectado la figura de los padres (junto con su opinión y sus reglas), las remplazará por la de la comunidad entera. No es sino a partir de que el niño interioriza las leyes del exterior y de que aparece el superyó, que podremos hablar de conciencia moral y de sentimiento de culpa.

Pero es necesario hacer énfasis en la diferencia que hay entre conciencia moral y sentimiento de culpa. La primera, es resultado de la renuncia de las exigencias pulsionales, de forma que permite que se introyecten y formen parte del psiquismo la idea de lo bueno y lo malo. La segunda, es la que permite la aparición del superyó como instancia que está sobre el yo y lo vigila, lo observa, le impone un ideal. Es el resultado de que ya se haya hecho propia la idea del bien y el mal, constituyendo al superyó. Por lo tanto, el yo no se podrá escapar de ella y no importará si se realizan actos “malos” o si simplemente se desea realizarlos, ambas cosas darán lugar a los sentimientos de culpa.

En teoría, para que exista una sociedad se requiere de que sus individuos renuncien al placer propio y lo conviertan en algo que sea “útil” para todos, en algo que no dañe a la sociedad. Si no es posible crear algo que sirva, por lo menos deberá buscarse el satisfacer lo pulsional, por medio de algo que sea bien visto y aceptado por la mayoría. Como sabemos, eso no siempre pasa. Pero la exigencia de que suceda, es lo que motiva al hombre a crear y al mismo tiempo, es lo que lo enferma.

Continuando con el tema de la prohibición, Freud escribe otro texto llamado “El sepultamiento del complejo de Edipo” (Freud, 1924) en el que aborda el asunto de la aparición del superyó desde otro costado. En este texto se habla del complejo de Edipo como un “fenómeno central del período sexual de la primera infancia” (Freud, 1924, p.181), se explica que es una vivencia que tiene que ver con las desilusiones y las frustraciones experimentadas por el niño, al descubrir que no puede tener a los padres para satisfacción de sus deseos sexuales. Al no recibir la atención sexual de los padres y al advertir la prohibición que hay por sobre esos menesteres, el complejo de Edipo, como lo llama Freud, compuesto de

deseos sexuales que son dirigidos hacia los padres, será reprimido y enviado hasta el “fundamento” (Freud, 1924, p.181) del psiquismo: es decir, hacia el inconsciente.

Como todo lo propuesto por Freud, este complejo de Edipo es una experiencia explicada desde lo teórico, pero que evidentemente es vivida de forma singular en cada caso. No podríamos hablar de que la experiencia de un supuesto complejo de Edipo es algo que sucede para todos y de igual manera para todos.

Primero, aparece en la teoría el relato de cómo es que en la infancia surge una amenaza dirigida al pequeño que juega con sus manos en el pene. Se explica que es a partir de que un adulto (casi siempre una mujer), amenaza al niño diciendo que deje de tocarse o sino tendrá una consecuencia (relacionada directamente con perder el miembro), que el niño irá dándose cuenta que hay un límite sobre su placer sexual. Posteriormente al observar los genitales de alguna niña, el niño recibirá de forma más seria la amenaza, ya que pensará que el hecho de no ver un pene en la niña, significa que ella fue amenazada por haber hecho algo parecido y que la ley fue cumplida sobre su cuerpo.

Anterior a la “amenaza de castración” (Freud, 1924, p.182), hay otras dos experiencias que preparan al niño para tener la idea de que de su cuerpo hay partes que podrían desprenderse, de que podría perder algo de sí mismo. Freud hace mención a la primera pérdida con el pecho de la madre (que no está siempre que el niño lo desea y poco a poco le permite advertir que no le pertenece) y con la experiencia de las heces que le son requeridas en el día a día. Para el niño varón, entonces, la satisfacción amorosa tiene el precio de perder el pene, por lo cual el niño renunciará a esa satisfacción. Posteriormente, lo que sucederá será una identificación con las investiduras de objeto resignadas, esto es, que aparecerá el superyó como el resultado de la introyección de la autoridad del padre o de ambos padres. De esta forma el yo se resguarda del retorno de las investiduras libidinosas de objeto.

Este proceso sería el sepultamiento del complejo, en donde se prefiere salvar el órgano genital y al mismo tiempo se cancela su función en favor de conservarlo.

En este texto Freud explica la función de la represión sobre el complejo en el niño, sin embargo da aclaraciones muy escuetas sobre lo que acontece en el caso de la niña. Se limita a mencionar que en el caso de la pequeña, lo que sucede es que considera su genital en desventaja y asume desde el principio su castración, es decir que con ella no sirve de la nada la amenaza. Por el contrario, ella desplaza su energía libidinal de querer un pene, al querer un hijo del padre.

En otro texto que Freud nombra “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (Freud, 1925), aparece explicado más claramente lo que sucede en el caso de la niña; se habla de qué es lo que sucede en lugar de la amenaza de castración. Primero hay que recordar que en ambos casos, en el niño varón y en la niña, el primer objeto de amor es la madre; en el caso del pequeño, llegará la prohibición de la madre a través de la amenaza del padre (quien es reconocido como rival y posteriormente tomado como objeto de identificación, que le permite al niño tomar su lugar como hombre frente a las demás mujeres); en el caso de la pequeña, es necesario que se realicen dos movimientos: uno que será el del cambio de objeto –de la madre al padre- y otro que será el cambio del órgano sexual rector (que en un principio es el clítoris y posteriormente pasará a la vagina).

Esto se explica más detenidamente. Freud menciona que en todos los seres humanos hay una disposición a la bisexualidad, en realidad lo que define la elección del objeto sexual tiene que ver con las vicisitudes que ocurren en el proceso del complejo de Edipo y en la identificación con las figuras parentales en la primera infancia. En el caso del niño, sucede que al observar el cuerpo (los genitales específicamente) de una niña, comienza a tener sentido la previa amenaza de castración y además, sobreviene en él un sentimiento de horror frente al cuerpo de la niña (que considera mutilado) o, por otro lado, un sentimiento de desestima hacia ella. En el caso de la niña lo que ocurre, es que tiene la visión del genital masculino y asume que simplemente ella no lo tiene, pero querrá tenerlo.

En este proceso también pueden ocurrir dos cosas: una, que la niña no quiera aceptar que le falta ese pene y que afirme con su comportamiento que en realidad no le hace falta, actuando como un niño; o, por otro lado, podría suceder que tome también para sí la idea de que está incompleta y adquiera un “sentimiento de inferioridad” (Freud, 1925, p.272). Por último se explica que a la niña se le muestra la posibilidad de hacer una “ecuación simbólica” (Freud, 1925, p.274) y remplazar el deseo del pene por el deseo del hijo.

En general lo que menciona Freud en este artículo, es que los individuos de los dos sexos se comportan de forma inespecífica, es decir que actúan de forma masculina y femenina, a pesar de lo fisiológico, en diversas situaciones. Pero en ambos casos, el superyó queda como el “heredero” (Freud, 1925, p.175) del complejo de Edipo. La libido que es resignada es volcada sobre el yo: “sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó y prestan a esta neoformación sus propiedades características” (Freud, 1925, p.275). Por otro lado, como lo diría la psicoanalista Silvia Tubert en su texto titulado “Algunas consecuencias imaginarias de la diferencia simbólica entre los sexos” (Tubert, 1991), también el asunto de la posición que toma el sujeto frente a su objeto de deseo, estará profundamente relacionado con el sepultamiento del complejo de Edipo y con la instauración de la ley, ella lo expresa diciendo que “la distinción masculino-femenino es un efecto del complejo de Edipo” (Tubert, 1991, p.142).

Después de esto es que podríamos hablar de un supuesto sepultamiento del complejo de Edipo, ya que estaría instaurada en el psiquismo la conciencia moral y la conciencia de culpa, que le permitirán a cualquier niño –posteriormente a cualquier adulto- el buscar fuera de la familia la satisfacción de sus deseos. Es a partir de que existe la limitante y la prohibición, que se activa el deseo y es posible que encuentre algún rumbo para ser satisfecho.

A partir de esto, podemos comenzar a hablar del tema de la creatividad en el niño como una forma de sublimación y simultáneamente, como una forma de constitución del psiquismo. Podemos comenzar a hablar del juego.

Capítulo III.

3. El jugar

El tema de la creatividad y del uso del cuerpo dentro de los procesos creativos, es específicamente lo que nos llevó a explicar el asunto de la constitución psíquica y a hablar de la concepción de cuerpo en psicoanálisis en los capítulos anteriores. A partir de ello, es posible adentrarnos en el tema del juego como tal y reconducir nuestra atención a uno de los aspectos que nos interesaron primordialmente para realizar esta investigación.

Para introducirnos en el tema del juego es importante retomar el texto de Freud titulado “El creador literario y el fantaseo” (Freud, 1908[1907]), ya que en él se habla de cómo es que el juego es una de las primeras formas de manifestación del deseo en el niño. Freud habla de que es posible hacer un símil entre las creaciones del poeta y los juegos del niño pequeño, precisamente porque en ambos está presente el deseo y porque es una forma de dar salida a las pulsiones que están latentes en forma de fantasías.

Este texto comienza recordándonos que el juego es la actividad predilecta de los niños. Nos habla de que el comportamiento de los pequeños que juegan, es en cierta medida muy parecido al de los poetas, ya que ambos se crean un mundo alterno en el cual les es posible realizar los deseos que en la realidad no podrían llevar a cabo. Ese mundo ficticio, les permite –tanto al niño, como a aquel que escribe- la posibilidad de dar escape a algunas de las fantasías que en ocasiones podrían ser calificadas como prohibidas. Aunque Freud no lo menciona así, podemos hablar de que el niño que juega muestra gran habilidad para moverse en ambos universos: el de la fantasía o terreno de juego y en la “realidad efectiva” (Freud, 1908[1907], p.127).

Además, este texto es particularmente importante para nosotros debido a que en él, encontramos la posibilidad de referirnos a un juego en específico (mismo que llamó nuestra atención desde un comienzo de la tesis), y al que desde

ahora llamaré “juego del espectáculo”. En ese juego, el niño se comporta como un actor que escenifica algo sobre su propia vida. Es un juego en el que es actor de su propia historia y donde además, encuentra la posibilidad de utilizar su cuerpo de forma activa y ponerlo también en juego dentro de la creación de un pequeño momento subjetivante. Debemos considerar que no es lo mismo hablar de un juego de mesa, un juego de naipes, un juego con “cochecitos”, un juego con muñecas, que hablar de un juego en el que se trepan árboles, en el que se canta, se baila y se expresan y experimentan cosas a través del cuerpo. Ahora, si le he llamado “juego del espectáculo” ha sido a partir de las ideas freudianas.

Freud explica dentro de las similitudes entre el juego y la creación poética, que también se encuentra cierta familiaridad en la forma en que nos referimos a ambos: “... el lenguaje ha recogido este parentesco entre juego infantil y creación poética llamando <<juegos>> {<<Spiel>>} a las escenificaciones del poeta que necesitan apuntalarse en objetos palpables y son susceptibles de figuración, a saber: <<*Lustspiel*>> {<<comedia>> literalmente, <<juego de placer>>}, <<*Trauerspiel*>> {<<tragedia>>; <<juego de duelo>>}, y designando <<*Schauspieler*>> {actor dramático; <<el que juega al espectáculo>>} a quien las figura” (Freud, 1908[1907], p.128).

Es justo en este punto que nos detuvimos al elegir el tipo de juego que estudiaríamos y explicaríamos en esta tesis. El “juego del espectáculo”, se refiere precisamente a una forma de expresión que tiene que ver con la actuación. En la introducción de este trabajo, nosotros explicábamos que el “juego como espectáculo” se refería a un tipo de juego en el que el niño es participante activo dentro de una escena; es decir, nos referíamos a un pequeño capaz de utilizar su propio cuerpo para la construcción de una escena en la que la historia que se narra, es nada menos que la historia de vida del pequeño que juega. Por ejemplo, viene a nuestra mente un pequeño de dos años al que mientras su mamá le cambiaba el pañal, decidió ponerse de pie y comenzar a correr; al mismo tiempo, mientras daba vueltas queriendo escapar de su madre, pegó un grito entusiasmado y expresó que él quería tocar el piano (un hermoso piano que

siempre tocaba su abuela), y con las pocas palabras que ya dominaba, envió a su abuelo al sillón para que fuera a él al que le cambiaran el pañal. Este brevísimo relato podría parecer insignificante, sin embargo nosotros lo consideramos un pequeño momento creativo, en el que al niño le surge la posibilidad de tomar distancia de su madre y emerger como sujeto individual. Cuando el niño le quita las manos a su mamá y las empuja lejos de su cuerpo, le hace saber que de cierta manera ha logrado una conquista sobre sus propios deseos: él ya no quiere que sea su madre la que le cambie el pañal y se rehúsa a permanecer quieto en el sillón mientras es observado por sus familiares (tíos, abuelos y padres que convivían alrededor del niño), por el contrario, decide que quiere realizar una actividad como tocar el piano (una actividad de adulto: decide jugar a ser grande). Este momento es importante en muchos niveles, el que más nos interesa es el instante en el que el pequeño utiliza la poca fuerza muscular de su cuerpo y se esfuerza en alejar el cuerpo materno (y en consecuencia las miradas concentradas de sus familiares sobre él) y ponerse de pie para correr. Ese movimiento de separación de su cuerpo del de su madre, le ocasiona gran emoción no sólo porque lo hace sentir independiente por algunos instantes, sino porque se le hace evidente que él puede hacer cosas sin necesidad de que lo ayuden. Momentáneamente se siente con el control de la situación: controla sus movimientos, controla lo que le sucede decidiendo qué quiere hacer y además, pone en juego aquello que a él siempre le sucede y que recibe en forma pasiva (que le cambien el pañal y lo observen mientras esto sucede) y manda a otro a que reciba aquel servicio que de pronto le parece sin importancia, tomando un papel activo dentro de la escena.

El juego del espectáculo intenta referirse a un juego que además es importantísimo en el proceso de subjetivación del niño. Es un juego que al pequeño le es posible jugar, únicamente porque ya tiene un camino recorrido en el proceso de apropiación de su cuerpo, en el proceso de constitución psíquica del que hemos venido hablando. Pero al mismo tiempo, es un juego que le devuelve constantemente –por medio del mismo cuerpo que participa activamente- experiencias físicas y psíquicas, que le corroboran que ese cuerpo que usa para la

creación del juego, le pertenece. Que ese cuerpo es suyo y no está, por lo menos en los instantes de la escena del juego, al servicio de nadie más.

Dentro de este mismo texto Freud hace una puntualización y dice que si el niño juega, es necesariamente porque en el juego él encuentra una ganancia de placer. Explica que el juego del niño, con el paso del tiempo, se verá sustituido por el fantasear del adulto. Ambas actividades, tanto en el niño como en el adulto, son importantes porque son atravesadas por el deseo. Freud agrega que el niño al jugar, tiene un deseo que es el primordial y el que rige en general todas las temáticas de sus juegos: el deseo de ser adulto. Al niño le interesa jugar a aquello que le ha “devenido familiar de la vida de los mayores” (Freud, 1908[1907], p.129). De igual forma, el adulto que fantasea logra una satisfacción de ciertos deseos que no logra en la realidad, deseos que en ocasiones incluso lo avergüenzan por su contenido.

Freud señala que la fantasía (misma que suele ser el motor que impulsa el juego o la obra literaria) está compuesta por tres tiempos. En ella se presenta un trabajo anímico que se engarza a una impresión del presente, esta impresión presente lleva a un evento vivido con anterioridad (casi siempre en la infancia) y está relacionado directamente con un deseo que fue cumplido. Por último, esto lleva a visualizar en tiempo futuro una situación en la que algo similar se podría repetir. De este modo quedan pasado, presente y futuro anudados por el deseo.

Esto nos permite hacer énfasis nuevamente, en aquello que mencionamos sobre el hecho de que el niño juega a representar lo que sucede en su propia vida. Incluso Freud menciona que hay que poner atención en la relación que existe entre “la vida del poeta y sus creaciones” (Freud, 1908[1907], p.133), de este modo, tanto el juego como la creación poética sirven al artista y al niño como vías por medio de las cuales pueden realizar en forma sustitutiva su deseo.

Freud aborda el tema del juego en otro artículo titulado “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920), y habla sobre cómo es que se logra crear un espacio apropiado (tanto físico como psíquico) para que se pueda llevar a cabo

una producción creativa o un juego como tal. Plantea que el niño al inicio de su vida cree que es uno junto con su madre, pero que en algún momento se enfrentará con la dolorosa experiencia de la separación, misma que posteriormente le permitirá constituirse como un sujeto deseante, en falta. Dentro de este mismo texto el autor habla del juego del *fort da* (Freud, 1920, p.14-15), en el que describe detalladamente a un niño pequeño que en el momento en que su madre lo deja sólo, se inventa un juego que consiste en aventar un carretel lejos de su cuerpo y luego hacerlo regresar jalando de un cordón. Mientras juega con este emocionante hacer aparecer y desaparecer el objeto, el niño enuncia una frase repetidas veces: “se fue- acá está”. A partir de esto, podemos advertir que el espacio de juego no es algo que está dado de antemano para el niño, sino que se instaura con la posibilidad del pequeño de admitir la separación con la madre. Por otro lado, el juego se convierte en un espacio potencial de elaboración y significación de esta primera experiencia de pérdida. Separarse para jugar y jugar para separarse, entonces, le posibilita al niño el verse a sí mismo como un cuerpo completo, ya no es más una extensión de su madre; lo cual es condición para desear, pensar, crear, preguntar y construir un espacio que le sea propio para realizar todas esas acciones.

3.1 Las funciones del jugar

Para hablar con más detenimiento de cómo es que se hace posible que el juego sea una práctica subjetivante, retomaremos el texto de Ricardo Rodulfo “El niño y el significante” (Rodulfo, 1989) por ser una investigación que explica minuciosamente cómo es que el niño pequeño, es arquitecto de su propio cuerpo y lo construye a través del juego. A su vez, su cuerpo le permite efectuar el juego del espectáculo. Este estudio ejemplifica de forma muy clara, a partir de pequeñas viñetas clínicas, cómo es que el cuerpo del pequeño es tomado por los significantes de una familia y constituido a partir de los deseos (primordialmente inconscientes) de los padres del niño y de sus familiares más cercanos. El niño

tiene que apropiarse de ese cuerpo para poder manifestar su deseo como algo único y así, constituirse psíquicamente.

Rodulfo habla de que el cuerpo del niño, es antes que otra cosa un “cuerpo imaginado” (Rodulfo, 1989, p.76) que surge del mito familiar (concepto que ya hemos explicado en el capítulo anterior). El pequeño que nace, tomará cierto lugar dentro de una familia y esa posición será la que marque su devenir como sujeto. Particularmente el autor se refiere a tres lugares que puede ocupar el infans para sus padres. Uno puede ser el lugar del “falo (Rodulfo, 1989, p.88-103): como aquel lugar que deja ver que el pequeño es marcado por el deseo de sus padres. La “falización” o el “falizar” (Rodulfo, 1989, p.78) a un pequeño significa erotizar y marcar un cuerpo a partir del deseo y no significa, como se podría llegar a entender, que el niño ocupe el lugar del pene (ni el que le falta a la madre, ni el que tiene el padre). En pocas palabras, falizar a un hijo permite la producción de un sujeto. Otro puede ser el lugar del “síntoma” (Rodulfo, 1989, p.88-103), que se refiere a aquellos niños que ocupan el lugar de un significante que encubre algo del orden de lo sintomático en el padre o en la madre del niño, algo no resuelto que impide al pequeño tener un lugar singular y por el contrario lo lleva a permanecer atrapado en una situación de conflicto a nivel familiar. Por último, el lugar del “fantasma” (Rodulfo, 1989, p.88-103) tiene que ver con quedar en el lugar de un objeto; el niño como fantasma puede ser aquel que nazca enseguida de la muerte de algún hermano y que por lo tanto ocupe simbólicamente el lugar del muerto, también puede ser un pequeño que sea tratado como una extensión de los padres (extensión corporal incluso) y que esto le impida separarse y aparecer en la familia como un sujeto particular.

Habría que preguntarse entonces ¿para qué se desea un hijo?, ya que en todo caso un hijo podría ser deseado como síntoma, como falo o como fantasma, pero cada una de estas tres formas dará como resultado situaciones muy diversas. Lo que es de nuestro interés, es la forma en que cada familia se enfrenta a la llegada de un nuevo miembro y cómo es que se le permite o impide, dependiendo de la historia que los haya marcado, que manifieste su deseo como

algo único y diferente de lo que ya existe en el mito de esa genealogía. Para Ricardo Rodulfo, la práctica por excelencia que permitirá al niño crear un puente para poder atravesar lo familiar y acceder a lo propio, es el jugar. Rodulfo expresa que “jugar es agujerear” (Rodulfo, 1989, p.103), hacer agujero, hacer hueco.

Cuando habla de “agujero”, Rodulfo se refiere a un proceso importante en la construcción del psiquismo de cualquier pequeño. Explica que el niño recién nacido, necesita realizar una actividad extractiva que consistirá en tomar, primordialmente del cuerpo materno, todo lo que le sea útil para construir el cuerpo propio. El lograr hacer un “agujero” (Rodulfo, 1989, p.105) será lo que le permita comenzar a constituirse como sujeto. El agujero que hace el niño, es justamente un hueco, que hace las veces de “puente” (ibid, p.105) permitiéndole pasar y entrar en esa familia. El agujero significa que el pequeño podrá realizar las perforaciones necesarias para su constitución: perforará el cuerpo de la madre durante el parto y se producirá una salida; podrá perforar los saberes familiares y modificarlos; perforará las certezas de sus padres y los llevará a cuestionarse a partir de lo que él produce; jugará a perforar sus juguetes y los utilizará sin reglas fijas sino con intenciones investigativas. El pequeño se dedicará a indagar, a jalar, a extraer, a romper, a traer y aventar objetos. En resumen, veremos un pequeño que toma una posición activa frente a lo que el mundo le ofrece y eso le permitirá constituirse como un sujeto deseante.

Para que el niño pueda realizar esta actividad de agujeramiento, también es necesario que la madre del pequeño y aquellos que están a su cuidado se permitan ser agujereados por el nuevo miembro de la familia. Es decir, que se muestren con la flexibilidad necesaria para acoger aquellas características únicas del recién llegado. Una madre que no se muestra con capacidad de cuestionarse o con intenciones juguetonas que le permitan replantearse los saberes que le han sido transmitidos con anterioridad, es una madre que imposibilitará a su pequeño de zafarse de los pesados significantes del mito familiar y que no dará lugar al surgimiento de un sujeto singular. En palabras de Rodulfo “sin agujeramiento no existe salida libidinal posible” (Rodulfo, 1989, p.113), lo cual nos llevaría a pensar

que sin agujeramiento (sin una madre que se permita agujerear y ser agujereada) no habría posibilidad alguna de que un niño juegue.

Hay un punto importante en el que nos debemos detener, ya que cuando Rodolfo habla de juego lo hace mencionando siempre la palabra “jugar” (Rodolfo, 1989, p.120) y explica que el enunciar el verbo en infinitivo nos recuerda que estamos hablando particularmente de una acción que realiza el pequeño. Recordemos que no es el juguete el que nos interesa, sino precisamente la actividad productiva en la que se hace el despliegue de la prehistoria del pequeño y del deseo que emerge en tiempo presente. El jugar, tal como lo explica Rodolfo, es la práctica que nos permite rastrear el proceso de constitución psíquica sin posibilidad de perdernos en la investigación. La capacidad de un pequeño para crear un juego, nos permite ver desde muy tempranas edades cómo se lleva a cabo su estructuración y cuál es el camino que va tomando el surgimiento de una singularidad.

En este trabajo Rodolfo hace una descripción del mencionado artículo en donde Freud habla del juego del *fort-da*, recuperando su importancia por ser un juego que ayuda a simbolizar la ausencia, pero agrega que existen juegos que surgen mucho antes que éste y que son aquellos por medio de los cuales el infans se construye libidinalmente su propio cuerpo.

El recién nacido comenzará su actividad arquitectónica de construcción de un cuerpo tomando materiales que provienen del cuerpo materno. El niño, a diferencia de lo que podría creerse, tiene una posición activa en dicho trabajo y el hecho de que no sea así, es lo que debería hacernos interrogación por ser algo que evidencia alguna problemática en el niño. El pequeño desde el momento en que succiona el pecho materno participa activamente en su alimentación, y así posteriormente en todas las acciones que surgen espontáneamente en su infancia. Podemos observar allí los primeros vestigios y asomos del deseo del niño.

Esa espontaneidad a la que nos referimos es lo que permite el surgimiento del sujeto, ya que es a partir de ella que se actualiza en cada juego aquello del mito familiar que precedía al pequeño. Este factor de espontaneidad se refiere también a la posibilidad de que haya una singularidad en cada creación, a la posibilidad de que cada niño produzca sus propios juegos: la espontaneidad la asociaremos directamente con la capacidad de crear. El juego del espectáculo es un juego que surge justo en ciertos instantes donde hay algo del orden de lo espontáneo, que permite ver un esbozo del deseo que se está constituyendo y que al mismo tiempo ayuda al niño y lo empuja a irlo delineando y reconociendo como propio.

El cuerpo del niño a pesar de ser indefenso, cuenta con ciertas capacidades que le permiten tomar del exterior lo que necesita para irse construyendo. Rodolfo hace énfasis en que antes de utilizar las manos, el niño ya tiene la capacidad de extraer y tomar del mundo lo necesario por medio de los ojos, de la boca y de los oídos. Posteriormente, cuando le sea posible utilizar sus manos diestramente también las comenzará a aprovechar para modificar, arrancar, moldear y apropiarse los objetos que le sean de interés. Lo importante de todo esto, según el autor, tiene que ver con que será con estos materiales que va consiguiendo extraer, que el pequeño irá construyendo una “superficie continua” (Rodolfo, 1989, p. 126). Esta es la primera función del juego que postula Ricardo Rodolfo en su libro.

La “superficie”, como es nombrada por Rodolfo, es un logro sumamente importante ya que le permitirá al niño ir delimitando el territorio de su cuerpo. La superficie será aquella sobre la que se podrán comenzar a inscribir las experiencias vividas por el infans. Esta superficie tiene que tener la característica de ser una extensión continua, debido a que es a partir de que el niño crea superficie que puede comenzar a sentir su cuerpo como una unidad. La actividad que entendemos como juego en la primera infancia, es una combinación de estos dos momentos que hemos descrito: “agujerear-hacer superficie” (Rodolfo, 1989, p. 126). Rodolfo pone algunos ejemplos, en los que describe a niños muy pequeños que disfrutaban de embarrarse y crear capas de masa o materiales diversos, con los

que juegan a cubrir su cuerpo; este ejercicio les entusiasma y colabora en el trabajo de crear superficies, de delimitar dónde es que empieza el cuerpo y dónde termina. También menciona cómo es que en ocasiones existen pequeños que sufren mucho cuando se les obliga a estar limpios (cuando se les baña constantemente, se le quitan los mocos, se le limpian las babas), ya que al recoger los restos de suciedad, el niño cree que se le arrancan pedazos del cuerpo que está construyendo. Rodulfo nos advierte que el cuerpo se forma a partir de ese trabajo de pegar, embarrar, ensuciar, pintar para crear superficies, por lo que los padres habrían de tener mucho cuidado al desbaratar el trabajo que está realizando su hijo.

Dicha superficie no sólo es creada de materiales que pueden ser percibidos por el cuerpo, sino que se constituye a partir de múltiples “capilaridades cotidianas” (Rodulfo, 1989, 133) como lo son los hábitos, las rutinas, las frases y palabras que constantemente se le dirigen al niño; en general lo que suele suceder repetidamente en su experiencia diaria y que le da cierta seguridad y posibilidad de prever los aconteceres del exterior.

A partir de que esta superficie es creada, al niño le es posible comprender qué está dentro de él y qué le viene de fuera. Por supuesto, no tendrá una total claridad al respecto, ya que como todos los procesos psíquicos esto será algo que se continuará constituyendo a lo largo de toda su vida. En este momento del juego aparecerán los que Rodulfo describe como juegos de “continente/contenido” (Rodulfo, 1989, p.127), que son aquellos en los que el niño pone a prueba la capacidad que tiene un cuerpo para albergar otro cuerpo.

Estos procesos primordiales, son fundamentales para que un sujeto se constituya psíquicamente. El que a un pequeño no le sea posible o no le sea permitido el realizar estos juegos subjetivantes, tendrá consecuencias en la vida del sujeto, impidiéndole que utilice su cuerpo con la certeza de que le pertenece.

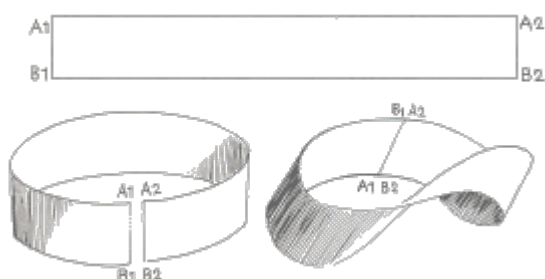
Luego de hacer superficie, Rodulfo explica la segunda función del jugar que tiene que ver con el hecho de que el niño pueda establecer una diferencia entre lo

que es su cuerpo y lo que no. Como ya hemos mencionado en repetidas ocasiones, el niño en un primer momento cree que es una extensión del cuerpo materno (en ocasiones incluso la madre lo piensa así), pero tendrá que realizar un arduo trabajo tanto físico como psíquico que le permitirá separarse y comenzar a verse como un ser individual. El pequeño trabaja construyendo su cuerpo pero en esos primeros momentos hay que recordar que para el niño, espacio y cuerpo son la misma cosa; hay una continuidad que incluye a la madre y a todo lo que está en el exterior del cuerpo del niño, por lo tanto no habrá nada que él ejecute sobre el exterior que no tenga efectos directamente sobre su cuerpo.

Para explicar con mayor claridad esto, Rodolfo toma el concepto usado por Lacan de la “banda de Moebius” (Rodolfo, 1989, p.140) ya que ayuda a ilustrar lo que estamos mencionando sobre la percepción primordial del infans. Esta banda que utiliza Lacan sirve para expresar la tesis de Rodolfo sobre la continuidad que hay entre lo exterior y el psiquismo del pequeño. Rodolfo lo expresa de la siguiente manera: “La banda de Moebius viene justamente a proporcionar una ilustración conceptual de este espacio, al causar la inflexión de su curvatura la desaparición de la oposición entre la cara externa y la cara interna” (Rodolfo, 1989, p.140). Esto quiere decir que el interior y exterior, no son espacios diferenciados sino que están presentes como una igualdad, pero distinguidos por una torsión¹. Todo esto concierne al segundo momento de la estructuración psíquica del cuerpo, en donde el infans luego de haberse vivido como una continuidad con su madre y con el exterior, logrará separarse o por lo menos

¹ Utilizaremos la figura 1. para mostrar la banda. Veremos cómo ambas caras (interior y exterior) son la misma cara, pero son distinguidas por un doblez o torsión.

Figura 1.



tomar cierta distancia que le permita hacer cosas. Pero es importante aclarar que es a partir de que el pequeño está en fusión (muy unido) que logrará separarse, no se puede pensar que el proceso es al revés. Es necesario estar mezclado para que surja el interés por la separación.

El proceso de separación o diferenciación también tiene que ser algo que tome determinado tiempo. La madre del niño tiene que acceder a esa fusión entre ella y el pequeño, para no enviarlo abruptamente a un espacio fuera en el que quede totalmente indefenso. Es decir, que la madre tiene que ofrecerse como alguien totalmente disponible durante algún tiempo, en lo que al niño le es posible simbolizar su ausencia. De no ser así, dice Rodolfo, el pequeño experimentará grandes cantidades de angustia (relacionadas con la idea de que en cualquier momento se puede morir) en momentos de precaria estructura psíquica. En este tipo de casos Rodolfo lanza un cuestionamiento sobre cómo es que alguien que no logró una superficie continua y bien estructurada, podrá aventurarse en el proceso de diferenciación con la madre, a lo cual se responde que en esas circunstancias lo que observaremos serán patologías relacionadas con la angustia, la ansiedad y probablemente alguna psicosis.

Así, el juego surge como una posibilidad o alternativa creativa que ayuda al pequeño a irse construyendo, pero también a irse curando y sanando las heridas que se le van haciendo en el proceso mismo. Que un niño no juegue dice mucho. Según Rodolfo: "Allí donde las fracturas, las interferencias del mito familiar, dislocan las simbolizaciones incipientes atacando el proceso del jugar, el sujeto ya no dispone de ese único recurso de asimilación, gravedad que supone un impedimento a tal extremo que se enuncia en una relación directamente proporcional: a mayor deterioro patológico, mayor es también la imposibilidad en el juego; el caso límite es el autismo donde la función se anula y se deforma casi por completo" (Rodolfo, 1989, p.151). El jugar sirve para ir resignificando las experiencias vividas con anterioridad, permite, como ya lo sabemos, que el niño tome un papel activo frente a lo que le sucede y a lo que experimenta.

La tercera función del jugar, según el autor, es aquella que durante mucho tiempo fue considerada por el psicoanálisis como la primera: la posibilidad de simbolizar la desaparición del objeto. Esta posibilidad surge aproximadamente con el segundo año de vida del niño, según Rodolfo “en el último cuarto del primer año” (Rodolfo, 1989, p.155) y menciona que una de las formas más claras en las que podemos observar el trabajo del niño por simbolizar la ausencia, es a partir del juego del escondite. Así como el juego del escondite, que permite al niño permanecer oculto y aparecer cuando él lo desea, el pequeño hará todo un despliegue de diversos juegos que impliquen el poder separarse del objeto y atraerlo después. Jugará a lanzar cosas, a dejarlas a caer, a taparse con alguna manta y luego aparecer, a abrir y cerrar puertas, etc. Este tipo de juegos, están ligados al proceso del destete y tienen un valor importantísimo debido a que es a partir de ellos, que el niño logra comprender que así como un objeto puede irse o desaparecer, también es posible que regrese o vuelva a mostrarse. Aunque a veces también sucede que no vuelve más, por ejemplo cuando se cae un juguete de un carro en movimiento.

En este punto del jugar, lo valioso para el niño está ligado a la mirada del otro. Cuando él se manifiesta tras haberse escondido, lo que busca es una mirada que le reafirme que lo ve, que le haga saber que existe. El poder desaparecer y luego hacerse presente, también le ayuda a distinguir que algo es real: “...algo es real sólo a partir de que demuestra y hace valer la posibilidad efectiva de su desaparición, tanto desde el lado del sujeto como del objeto” (Rodolfo, 1989, p. 158). Así se instaura la tercera función del jugar que tiene que ver con que el niño sepa que aquello que se va, algunas veces, tiene la posibilidad de retornar. Además, significa que luego de haber vivido en la idea de que todo es una continuación de su madre (todos son madre), logra inscribir a los demás como entes separados tanto de él como de ella. Logra la inscripción del extraño que le permite advertir que si no todo lo que está en el exterior es parte de su madre, entonces él tampoco lo es. Esta inscripción del extraño le permite salir del estado de fusión que tenía hasta el momento con el cuidador primordial.

Esta tercera función relacionada con la separación del objeto, según el autor, debe suceder hasta cierta edad del pequeño, ya que de suceder antes de que el niño esté preparado, la separación será experimentada como una agresión que no podrá ser simbolizada y le retornará “bajo la forma de destrucción corporal o alguna otra suerte de agujeramiento patológico” (Rodulfo, 1989, p.159).

El juego entonces, aparece como una posibilidad de tramitar la idea de la desaparición. Pero no sólo eso, sino que permite construir otra idea: la de que algo puede existir a pesar de no estar presente. El juego entonces permite que el niño pueda simbolizar psíquicamente la ausencia. Por ejemplo con aquellos juegos que mencionábamos en los que el niño juega a cerrar y abrir la puerta, lo que se pone en trámite es justamente esto: que aquello que queda tras la puerta (incluyéndolo a él del lado contrario) no se desintegra por el hecho de no ser mirado. El niño sabe que a pesar de que no lo vean su cuerpo queda ahí y puede ser utilizado para jugar, por ejemplo.

Rodulfo explica esta simbolización de la ausencia, como algo que le obsequia al niño claridad sobre la situación de su cuerpo en el espacio. Al mismo tiempo, es necesario que exista ese espacio entre el niño y el objeto, para que surja la posibilidad de crear un juego o montar una escena. El momento que se describe como aquel en el que el niño arroja el carretel, es justo el momento en el que se inaugura un espacio fuera: es el momento del surgimiento del espacio de juego.

La cuarta tesis sobre el juego según Rodulfo, tiene que ver con las consecuencias que podemos observar en la vida de ciertos sujetos que tuvieron complicaciones con este trabajo de simbolizar el objeto psíquicamente a pesar de que éste no estuviera presente. Rodulfo explica que el niño que logra simbolizar la ausencia lo hace porque ha logrado adquirir cierta cantidad de “imagos” (Rodulfo, 1989, p.173) que le permiten comprender que cuando el otro se va, él no es destruido (él no desaparece) y estas imagos le permiten soportar esa ausencia y esperar a que el otro vuelva. Cuando aún no cuenta con ese recurso, el hecho de que el otro se vaya representa una experiencia de agujeramiento del cuerpo, a la

que el niño intentará responder con lo que tiene a su alcance, que en ese punto es únicamente el cuerpo. En respuesta a esto, según Ricardo Rodulfo, podríamos llegar a observar patologías severas en bebés que enferman gravemente e incluso llegan a la muerte.

El autor habla de ciertas patologías ligadas a esta imposibilidad de soportar y simbolizar la ausencia. Menciona que son problemáticas que tienen que ver con un estado de fusión, con no poder utilizar el cuerpo como algo suelto o independiente para los intereses propios del niño. En lugar de que el pequeño trabaje por crear imagos propias que lo sostengan en la ausencia del Otro, se esfuerza constantemente por pegarse nuevamente a la madre y por fusionarse con ella. Este tema es de nuestro interés precisamente porque nos marca la pauta para poder pensar en qué momento es que se podría ubicar la aparición de la imposibilidad o las dificultades de un niño para usar su cuerpo y para jugar.

Por ejemplo, recordamos a un pequeño de aproximadamente seis años al cual, según sus maestras, no le gustaba jugar. Este niño podía pasar todo el tiempo de recreo sentado, observando a sus demás compañeros jugar y correr en el patio del jardín de niños. Lo que parecía sospechoso, era que el pequeño observaba siempre a sus compañeros con una gran sonrisa, los seguía con la mirada en cada movimiento que ellos realizaban, se asustaba cuando alguno se caía e incluso, en los días en que se involucraba más en el juego, les gritaba o les echaba alguna porra. Al hablar con el niño e irlo conociendo dentro del trabajo en el kínder, me fue posible darme cuenta que él tenía mucho miedo de moverse: de levantarse de su esquina y ponerse a correr como el resto de los niños.

Este pequeño tenía también otras características interesantes, no podía pronunciar muchas letras (hablaba muy poco), tartamudeaba y tenía grandes dificultades para expresar sus ideas. Debido a esto, en la escuela habían decidido que era necesario que repitiera el segundo grado de preescolar, por lo que sus compañeros de grupo no sólo eran más pequeños que él en edad, sino que físicamente se notaba una gran diferencia (siendo el niño del que hablamos un pequeño bastante alto y de complexión robusta).

También se observaba otro factor interesante, ya que este pequeño le había pedido a su madre que siempre llegara temprano por él. Es decir, que cuando se abriera la puerta del colegio a la hora de la salida, no tuviera que esperarla y ella ya estuviera allí para llevarlo a casa. La madre, siempre se mostró atenta a la petición del niño y los días en que ella llegaba a fallar a su promesa de llegar puntual, el pequeño se angustiaba demasiado y lloraba sin parar hasta que la madre llegaba por él.

Poco a poco pudimos darnos cuenta de que a este niño en realidad sí le gustaba jugar (tal como lo mostraba su rostro al mirar jugar a sus compañeros). Por ejemplo, un día lo invité a subir a un brincolín que parecía llamarle la atención. Él accedió a ir con la condición de ser acompañado y de que lo tomara de la mano mientras él subía. Después de algunos días de repetir esto, él comenzó a acercarse a mí sin que yo le dijera nada, pero me expresaba una frase muy particular que yo interpreté como la forma que él tenía de solicitar mi ayuda para ir hacia el brincolín. El niño se levantaba de su esquina, se acercaba a mí y con la mirada puesta en el brincolín me decía: “es que mi mamá nunca juega conmigo, nunca me acompaña”.

Esta frase tomó sentido más tarde, cuando al conocer un poco más a la madre del niño, pudimos observar que en realidad a ella le costaba mucho trabajo separarse de su hijo, pero cuando estaba con él parecía mostrarse ausente. No le hablaba, no jugaba con él por miedo a que algo le pasara, no lo ayudaba a moverse y además solía enviarle el mensaje de que él no era “ágil”. Ella decía que su hijo “no sabía dar marometas” no “podía correr rápido sin tropezar”, etc. Situaciones que durante ese ciclo escolar, fueron mostrándose muy distintas, ya que el niño con la ayuda que se le ofreció en la escuela, logró hacer muchas cosas que su madre no creía posibles en él: por ejemplo esperarla media hora en el colegio a la hora de la salida sin llorar, en lugar de eso el pequeño se ponía a jugar con sus compañeros y a saltar en el brincolín.

Aunque este es sólo un pequeño ejemplo que se nos viene a la mente, nos sirve para recordar que la intención de esta investigación es precisamente la de

poder contestar a las preguntas de por qué un niño puede o no utilizar su cuerpo para los procesos creativos, particularmente para el juego como espectáculo. Nos interesa saber de qué depende que a un niño le sea posible valerse de su cuerpo para montar una escena y desplegar aquello del mito familiar que lo atraviesa. También queremos ubicar cuáles son algunas de las complicaciones que se pudieran presentar en el desarrollo de un pequeño (relacionadas a las funciones del jugar) que le imposibilitarían y le complicarían el proceso de apropiación del cuerpo y su utilización y participación activa en la producción de un juego.

Es pertinente mencionar que la parte que nos interesa de aquello que menciona Rodulfo, tiene que ver con lo que nos permite preguntarnos cuáles son las condiciones para que un niño pueda crear un espacio propio y logre simbolizar la ausencia. Esto también nos es útil para abordar el tema de la creación del espacio de juego y de los efectos del jugar en el proceso de constitución psíquica. Sin embargo no es nuestra intención en este trabajo, hablar de los niños que no juegan refiriéndonos a ellos como víctimas de alguna patología, ni tampoco intentamos hablar de patologías (como lo refiere Rodulfo) cuando abordamos la cuestión de las dificultades que puede tener un niño para utilizar su cuerpo. La única intención que tenemos con esta tesis, tiene que ver con estudiar e investigar sobre los temas que ya hemos mencionado y conocer un poco más de qué depende que un niño pueda o no jugar “al espectáculo” (es decir, usando su cuerpo), o que no pueda hacerlo complicándosele el proceso de constitución psíquica.

Continuando con el asunto de la simbolización de la ausencia, se nos muestra también el hecho de que es algo que le permitirá al niño saber que él no es transparente. Por ejemplo, menciona Rodulfo, que se le presentará la mentira como una forma de advertir que hay cosas que puede conservar dentro de él (cual secreto) y que al mismo tiempo serán condición para comenzar a estructurar sus primeros pensamientos. El niño empieza a jugar con materiales que ya no son únicamente objetos sino con aquello que ocupa su mente, por ejemplo mintiendo o diciendo que no (negándose) a todo lo que se le propone. Tal como el ejemplo que

poníamos sobre aquel niño que se negaba a que se le cambiara el pañal, el decir que “no” le representa al pequeño la posibilidad de tomar distancia de los deseos maternos y comenzar a tener un papel activo frente lo que sucede.

Pero la importancia de estos juegos primordiales no recae únicamente en la infancia del sujeto, sino que tendrá consecuencias a lo largo de toda su vida. La forma en la que un pequeño logra apropiarse de su cuerpo mediante el juego, estará relacionada directamente con las posibilidades que el adolescente, y posteriormente el adulto, tendrán para utilizar su cuerpo en las distintas actividades de su vida cotidiana. Al respecto, Rodolfo menciona que la adolescencia es un replanteamiento de todo el trabajo de constitución psíquica que se realizó en la primera infancia. La quinta tesis sobre el jugar que él plantea, habla sobre las transformaciones que suceden del juego del niño pequeño, al trabajar en la adolescencia y en la adultez.

Rodolfo nos recuerda que el juego no es algo que esté presente particularmente en la infancia. En la adolescencia, el joven realizará muchos actos que pueden ser interpretados como juegos, cuya trama deja ver la necesidad que tiene por separarse de lo familiar. Ese trabajo que el niño realizó por apropiarse los significantes que le ofreció el mito familiar, ahora el adolescente se empeñará en cuestionarlos y tomar distancia de ellos por medio de acciones que lo separen drásticamente de aquello que hasta el momento lo identificaba. Esta separación en ocasiones puede ser violenta y si es que el adolescente no cuenta con los recursos necesarios y se siente demasiado asfixiado por los significantes que están puestos sobre él, es posible que la única vía de diferenciación que le quede a la mano, sea el actuar una escena dirigida a otro que sea testigo de sus actos: ciertos actos que corrompen las reglas, vandalismo, robos, consumo de drogas, entre otros.

Rodolfo explica que en la adolescencia, el sujeto trabajará por deshacerse de los significantes impuestos y obtener los propios. De esta forma el jugar toma importancia también por ser una posibilidad de manipular y transformar lo existente y tramitar las exigencias impuestas por la sociedad, de forma que pueda

encontrarle el lado placentero a lo que se hace. Por ejemplo, es distinto que un adolescente comience su vida sexual en respuesta a una exigencia del inconsciente sobre lo que se espera de un joven de su edad, al hecho de que tenga relaciones sexuales por deseo y como algo que disfruta. De igual forma con el trabajo, la escuela y todas las responsabilidades que comienza a tener el adolescente de modo más formal.

El autor explica que muchas de las patologías que encontramos cuando atendemos adultos, tienen su origen en una falla en la transformación del jugar al trabajar. En la imposibilidad de disfrutar lo que se hace y dejar el juego como algo prohibido o exclusivo de la infancia, como respuesta de haber reprimido el placer por jugar y haberse adaptado a las exigencias y a las demandas sociales. Rodulfo dice que "...un *quantum* significativo del orden del deseo que se manifiesta o se despliega en la actividad de jugar debe pasar a la actividad que a grandes rasgos llamamos trabajar si es que ese quehacer ha de tomarse realmente propio del sujeto" (Rodulfo, 1989, p.215).

La actividad del juego es entonces la posibilidad por excelencia de sublimación y de creación. Cuando hablamos de juego, estamos sin duda refiriéndonos a una acción que, por todo lo que ya hemos mencionado, nos queda claro que sólo puede ser ejecutada a partir de que un niño que ha sido capaz de crearse un espacio propio y diferenciado de la madre, en el que le es posible actuar. La creación del niño tiene que ver con que a él le sea posible hacer aparecer algo que no está y que sólo la ausencia de la madre posibilitaría su existencia. Tal como lo diría la psicoanalista María Luisa González Aguilera en su artículo titulado "Jugar con ilusión: clínica de la potencialidad" (González, 2010) "Jugar con ilusión es hacer aparecer como el mago el objeto que falta" (ibíd. (González, 2010, p.7); jugar es crear algo que no estaba.

Hasta este punto nos es necesaria la teoría de Ricardo Rodulfo sobre el jugar y sus efectos subjetivantes. Ahora para concluir con este apartado, y antes de pasar al último capítulo de esta tesis (en el cual desarrollaremos la hipótesis

inicial), recordaremos qué es lo que nos ha servido de lo propuesto por cada uno de los autores revisados para realizar esta investigación.

Primeramente nos encontramos con la teoría de Sigmund Freud. Trabajamos con el “Proyecto de Psicología para Neurólogos” (Freud, 1950[1895]), ya que en este texto Freud explica la formación, la existencia y el funcionamiento del aparato psíquico, como el lugar en el cual se desarrollan los procesos que, en general, humanizan a aquel que nace: la capacidad de soñar, la memoria, la consciencia, el pensamiento, la palabra, etc. Este trabajo nos permitió comprender a qué se refiere Freud con el proceso de constitución psíquica, cómo es que se desarrolla y cuáles son los factores que lo apoyan o lo entorpecen. Dentro de este texto también encontramos que Freud describe al psiquismo como aquel lugar en el que es posible registrar psíquicamente las experiencias vivenciadas corporalmente y tener un registro o *huella mnémica* de lo que le sucede al hombre en su encuentro con el otro.

Después nos apoyamos también en otros de sus textos como en “Introducción al narcisismo” (Freud, 1914), “Pulsiones y destinos de pulsión” (Freud, 1915), “La represión” (Freud, 1915) y otros de sus artículos metapsicológicos, porque en ellos se aborda el asunto de la libido, las pulsiones y otro tema importante para este trabajo que es el de la “sublimación” (Freud, 1915, p.91). La “sublimación” (Freud, 1915, p.91) aparece como una posibilidad de realización sustitutiva de los deseos. Es decir que nos permitió hablar de cómo el juego es para el niño una forma de realizar su deseo adaptándolo para que sea bien visto o aceptado por la sociedad. Se explica que la sublimación es precisamente algo que sucede sobre la pulsión, intentándola reprimir, pero le permite la salida por medio de acciones y actividades que son aceptadas por la cultura y por los otros.

Posteriormente nos encontramos con el texto “El Creador Literario y el fantaseo” (Freud, 1908[1907]), y vimos que en él se habla de cómo es que el juego es una de las primeras formas de manifestación del deseo en el niño. Como ya lo mencionamos durante este tercer capítulo, fue a partir de este artículo que

encontramos la forma de nombrar el juego que llama nuestra atención y nos referimos a él como “juego del espectáculo”.

Luego, se nos mostró útil también trabajar con el texto de Freud titulado “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920), donde habla sobre cómo es que se logra crear un espacio apropiado (tanto físico como psíquico) para que se pueda llevar a cabo una producción creativa o un juego como tal. También nos fue necesario para hablar del trabajo que le lleva al niño el poder simbolizar la ausencia.

Posteriormente nos adentramos en el trabajo de Jaques Lacan llamado “El estadio del espejo como formador de la función del Yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (Lacan, 1949), ya que nos sirvió para ejemplificar y para abordar de forma más profunda el asunto de la imagen del cuerpo y del papel importantísimo que juega el semejante en dicha construcción subjetiva.

En este artículo, encontramos otra explicación clara que nos demuestra cómo es que el cuerpo no es algo que esté dado de antemano, sino que es algo que se elabora a partir de que hay otros, es decir, que no se puede fabricar en soledad. El cuerpo es una construcción individual que se lleva a cabo con la ayuda del semejante, mismo que sirve al pequeño humano para verse reflejado e identificado y para ir reconociendo las partes, las formas, las funciones de aquellos pedazos de carne y de aquellos órganos que con el tiempo se irán convirtiendo en un cuerpo, en el cuerpo de un sujeto (como lo entendemos desde el psicoanálisis).

También trabajamos con el texto de Piera Aulagnier titulado “La violencia de la interpretación”, donde la autora explica que el “Yo es una instancia constituida por el discurso” (Aulagnier, 1986, p. 112). Expresa que en un principio cuando el bebé aún es muy pequeño, existe una violencia necesaria para la subjetivación del *infans* en la que la madre interpretará y pondrá significado a todos los actos del niño, a pesar de no tener idea de qué significan en sí mismos, marcando de manera fundamental el destino del pequeño.

Aulagnier habla de que en esos momentos primordiales, en los que en el niño aún existe la labor de comenzar a constituirse, aparecerá el “medio familiar” (Aulagnier, 1986, p.112) como el medio principal por el cual él conocerá el mundo. Será a través del discurso que existe en esa “pareja paterna”, de donde el *infans* podrá recibir la totalidad de lo que es el exterior; es decir, que será a través de sus padres y de su discurso, que se constituirá su imagen, su cuerpo, su deseo, su historia como sujeto dentro de una familia. Piera expresa que los dos organizadores necesarios y esenciales del espacio familiar son “el discurso y el deseo de la pareja paterna” (Aulagnier, 1986, p. 112).

Una vez que nos adentramos en el asunto de la influencia de los padres sobre la subjetividad y el cuerpo del hijo, abordamos el texto de Ricardo Rodulfo “El niño y el significante” (Rodulfo, 1990). Dentro de este capítulo tres, hemos explicado ya cómo es que las tesis sobre el jugar que propone Rodulfo nos sirven para ir ubicando cuáles son algunos factores que benefician el proceso de constitución psíquica de un niño y qué eventos podrían ocasionar que este proceso se entorpezca.

Primeramente con su tesis número uno, en la que habla sobre el trabajo de crear una “superficie” (Rodulfo, 1990, p. 126) que le permita al pequeño tener un espacio físico y psíquico en el cual comenzar a inscribir sus experiencias en el mundo. Después, con la segunda tesis, en la que habla de que el niño logra después de un tiempo reconocer qué es su cuerpo y qué le es ajeno. Y por último, la tercera tesis en la que habla de la posibilidad de simbolizar la ausencia.

Posteriormente en la cuarta y quinta tesis el autor trabajará: cuáles son los efectos en la vida adulta de que las primeras tres funciones del jugar no estén presentes en la infancia o que sean vividas con complicaciones.

A propósito de todo esto, podríamos concluir este capítulo con algo que menciona Donald Winnicott en su libro “*Realidad y juego*” (Winnicott, 1971), ya que él nos regala una frase utilísima para este trabajo, diciendo que el juego le permitirá al niño “dominar lo que está afuera”, es decir “hacer cosas” (Winnicott,

1971, p.64). Cerraremos el capítulo afirmando que si el jugar es equivalente al crear o al hacer, lo que permite es: hacer cuerpo.

CAPÍTULO IV.

4. La participación del cuerpo en la creación del *juego como espectáculo* y sus efectos en la constitución psíquica.

Ha llegado el momento de trabajar directamente sobre las hipótesis que impulsaron esta tesis y de desplegar algunas ideas que hemos logrado concretar hasta el momento. Para esto, me gustaría comenzar este último capítulo describiendo una escena de un video que ejemplifica claramente (y de forma muy tierna además), lo que implica tener un cuerpo del cuál debemos apropiarnos.

La escena comienza así: una maestra de ballet se dispone a presentar a sus pequeñas alumnas frente a los padres de familia, en lo que se conoce como una “clase muestra”. Un padre (o madre) graba a su pequeña, de aproximados 4 años, quien tiene grandes dificultades para hacer la primera posición, misma que consiste en colocar ambos pies con los talones pegados y las puntas separadas, simulando una letra “v”. Esta pequeña sufre para acomodarse en dicha posición, así que la maestra finge naturalidad y con una melodiosa y rítmica voz (propia de cualquier maestra de ballet que habla como cantando) va dándole instrucciones a la niña y la apoya, acomodando ella misma los pies de su alumna mientras explica a las demás bailarinas qué deben hacer.

El ejercicio lo podemos observar en el video por aproximadamente dos minutos, mismos en los que la pequeña que describimos lucha fuertemente por hacer que sus piernas le obedezcan e intenta, volteando a ver a sus compañeras de clase, imitar el movimiento y lograr ponerse en pie. Mientras la maestra continúa dando instrucciones a las demás niñas, nuestra pequeña de movimientos torpes se cae y se levanta varias veces, le tiemblan las piernas cual venadito recién nacido; toma sus pies con las manos e intenta moverlos como si fueran

unos seres extraños, separados de sí misma, e intenta sobrevivir a lo que llamaron –quienes publicaron el video en internet- “The tragedy of first position”².

Lejos de ser un video gracioso y sumamente conmovedor, me parece que es una herramienta útil para nuevamente introducirnos en el tema de la participación del cuerpo dentro del juego y de los procesos creativos en general. Este corto ejemplo nos permite iniciar con el último capítulo de esta tesis.

4.1 Lo ideal

La niña que describimos anteriormente, es una pequeña que trabaja arduamente en lograr apropiarse de su cuerpo. Al ser esta evidencia un video de internet, no nos es posible tener información sobre la historia de la pequeña, sobre su familia, sus padres, etc. Sin embargo el par de minutos que dura el video, relatan con imágenes varios de los aspectos que hemos descrito como importantes en el proceso de subjetivación de un pequeño. Para empezar, observamos a la niña buscando una imagen. Como cualquier niño, esta pequeña, al tener dificultad de colocar su cuerpo en una posición determinada, busca una imagen que le sirva de muestra o de ejemplo y que le refleje cómo debe acomodar y utilizar sus pies. Además, al no lograr imitar a sus pares, la observamos esforzándose por acomodar ella misma, con sus manos (que al parecer ya domina), sus piernas que se le salen de control.

Para este apartado imaginaremos un supuesto terreno “ideal”, que permitiría a un niño apropiarse de su cuerpo y que no entorpecería dicho proceso. A partir de lo que hemos trabajado en los capítulos anteriores, podríamos pensar en lo siguiente.

² Oneil, A. (2008, octubre 10) The traedy of first position. Recuperado en <http://www.youtube.com/watch?v=tdylQeg5B9I>

Al leer a Piera Aulagnier y a Ricardo Rodulfo, hemos visto cómo es que hay factores familiares en relación a la prehistoria de un sujeto, factores que involucran el deseo de los padres del niño, significantes que se ofrecen y que anteceden al bebé que nace, que serán aquellos que beneficiarán o entorpecerán el proceso de constitución de un nuevo sujeto.

Ahora es necesario que pensemos en un niño que juegue y que use su cuerpo dentro de dicha actividad. Para esto, pienso en un corto ejemplo de una madre que conocí hace un par de años. Ella hablaba de su hija y expresaba que no era como todas las demás niñas; decía que su pequeña era una niña a la que le gustaba “moverse todo el tiempo”, a la señora le impresionaba cómo era que su pequeña (de 5 años) gustaba de correr, subirse a los muebles, dar marometas, brincar, etc. Pero además comentaba que esta actitud la había tenido siempre, es decir, que desde bebé, su hija era muy “inquieta”; la jalaba del cabello, se llevaba todo objeto que se encontrara a la boca, se embarraba con el talco o la crema cuando le cambiaban el pañal y todas estas actividades parecía disfrutarlas mucho, ya que aunque no podía expresar palabra alguna, se concentraba de tal manera en lo que hacía, que a su madre siempre le pareció una “grosería” el interrumpirla y mejor optaba por observarla con interés y lavar la ropa sucia o las sábanas después de que la bebé terminara de “investigar”.

Esta señora relataba lo anterior como una breve anécdota sin darle mucha importancia, sin embargo a mi me fue posible conocer y ver un par de veces más a su hija en la convivencia con sus compañeros del Colegio. Esta niña efectivamente disfrutaba de la hora del recreo como pocas. Corría, brincaba, se caía, lloraba, se limpiaba las lágrimas, se sobaba un poco la parte del cuerpo adolorida y volvía a correr y a divertirse. Daba piruetas, practicaba malabares con pequeñas pelotas o incluso con limones de un árbol que se encontraba cerca del espacio donde jugaba. Por otro lado, al momento de estar en el salón sucedían cosas también interesantes, ya que sus habilidades de psicomotricidad fina no eran muchas (al inicio), por lo que solía interesarle más ensuciarse con el material, hacer figuras que a ella se le ocurrieran sin importar la instrucción de la maestra,

recortar pedazos de papel y armar muñecos a su antojo. Este comportamiento poco a poco fue desapareciendo (o transformándose) y fue tomando la forma de “habilidad artística”, ya que la maestra, digámoslo así, también soportó el hecho de que la pequeña fuera un tanto desordenada por un tiempo, hasta que le encontró el gusto a realizar las actividades con el orden y la estructura que ella solicitaba.

La información que tenemos sobre esta niña también es poca, sin embargo nos permite recordar aquello que mencionada Rodolfo sobre el trabajo que hace el niño de “extraer” y “agujerar” (Rodolfo, 1989, p.121). Retomemos lo que el autor mencionaba sobre el hecho de que en el primer año de vida del pequeño, el trabajo más arduo que él realizará consiste precisamente en tomar del cuerpo del Otro, todo lo que le sea posible y necesario para construir el propio cuerpo.

Este pequeño dato que nos da la señora, al decirnos que permitía que su hija la jalara del cabello, se embarrara con crema, que jugara con el talco y que además, le regalaba cierto tiempo y cierto espacio para realizar esta actividad (siendo ella incluso una observadora que disfrutaba de lo que veía, para después limpiar y recoger lo que la bebé había ensuciado), no es poca cosa. Justo tiene que ver con una madre que permite a su hija trabajar en la construcción de sí misma, una madre que tolera un desorden que está encaminado hacia el orden, un ensuciar que permite estructurar y construir un nuevo cuerpo. Este breve relato nos habla del surgimiento del deseo de una bebé que disfruta de investigar y descubrir lo que tiene a su alcance, lo que puede hacer con sus manos que apenas mueve, lo que siente su cuerpo al estar lleno de crema y al percibir, en algún nivel, que está acompañada (ya que la señora decía que observaba a su bebé, estando ella sentada en la misma cama) en este juego tan jubiloso.

Este ejemplo nos facilita ver qué tipo de consecuencias podría tener, el hecho de que una madre se coloque en un lugar en el que permita que su hijo investigue, que permita que juegue, que consienta que se ensucie y que sepa que esto es algo benéfico para él. Hablamos de una madre a la que le es posible tomar distancia, hacer una pausa de lo que a ella le interesa, para dar lugar a lo que

podría interesarle al niño. Asimismo, esta es una madre que le da la confianza al pequeño para que éste use su cuerpo, lo hace sentir seguro de experimentar con él, de descubrir las funciones que éste tiene, de caerse, de pegarse, de atreverse a distinguir qué significa tener un cuerpo.

El papel que desempeña la madre en la constitución subjetiva del pequeño es sustancial, ya que el niño utiliza su cuerpo no sólo porque puede hacerlo, sino porque hay una madre que provee un ambiente “positivo” o que mínimamente no le impide hacerlo, es decir, que no se entromete en el camino del niño que investiga e intenta conocer el mundo mediante el juego.

Lo relatado anteriormente nos sirve para retomar el tema del juego del espectáculo. Una vez que hemos mostrado este ejemplo, recordemos entonces las características de lo que hemos ubicado como jugar al espectáculo.

Tal como la pequeña de las marometas y los malabares, el niño que juega el juego del espectáculo, se siente “confiado” por así decir, de lanzarse al vacío que implica dicho juego. Como lo diría el Dr. Diego García Reinoso en su texto “Juego-creación-ilusión” (García, 1980), el juego del niño “implica la asunción de un papel (un rol) como lo hace un actor en el teatro” (García, 1980, p. 2) el niño hace “como si” fuera alguien más, sólo que en la actuación del niño que juega hay un asunto que le da mayor intensidad a su escenificación que a la del actor, ya que éste último se identifica con un personaje cuyos diálogos ya están escritos y en el caso del niño, es él, durante el juego, quien va creando y dejando aparecer al personaje. Éste no existe *per se*, sino que él lo inventa y se sirve de él para, en lugar de identificarse, irse reconociendo en el personaje. Es como si en su actuación (su juego), al niño se le fuera haciendo evidente, como si se le fuera mostrando o revelando, que ese personaje tiene algo de él y que va apareciendo y se va construyendo con elementos que son de su propia historia.

Podríamos poner un ejemplo de un juego diferente, en dónde dos niñas pequeñas juegan con sus muñecas. Este juego es interesante también y se trata de lo siguiente: las niñas, narran en voz alta de qué se tratará el juego, pero lo

hacen en tiempo futuro, como imaginando que una vez que comiencen a jugar, eso que enuncian es lo que se supone debe de suceder. Una de las dos niñas dice, mientras viste a la muñeca y acomoda el escenario: “que ésta Barbie se llamaba “Rita” y que era la novia de “Mau” y que luego iban a tener dos hijitos, pero uno era más grande y más listo...”

Estas dos niñas montan una escena, pero su cuerpo no participa tan activamente como en el juego del espectáculo (como con la niña de las maromas), ya que son las muñecas las que están activas. La forma en que este juego se va formando permite que haya correcciones y que las pequeñas se desdigan si algo que no les gusta aparece en la historia. En este tipo de juego es posible decir: “¡ah! no te creas, que este hijo era de a mentis, mejor tenían una mascota”.

Si estuviéramos hablando de un juego del espectáculo, ya no habría marcha atrás, por el contrario el cuerpo ya tendría una huella de lo que la historia traza en él. En el ejemplo anterior donde las niñas juegan a las muñecas, las pequeñas que juegan ponen en acción una historia que las muñecas se encargan de representar. Preparan un diálogo y deciden quién de las dos será la mamá y quién la hija, de pronto ambas muñecas se pelean y la que hace de mamá, en su enojo, le da una bofetada a la otra muñeca. En el caso de estas niñas, podríamos ver como ese momento de crisis pone un límite al juego. De pronto las pequeñas se tranquilizan y deciden que es mejor que la mamá se calmara y que no volviera a golpear a la niña; por esto, la muñeca que hace de mamá se disculpa y el juego continúa.

Del otro lado, si pensamos en un niño que juega a ser “Spider Man” y tiene que rescatar a la damisela en peligro, sucede que el pequeño corre y trepa sobre los sillones de la sala en su casa, y de pronto se cae. Ese cuerpo ya no es el de un muñeco “Spider Man”, que podemos recoger y que puede continuar sin ningún problema con el juego.

Al niño que usa su cuerpo como centro de su juego le sucederán otras cosas, que también le permitirán recordar que él en realidad no es más que un

niño pequeño jugando y que existen cosas que no le serán posibles realizar, a pesar de que pueda fantasearlas. Por otro lado, el cuerpo quedará marcado, es decir, que al igual que la pequeña que se embarra y se cubre con la crema y con el talco, puede comenzar a ubicar dónde empieza y dónde termina su piel, el pequeño que juega a ser “Spider Man”, al caerse, recordará algo tan sencillo como el hecho de que no le es posible volar balanceándose en una telaraña, y su cuerpo tendrá una huella de ese nuevo conocimiento: tendrá por lo menos un raspón.

Evidentemente todos los juegos tienen efectos en el proceso de constitución psíquica, sin embargo a nosotros nos interesa particularmente este “juego del espectáculo” por la participación del cuerpo que está implicada en él. Nos interesa ver cómo es que un niño logra cierta conciencia sobre lo que le es posible realizar con el cuerpo, cierta conciencia sobre los límites del mismo, a partir de que lo usa de forma activa al momento de estar jugando “a que es” algún personaje que se le ocurra.

Algo que sucede en el “juego del espectáculo” que también lo diferencia de otros juegos, y es que enfrenta al niño con lo real del mundo, con sus complicaciones, vicisitudes, peligros, límites, etc (tal como podremos verlo en el ejemplo a continuación); de esta forma también lo empuja hacia la creatividad, hacia ciertas situaciones donde le comienza a ser necesario **actuar**.

Podemos recordar aquel cuento llamado “Juan y las habichuelas mágicas”, en dónde nos hablan de un niño pequeño que antepuso la creatividad frente al caos del mundo real.

En una de sus tantas versiones (Maestro, 2009), el cuento trata de lo siguiente:

Había una vez un niño y su madre, a los cuales se les presentó una situación complicada. La vaca que tenían y que producía la leche que ellos vendían en el pueblo, había enfermado y ya no daba más leche. Esa noche Juanito y su mamá estaban muy tristes y hablaban sobre cuál podría ser la solución a su problema. Una vez que su madre se quedó dormida, Juanito tuvo la

idea de ir al pueblo y vendió la vaca a cambio de unas habichuelas que supuestamente eran mágicas. Cuando regresó a casa y le mostró el intercambio realizado a su madre, Juan sólo recibió gritos y la desilusión de la madre que se fue a su recámara nuevamente muy disgustada. Juan se echó a llorar y lanzó por la ventana las habichuelas, pensando que le habían tomado el pelo los hombres del pueblo. Esa noche, mientras ambos dormían, las habichuelas crecieron muy altas y cuando Juanito despertó, observó que había una planta gigante que llegaba hasta el cielo. Juanito aprovechó que su mamá aún no despertaba y decidió trepar por la gran planta hasta que llegó a un país desconocido en las alturas. Ahí había un gigante que tenía una gallina que ponía huevos de oro, así que él quiso robarse la gallina y llevarla consigo a casa. Así lo hizo. Ya estando en casa, su madre se puso muy contenta y comenzó a vender los huevos de oro, lo cual les permitió vivir tranquilos durante algún tiempo. Luego Juanito volvió a subir y tomó un bolsón de cuero lleno de monedas de oro, bajó y nuevamente su madre se puso feliz porque tuvieron dinero durante algún tiempo. La última vez, Juanito subió y observó una hermosa arpa de oro, la tomó y al querer escapar se dio cuenta de que el arpa estaba encantada, ya que comenzó a cantar y a enunciar que la estaban robando. El gigante, que estaba dormido siempre que Juanito subía a robar, despertó y muy enojado comenzó a perseguirlo. Juanito intentó bajar corriendo por la planta, pero al llegar a su casa se dio cuenta de que el gigante bajaba atrás de él y que llegaría rápidamente a castigarlo. Juanito le gritó a su madre, que estaba cocinando, que le diera un hacha y con mucho apuro comenzó a cortar el tallo de la planta gigante hasta que ésta se rompió junto con el gigante, que murió en cuanto tocó el suelo.

Hagamos una analogía. Pensemos que, todo lo que le sucede a Juanito, no es muy diferente de lo que le pudiera suceder a un niño que fantasea y juega. El niño se vuelca en un mundo imaginario e inventa un sinnúmero de historias en dónde interpreta a diversos personajes y logra cosas maravillosas. Tal como Juanito, el niño que juega al espectáculo, al ir avanzando el cuento o el juego, se enfrenta a diversas situaciones de conflicto en dónde no le queda otra opción más que la de actuar. El niño se ve parado frente al mundo real, frente a situaciones

que él toma de lo que escucha y ve a su alrededor y con las que construye el juego mismo: palabras de sus padres, preguntas que le surgen sobre la vida de los adultos, imágenes impresionantes o divertidas.

De pronto el jugar llega a un punto en el que requiere de su máxima creatividad. Tal como Juanito llega al punto de crisis, en dónde tiene que decidir cortar el tallo de la enorme planta para salvar su vida y hacer caer al gigante, el pequeño del que hablábamos que jugaba a ser “Spider Man” y se trepaba a los muebles, tal vez llegue un punto en el que se dé cuenta de que no le es posible colgar de una telaraña y tenga que detener su juego, para bajarse del sillón en el que minutos antes se había trepado.

Esto puede parecer muy simple, sin embargo estos instantes creativos son justo los que le dan al niño la posibilidad de comenzar a solucionar conflictos, es decir, le permiten pensar. La creatividad que promueve el jugar con el cuerpo, tiene que ver con el saber hacer, con el poder reaccionar, con comenzar a utilizar procesos de pensamiento mucho más complejos.

El juego del espectáculo sería muy distinto de lo que se promueve para que jueguen los niños en la actualidad, con alguna consola o videojuego por ejemplo. Pero este tema lo abordaremos más adelante y con mayor detenimiento.

Volviendo al tema del “juego del espectáculo”, también podríamos decir que es un juego que permite al niño saber qué cosas son posibles realizar y qué otras no le son posibles hacer, o por lo menos no sin consecuencias.

Esto queda más claro en “Los personajes psicopáticos en el escenario” (Freud, 1942[1905 o 1906]), texto en el cual Freud aborda el asunto de la escenificación teatral, permitiéndonos retomar el tema de la escenificación del niño como algo que le permite dar salida y ordenar lo pulsional.

En este texto Freud habla de que el teatro, o el drama para ser más precisos, tiene la función de provocar al público y por otro lado, permite la “purificación (purga) de los afectos (Freud, 1942[1905 o 1906], p.277). Esto es

fundamental, ya que de lo que hemos venido hablando es precisamente de que el juego permite al niño poner fuera y organizar lo que hay en su vida psíquica. Es decir, satisfacer sustitutivamente la pulsión y además, poder escenificar lo que está viviendo, de forma que, al actuarlo, le permita comprender ciertas cosas, ponerle nombre a otras, advertir que hay límites, reorganizar en general lo que sucede en su propia historia.

Por otro lado, también se habla de cómo es que el actor se identifica con el personaje al que representa. De igual forma, al estar jugando “a que es alguien más”, el niño se identifica, ya sea con la figura del padre, de la madre, del hermano, del maestro, pudiendo nombrar y reconocer aquello que surge durante el juego.

Freud menciona también, que la actuación es posible porque “el penar es amortiguado por la certeza de que, en primer lugar, es otro el que ahí, en la escena, actúa y pena, y en segundo lugar, se trata sólo de un juego teatral que no puede hacer peligrar su seguridad personal” (Freud, 1942[1905 o 1906], p.277-278). Así también, al niño le es posible representar una escena y arriesgarse a adentrarse en una historia sin terminar, únicamente porque es un juego.

El pequeño puede actuar y ser el papá que besa a la mamá, solamente porque el hecho de ser un juego lo hace menos angustiante y le permite regresar al terreno de la realidad en cualquier momento. El niño (específicamente aquel que juega al espectáculo) es lo suficientemente flexible psíquicamente, como para vagar del plano de lo imaginario al de la realidad, las veces que sean necesarias para construir un juego, una historia, una escena.

De esta manera, el juego le permite al niño descargar energía, desahogarse de aquello que lo ocupa y que en ocasiones no le es claro aún. Tal como lo expresa Erik Porge en su artículo “La transferencia a la cantonade” (Porge, 1990), el niño juega ciertas cosas en parte porque espera que haya quien reciba el mensaje que él envía con su juego. A su vez, en ocasiones es ese espectador el que le permite recordar constantemente que él no es más que un niño y que no

importa a quién esté representando en el juego, él regresará a ser aquel que está detrás de la escena: un niño pequeño que experimenta con su cuerpo.

El juego del espectáculo le permite al niño, como ya lo hemos dicho, ponerse límites. Podemos pensar en un niño que juega a ser un dinosaurio. Durante el juego, él persigue a un compañero y corre hasta tenerlo en un rincón donde le es posible “comerlo”. El otro pequeño que actúa de presa, se queja con la mordida y hace que termine el juego. El niño que hacía de dinosaurio estaba tomado totalmente por el embate pulsional y no fue sino hasta que el otro pequeño se quejó, que éste pudo regresar al terreno de la realidad. Esta mordida que marca el cuerpo, no sólo le pone un límite al juego, es decir, una pausa, sino que le hace comprender al pequeño que no puede lograrlo todo, que a pesar de que le sea divertido o satisfactorio el imaginar que puede escapar de cualquier peligro, vencer a cualquier rival, habrá cosas que siempre serán prohibidas y que limitarán su placer.

Será el dolor físico (por eso es requisito que el cuerpo participe activamente), el que le hará saber que ese placer absoluto no es posible y que así como su cuerpo le permite lograr grandes cosas, también le impide el acceder a todo lo que él fantasea.

Freud aborda también en el texto mencionado, el tema del sufrimiento y dice que “tema del drama son todas las variedades del sufrimiento; el espectador tiene que extraer de ella un placer, y de ahí resulta la primera condición de la creación artística: no debe hacer sufrir al espectador, ha de saber compensar la piedad que excita mediante las satisfacciones que de ahí pueden extraerse” Freud, 1942[1905 o 1906], p.278). Tal como el actor (continuando con la analogía que comenzamos desde el texto “El creador literario y el fantaseo” (Freud, 1908[1907]), donde hablamos de la similitud entre el trabajo del artista y el jugar del niño pequeño), el niño que juega al espectáculo debe sentir placer mientras juega. No podemos pensar en un juego del espectáculo que le represente un sufrimiento al niño, mucho menos un sufrimiento provocado por él, ya que en ese

lugar estaríamos más bien hablando de algún tipo de juego sintomático y no de un juego creativo y subjetivante.

Es de esperar que en el juego del espectáculo, al ser una representación de la vida del niño que juega, haya momentos de sufrimiento, tristeza o dolor, sin embargo esto no será algo que busque el niño. Si un niño que está jugando se cae, esperaríamos entonces que bajara la intensidad de su juego y comprendiera que ya no debe trepar en el mismo árbol, por ejemplo; o si llega a un tema doloroso relacionado con algún asunto familiar, esperaríamos que pudiera recurrir a algún adulto y preguntar sobre cierta duda que se le presente. El asunto es que el sufrimiento no sería algo buscado en el juego que nos interesa.

En palabras de Freud diríamos que el “sufrir se restringe muy pronto a lo *anímico*, pues, en cuanto a sufrir *físicamente*, no lo quiere quien sabe cuán rápido la sensibilidad corporal así alterada pone fin a todo goce del alma” (Freud, 1908[1907], p. 278-279).

Es importante decir que este juego del espectáculo, al igual que muchos otros juegos, colabora al proceso de subjetivación y le sirve al niño para construir su cuerpo. Pero debemos aclarar que esta constitución subjetiva, no es algo que suceda en forma lineal, ni evolutiva, sino que es un proceso que sucede simultáneamente, es decir: el niño construye el cuerpo y al mismo tiempo, el cuerpo que se va subjetivando es el que se pone en acción dentro del momento creativo. Este proceso continuará a lo largo de toda la vida del sujeto.

4.2 Las dificultades

Ahora recordemos a la pequeña de movimientos torpes, protagonista del video de ballet que habíamos mencionado al inicio, y preguntémonos por un momento si hay algo en esa pequeña que no marcha del todo bien. Podemos por lo menos preguntarnos, ¿qué será lo que a esta niña le impide poner sus pies en “primera posición” de ballet y bailar la pieza que las demás niñas sí logran bailar?

¿En dónde se encontrará la complicación de mover su cuerpo como ella desea hacerlo?, ¿cuál será la dificultad que le representa imitar una imagen y colocar los pies como se lo indican? Probablemente no podamos asegurar una respuesta, debido a que no conocemos a la pequeña y no sabemos nada de su historia. Sin embargo podríamos especular un poco y retomar los planteamientos teóricos revisados anteriormente, ubicando algunas posibles condiciones para que a un niño, cualquiera, se le complique el proceso de apropiación del cuerpo.

Ahora mismo pienso en J., un pequeño de aproximados diez años de edad al que su madre “le hace todo” (en palabras de la señora). Este niño tiene grandes dificultades para realizar una actividad que a muchos les parecería sencilla: peinarse. Su madre explica que su hijo no puede peinarse, pero al platicar un poco más sobre el tema, refiere que lo que no puede hacer en realidad es peinarse frente al espejo. Ella lo expresa así: “no ubica bien su cuerpo frente al espejo”. La señora menciona que ella, desde que el niño era un bebé, ha tenido muchos conflictos para separarse de él. Debido a una compleja historia de abortos anteriores al niño del que hablamos, la madre se sintió muy necesitada de permanecer cerca del pequeño desde que éste nació. Lo cuidaba, lo alimentaba, lo vestía, lo cambiaba, lo acompañaba al baño, lo peinaba y a pesar de que el niño fue creciendo, ella no dejó de hacer ninguna de las cosas anteriores.

La señora se muestra preocupada al darse cuenta de que su hijo ha crecido y no sabe cómo hacer las cosas por sí mismo, sin embargo ella tampoco tiene algo para hacer o “entretenerse” que no sea cuidarlo, ya que a eso se ha dedicado los últimos diez años de su vida.

En la época en la que yo hablé con esta señora, el niño tenía varias dificultades para usar su cuerpo. Tenía torpes movimientos, le costaba trabajo escribir, pero sobre todo, necesitaba la presencia de su madre en toda actividad que tuviera que realizar, más aún si era algo nuevo para él.

A J. le angustiaba quedarse solo en la escuela, le angustiaba trabajar sin ayuda de alguna maestra, le preocupaba que su mamá no estuviera cerca y en

ocasiones lloraba pidiendo que se le llamara a su madre, dando la impresión de que fuera un niño de mucho menor edad.

Pero no sólo en los niños se ven consecuencias de haber tenido un proceso complicado al separarse de su madre o al intentar apropiarse el cuerpo (así como J. que no podía peinarse frente al espejo), también podríamos pensar que muchas de las dificultades de los adultos para bailar, hacer deporte, sentirse cómodos durante las relaciones sexuales, podría tener que ver con este asunto de seguir luchando por constituirse subjetivamente y por apropiarse de su cuerpo. Por lo pronto, en esta tesis no nos resulta posible extendernos en el análisis de dichas complicaciones subjetivas en la vida adulta y continuaremos dándole prioridad al asunto del jugar en el niño.

Ahora hablaremos de algunas de las hipótesis que tenemos sobre ¿por qué a un niño le resulta complicado el proceso de subjetivación y por lo tanto usar el cuerpo para el juego del espectáculo?

4.3 ¿Por qué las dificultades?

Como podemos ver, en realidad ese supuesto “ideal” del que hablábamos en el apartado 4.1, no es lo que sucede en la mayoría de los casos, ya que siempre existen vicisitudes relacionadas tanto con el azar, como con el deseo (propio o de los padres) que modifican el curso y la vida de un sujeto.

En realidad el proceso de subjetivación es algo sumamente complejo y no podemos hablar de que sea algo que suceda en un período específico de la vida y que después concluya, dando como resultado un sujeto completo y acabado. Para el psicoanálisis el sujeto siempre estará en falta y así mismo, el proceso de constitución psíquica será algo que se continúe elaborando a lo largo de toda la vida, por supuesto incluyendo cada vez procesos de pensamiento más complejos.

Preguntemos ahora: ¿por qué las dificultades?... ¿por el cuerpo?, ¿por la madre?, ¿por el juego?, ¿por el ambiente social?, ¿por el deseo? Veamos cada una de las posibilidades a detalle.

1) ¿Por el cuerpo?

El cuerpo como se entiende en psicoanálisis, se construye a partir de varios sucesos. Se construye a partir de que alguien desea un hijo, a partir de los cuidados maternos, la libidinización y erotización de la carne; a partir de significantes que se le ofrecen al niño y que éste trabaja por hacer suyos; se construye gracias a la cultura, gracias a las leyes que le ponen límite al placer. El cuerpo se construye a través del encuentro con otros cuerpos; gracias a identificaciones con las figuras cercanas; se construye a través del juego.

Sin embargo hay veces que en alguno de estos momentos, necesarios para la construcción del cuerpo, algo pasa, dando por resultado alguna dificultad específica (singular en cada caso) e imposibilitando a un sujeto en particular de utilizar su cuerpo para realizar lo que desea.

Por otro lado, existen situaciones que tiene que ver particularmente con el cuerpo biológico: alguna enfermedad orgánica, alguna discapacidad que impida mover el cuerpo, la complexión del mismo, etc. Esto podría estar relacionado de algún modo (no tan evidente) con el deseo inconsciente, sin embargo influyen directamente sobre el cuerpo de un sujeto y pudieran impedirle el que lo pueda usar para crear, o para jugar en el caso de los niños.

2) ¿Por la madre?

Ya hemos visto un par de ejemplos sobre ciertos niños que no se atreven a jugar o que no logran hacerlo. En los casos mostrados, nos percatamos de que la madre tiene mucho que ver en que al pequeño no le sea posible encontrar espacios propios, moverse, jugar.

Hipotetizo varios motivos por los cuales una madre tendría miedo o no permitiría que su hijo juegue (o use su cuerpo en general). Tomemos también en cuenta que cuando hablamos de la madre, hablamos de alguien que ocupa un lugar y cumple con ciertas funciones, pero esa madre no está aislada, sino que tendrá consigo una historia, un “mito familiar”, ciertos significantes que la atraviesan, y que influyen en la forma en que ésta se coloca en su lugar de madre y en cómo favorece o entorpece el que su hijo se separe de ella para usar su propio cuerpo.

A partir de los ejemplos que dimos anteriormente, podríamos suponer algunos escenarios:

- Podríamos pensar en una madre a la que le angustiara que su hijo tome distancia de ella, porque de cierta manera esto la hiciera visualizar una posibilidad de quedarse sola una vez que su hijo encuentre otras cosas que fueran de su interés.
- Que la madre piense que algo malo puede pasarle al niño, es decir, que si juega pudiera lastimarse, caerse, pegarse, incluso morir. Sin dejar de lado la posibilidad de que esto también podría estar relacionado con algún deseo inconsciente por parte de ella.
- Que el niño no demuestre agilidad o habilidad para diversas actividades y esto le refleje a ella, como madre, que está fallando en su papel de madre.
- Que la madre tema que el niño comience a separarse y a decir que no o a negarse a obedecerla. Que la posibilidad que ella le ofrece de jugar y de tomar distancia, le parezca amenazadora y prefiera obstaculizarla.

Obviamente estas no son más que especulaciones que no pretenden en ningún momento formar parte de alguna generalización. Es tan sólo un intento por imaginar qué es lo que haría que una madre no fuera un factor que impulse o que apoye el que un niño se convierta en un sujeto creativo e independiente. Por otro lado, sería ridículo pensar que estas son las únicas opciones o posibilidades, ya que habría un sinfín (pensando que cada sujeto forma y construye algo distinto a partir de su historia) de opciones, una por cada madre quizá; pero el mostrar algunos ejemplos nos puede ayudar a visualizar mejor ciertos panoramas y adentrarnos más en el asunto de aquello que permite o no el juego y la creatividad en un niño.

Partiendo de la idea de que aquella madre “ideal” no existe, o que es muy difícil que exista un territorio “ideal” en donde todos los elementos sean positivos e impulsen al niño a constituirse como un sujeto sin complicación alguna, ahora demos un ejemplo de una madre que beneficia dicho proceso.

El siguiente comentario es sobre un chico que conozco, él me autorizó hablara un poco sobre cómo es que él vive a partir de que su madre le dio lugar a su deseo. El joven de veinte años cuenta una anécdota entre amigos. Él recuerda que cuando era pequeño, su mamá siempre lo dejó “jugar a lo que quería”. Dice que hubo una época, cuando él tenía unos cinco años, en donde empezó a tener gran interés por jugar con muñecas, particularmente con *barbies*. Jugaba a que las muñecas bailaban y eran famosas cantantes. Posteriormente cambió las muñecas y comenzó a actuar –tal como un juego del espectáculo– como si él fuera la actriz, bailando y cantando, siendo esto su juego preferido.

El joven, homosexual, expresa que su madre siempre lo observó contenta al verlo jugar. Le daba gusto que se moviera, que hiciera ejercicio, que fuera “seguro de sí mismo”. Jamás le preocupó, como podría preocuparle a otras madres, el hecho de que su hijo jugara con *barbies* o que bailara representando a una actriz famosa. A su padre tampoco pareció molestarle nunca.

Unos años después, cuando él tenía ya unos ocho años, sus padres y él se mudaron a vivir muy cerca de sus abuelos paternos, mismos que tenían creencias y formas de pensar muy distintas a las de su madre. Sus abuelos eran católicos “a la antigua”, los obligaban a ir a misa cada domingo y a rezar varias veces al día: antes de comer, antes de dormir, etc. El joven cuenta que en esta etapa de su vida ya no le era permitido jugar con muñecas, pero dice que no era su madre quien se lo prohibía, sino su abuelo por medio de su padre. Es decir, su abuelo hablaba con su hijo (padre del niño) y le pedía que no le permitiera jugar esas cosas que “no eran de hombres” y que mejor lo llevara con él a trabajar.

Lo interesante de ésta anécdota tiene que ver con el hecho de que el joven, al contarla, expresa que él siempre sintió una especie de “permiso” por parte de su madre, para “jugar a lo que él quería” y para “que estuviera feliz”. A su madre no le importaba que a su abuelo le pareciera algo “malo” que él bailara, ya que a ella le impresionaba la habilidad y la destreza con la que lo hacía y se sentía muy orgullosa de ser la madre de un “futuro gran bailarín”. Este joven agregó que no era únicamente su abuelo paterno el que estaba inconforme con lo que a él le gustaba hacer, sino que en general todas sus tías y tíos, solían juzgarlo fuertemente.

Este joven no creció para ser un bailarín, sin embargo el hecho de sentirse “apoyado” por su madre, le permitió sentirse “cómodo con el hecho de ser gay” (en palabras suyas). Este joven encontró en aquella mirada materna, la posibilidad de superar el hecho de que el resto de su familia viera como algo negativo lo que él hacía. El joven salió de su casa a los dieciocho años, pudiendo así dejar de ver a su abuelo con tanta frecuencia, además le fue posible conseguir un trabajo y solventar sus gastos: pagar la renta de un lugar donde vivir y continuar con sus estudios. Me parece interesante agregar que además es un gran bailarín, aunque no es famoso, disfruta de bailar en las fiestas y se desenvuelve de forma muy cómoda en la mayoría de los ambientes.

El ejemplo nos permite corroborar una vez más, cómo es que el papel de la madre es fundamental. En este caso, aparece un padre, un abuelo, toda una

familia que juzgan a un joven por su forma de actuar y por su forma de jugar. Del otro lado, se encuentra su madre, quien lo mira gustosa y se siente feliz de tener un hijo como él. No importa cuán fuerte sea el juicio por parte del resto de la gente, de la cultura, de la familia, el peso de los valores y la religión; el simple hecho de que la madre del niño aprobara sus acciones, permitió que existiera un equilibrio y que éste pudiera sostenerse haciendo lo que él prefería.

3) ¿Por el juego?

Sin lugar a dudas tenemos que hablar del juego en la actualidad. No podemos dejar de lado los cambios que hoy presenta y pasar por alto el hecho de que el capitalismo, la tecnología y los avances científicos están modificando los juguetes y los juegos de los niños en todos los rincones del planeta.

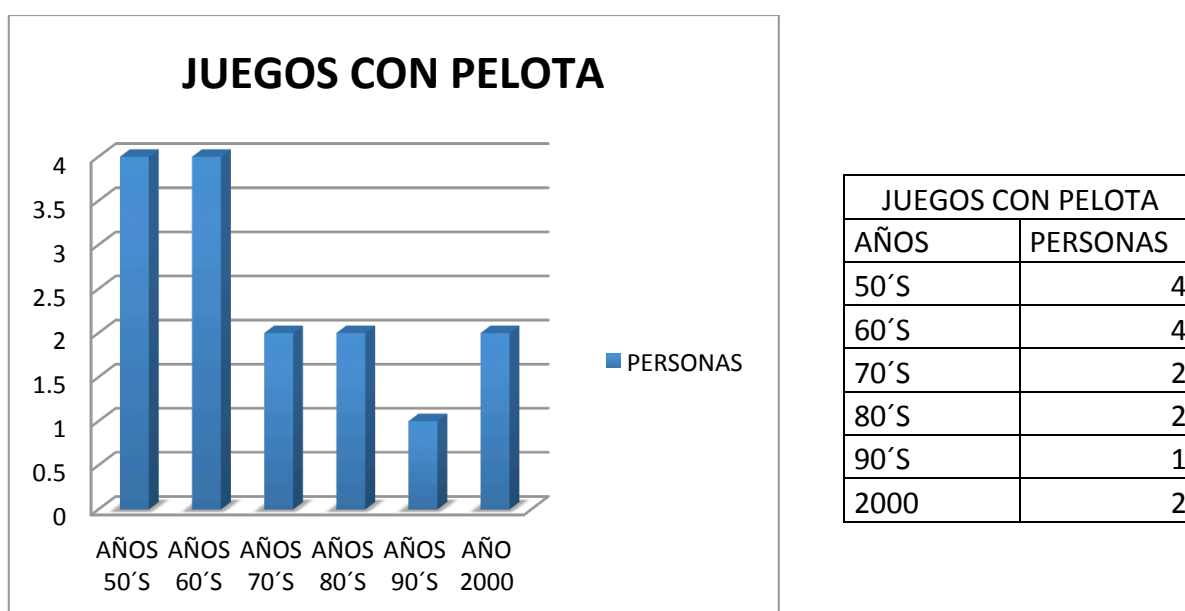
De igual forma, como el hombre adulto se ve impulsado a comprar mercancías innecesarias, pensando que le son indispensables para su supervivencia, el niño se ve orillado, también, a hacer uso de diversos aparatos y juguetes que le implican quedar como un objeto pasivo frente a ellos y viendo entorpecido lo que hemos venido mencionando como proceso de apropiación del cuerpo.

A continuación mostraré algunas tablas en las que represento cómo es que en los últimos cincuenta años se ha venido modificando de manera radical “el jugar” de los niños y los juguetes que favorecen y estimulan dicha práctica.

Para obtener estos resultados, realicé algunas entrevistas muy breves a personas de distintas generaciones. Primero a cinco personas de los años cincuenta, luego a cinco personas de los años sesenta y así hasta llegar al año dos mil diez. Con la entrevista realizada, pretendía conocer qué tipo de juegos eran los que se solían jugar y qué tipo de juguetes se utilizaban en cada época (desde los años cincuenta). Evidentemente estas entrevistas no tienen por objetivo el mostrar una estadística o un dato duro, únicamente fueron utilizadas como una

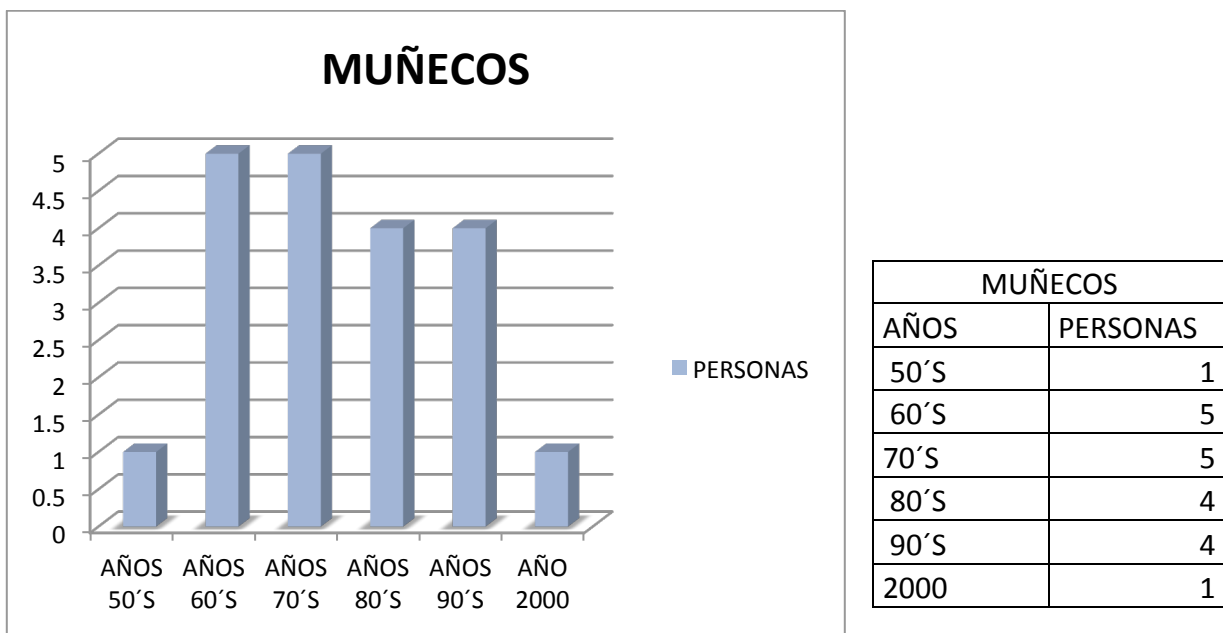
forma de establecer diálogo – mismo que siempre nos regala información útil e interesante- a partir de las hipótesis que son motor del capítulo.

A partir de la información recabada en las entrevistas, se obtuvieron las siguientes clasificaciones de “juegos” que presento en gráficas a continuación.



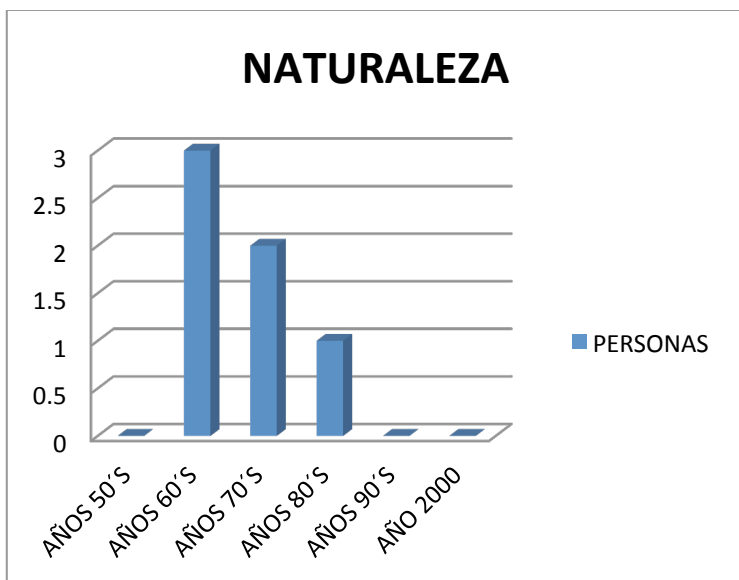
Cuadro 1.

- a) **Juegos de pelota:** En esta clasificación aparecerán todos aquellos juegos que requieran de una pelota para poder ser jugados: fútbol, básquetbol, voleibol, entre otros.



Cuadro 2.

- b) Muñecos:** En esta clasificación se enlistaron todos los juegos que incluían un muñeco o títere para poder jugarse: muñecos de madera, de plástico (“play móvil”, “barbies”, “nenucos”), muñecos de trapo, entre otros.

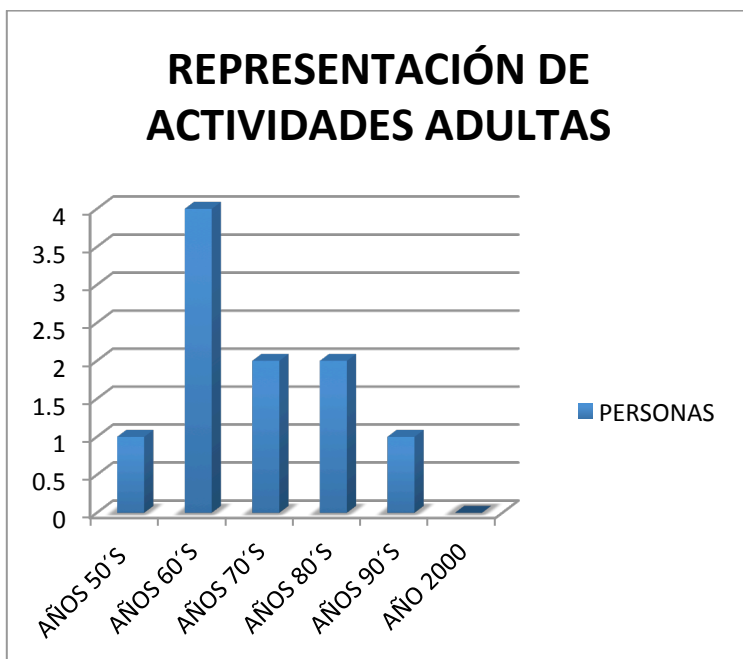


NATURALEZA	
AÑOS	PERSONAS
50'S	0
60'S	3
70'S	2
80'S	1
90'S	0
2000	0

Cuadro 3.

- c) Naturaleza:** En esta clasificación entran todos los juegos que se realizan al aire libre y con elementos de la naturaleza como lo son plantas y animales. Ejemplo de estos juegos podrían ser “perseguir luciérnagas”, “hacer perfumes con pétalos de flores”, “hacer casa en los árboles”, entre otros.

REPRESENTACIÓN DE ACTIVIDADES ADULTAS	
AÑOS	PERSONAS
50'S	1
60'S	4
70'S	2
80'S	2
90'S	1



2000	0
------	---

Cuadro 4.

d) Representación de actividades adultas: Esta clasificación incluye todos los juegos en los que el niño juega “a ser” alguien más. En este juego es el pequeño el que inventa la historia, ya que no hay reglas preescritas (ni es un juego que exista *per se*), sino que necesita de la creatividad del niño para que surja el juego y se construya la trama. Aquí incluiremos los juegos como jugar “a la mamá”, “a la maestra”, “al doctor”, “al súper héroe”, “a las comiditas”, entre otros.

JUEGOS EN RUEDAS	
AÑOS	PERSONAS

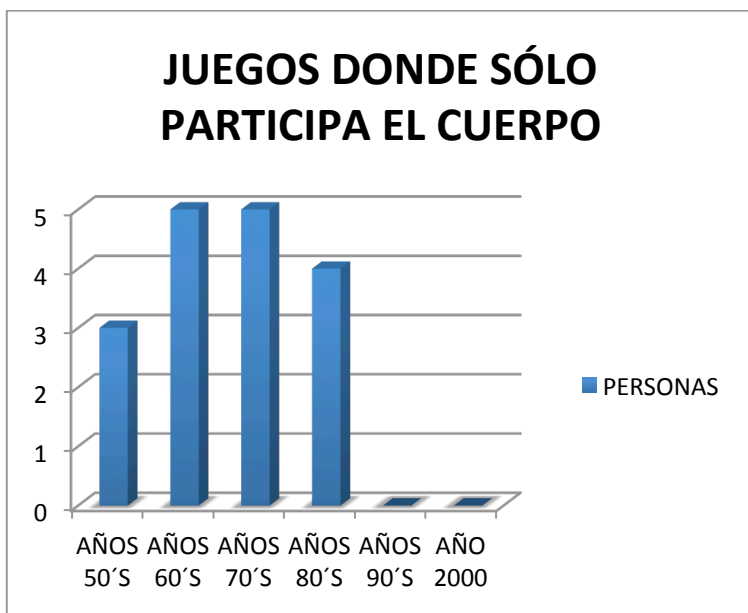


50'S	1
60'S	3
70'S	3
80'S	3
90'S	0
2000	0

Cuadro 5.

- e) **Juegos en ruedas:** Este apartado habla de los juegos en los que se utiliza algún instrumento o juguete con ruedas, por ejemplo la bicicleta, los patines, patineta, avalancha, entre otros.

JUEGOS DONDE SÓLO
PARTICIPA EL CUERPO



AÑOS	PERSONAS
50'S	3
60'S	5
70'S	5
80'S	4
90'S	0
2000	0

Cuadro 6.

f) Juegos donde sólo participa el cuerpo: Con este tipo de juego, nos referiremos a aquellos donde el niño prescinde de cualquier tipo de material para que éste se lleve a cabo. Serán juegos donde sea necesario que el niño corra, brinque, se esconda y ponga su cuerpo en movimiento, como por ejemplo: las “trais”, las “escondidas”, “quemados”, “encantados”, “cebollitas”.

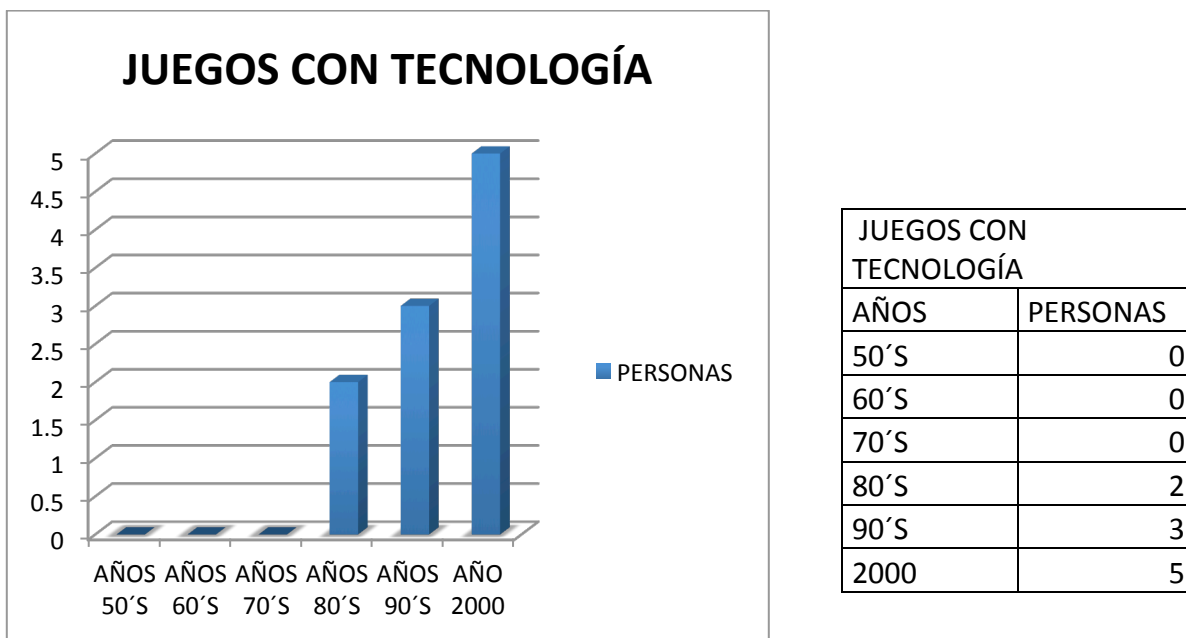
Dentro de estos juegos, es importante decir que a pesar de que el cuerpo del niño es actor principal, no será el pequeño el que lo invente, sino que es un juego estructurado previamente, es decir, con reglas e instrucciones que el niño debe de seguir.



JUEGOS CON UN SOLO MATERIAL	
AÑOS	PERSONAS
50'S	3
60'S	2
70'S	2
80'S	1
90'S	0
2000	0

Cuadro 7.

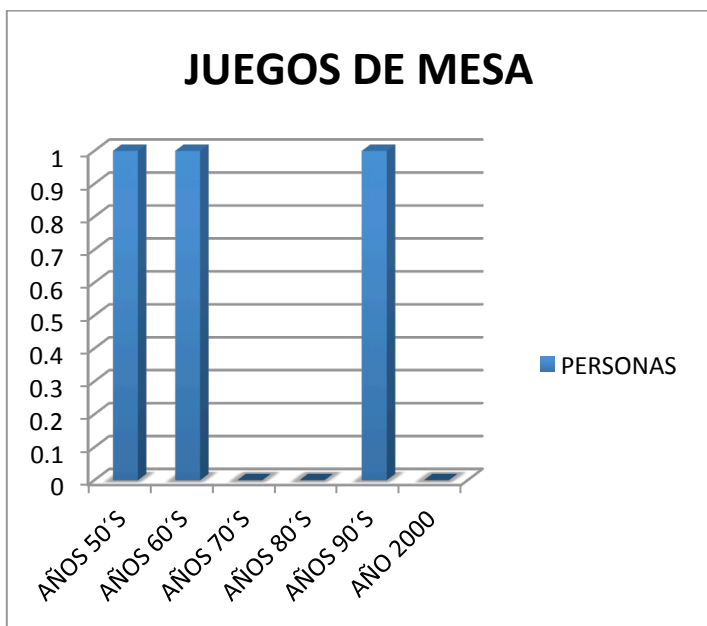
g) Juegos con un solo material: En este apartado se incluyeron juegos en los que es necesario un “accesorio” que funge como juguete y que en sí mismo no lo es, para poder llevarse a cabo. Por ejemplo: “resorte”, “saltar la cuerda” y “bote pateado”.



Cuadro 8.

h) Juegos con tecnología: Esta categoría engloba todos los juegos que requieren de energía eléctrica para funcionar. Todo tipo de consolas, videojuegos o “software”. Con esto nos referimos a diversos juegos que son creados para entretener, pero que tiene una característica importante: son juegos que son programados por el autor del mismo y que al usuario le es posible utilizar por medio de un control o ciertos mandos que lo hacen funcionar.

Estos juegos son simulaciones de “escenas” que se presentan en la televisión, la computadora y diversos dispositivos electrónicos. Por lo tanto permiten a quien los juega, imaginar que realmente son partícipes de la situación proyectada en el aparato.



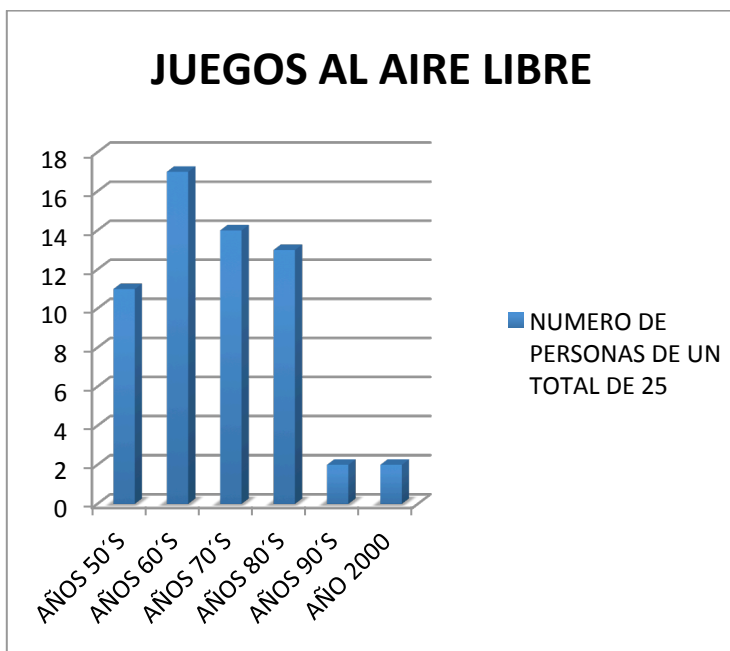
JUEGOS DE MESA	
AÑOS	PERSONAS
50'S	1
60'S	1
70'S	0
80'S	0
90'S	1
2000	0

Cuadro 9.

i) **Juegos de mesa:** Estos juegos, como su nombre lo dice, son aquellos que requieren de una mesa para sostener algún material o tablero con fichas. Este tipo de juego requiere indispensablemente de ciertas estrategias y del razonamiento de los jugadores.

Los juegos de mesa a diferencia de otros juegos, son bastante estructurados y cuentan con un instructivo que explica los pasos y las reglas del mismo.

Aquí incluimos juegos como: “turista”, “scrable”, “tarjetas”, “baraja”, entre otros.



JUEGOS AL AIRE LIBRE	
AÑOS	De 25
50'S	11
60'S	17
70'S	14
80'S	13
90'S	2
2000	2

Cuadro 10.

- j) **Juegos al aire libre:** En esta categoría están incluidas varias categorías más. Aquí tomaremos en cuenta lo siguiente: Juegos de pelota, naturaleza, juegos con ruedas, juegos con un solo material y juegos donde sólo participa el cuerpo. Sin embargo sólo se incluirá en este apartado, aquellos juegos que suceden, como su nombre lo expresa, “al aire libre”.

Lo anterior evidentemente no tiene la formalidad de una estadística, es únicamente una lista de varias personas que contestaron cuáles eran sus juguetes favoritos durante su infancia. Lo importante de estas tablas y gráficas mostradas, no tiene que ver con la cantidad de gente que se entrevistó (ya que sabemos que es una pequeña cantidad), sino con que éstas son representativas y hablan de sujetos atravesados histórica y lingüísticamente por ciertos hechos, que nos permiten tener datos sobre lo que nos interesa: ¿qué se jugaba en cada época? Estos gráficos nos dejan ver cómo es que en la actualidad se juegan cosas muy distintas a las que solían jugarse hace unos años y cómo es que poco a poco se

ha ido dejando fuera al cuerpo, involucrándolo cada vez menos en las actividades humanas, particularmente en la actividad de jugar.

Si observamos las gráficas anteriores, podemos comprobar cómo es que en los últimos cincuenta años se han dejado de lado los juegos que involucraban activamente el cuerpo; los juegos al aire libre, los juegos con pelota, los juegos con animales y con plantas, los juegos que requieren de movimiento, de saltos, de agilidad corporal, etc. Por el contrario, vemos en las gráficas de forma evidente que lo que en la actualidad se usa más, son aparatos electrónicos y juegos tecnológicos que precisamente lo que promueven, es el que los niños se queden estáticos frente a una pantalla (televisor, computadora, consola) y dentro de sus casas, sin que el jugar les represente demasiado esfuerzo físico.

Con los videojuegos por ejemplo, nos damos cuenta de que funcionan y tienen éxito, en gran medida porque lo que ofrecen es una prótesis para la creatividad que ya no se estimula en los niños. Es decir, que permiten al pequeño, aún a aquel que no es ni un poco creativo, pasar un rato de acción y de entretenimiento sin necesidad de que él invente absolutamente nada. No importa que tan aburrido o que tan violento llegue a ser un juego de video, el asunto es que en él está todo dado de antemano, está todo ya hecho. Hay una historia para elegir, escenografías, personajes, reacciones posibles de los mismos personajes, posibilidades de modificar lo ocurrido, “vidas” que se prestan y se consiguen para remediar la muerte.

El niño que se sienta frente a una computadora o frente al televisor a jugar con algún entretenimiento interactivo, recibe un material elaborado y procesado de antemano, que lejos de favorecer su constitución psíquica, su creatividad y procesos de pensamiento, lo que hacen es frenarlos y hacerlos lentos. El que se le dé todo ya hecho a un niño, lo inmoviliza física y psíquicamente y lo hace torpe para reaccionar y para pensar en soluciones propias.

Por lo tanto, vemos que esta situación también puede ser considerada como una posible “desventaja” (como lo expresa el punto 4.2) para que se lleve a

cabo lo que hemos descrito como proceso de subjetivación o constitución psíquica. Los niños que no juegan con su cuerpo, que no inventan, que no corren, que no se mueven, que no se pegan o se caen, que no experimentan e investigan en el mundo (con materiales y texturas), no tienen la misma posibilidad de reconocer su propio cuerpo, de utilizarlo con fluidez, de apropiarse de él y servirse de él para crear y para pensar.

Lo que anteriormente se consideraba “jugar”, implicaba el hecho de salir de las casas, el hacer esfuerzo físico (correr, saltar, trepar) y además el pensar durante cierto tiempo en qué es lo que se iba a jugar. Es decir, se usaba el material que hubiera a la mano para crear un juego que resultara emocionante y divertido para todos. No siempre se jugaba algo que existiera ya, por ejemplo con los juegos que llamamos “representación de actividades adultas”, donde estaríamos hablando de una especie de “juego del espectáculo” en el que el niño es el que inventa una historia y una trama a desarrollar y se enfrenta a diversas sorpresas siendo parte de los cambios y modificaciones en el juego. De cierta manera se construía una escena en la realidad, que es lo que en el juego de video se ofrece en forma de una imagen, pero con la diferencia de que en el videojuego no hay espacio para que el niño invente algo, sino que únicamente consume y recibe las opciones que el juego trae programadas.

Este pequeño apartado nos permite tener un poco más de claridad sobre cómo es que en la actualidad no existe un ambiente que favorezca la participación del cuerpo dentro del juego y por lo tanto, entorpece de diversas maneras el proceso de constitución psíquica.

4) ¿Por el ambiente social?

Y ya que hablamos de los cambios que surgen en la actualidad y de sus efectos sobre los sujetos que habitan en esta época, podemos detenernos un momento (breve) para hablar también de las escuelas actuales.

La educación se está privatizando, principalmente desde fines del siglo XX cuando el neoliberalismo tomó el poder político. Un ejemplo de ello son la enorme cantidad de instituciones privadas de educación superior, que han proliferado en la ciudad de Querétaro (la UVM, Tec Milenio, Univer, entre otras). La educación primaria también se ha visto envuelta en este proceso de privatización. Ello ha dado lugar a un sinnúmero de colegios particulares, que además de primaria ofrecen pre-primaria y secundaria. Estos colegios se han expandido en zonas residenciales y nuevos fraccionamientos de nuestra ciudad de Querétaro, una de las que tiene más crecimiento poblacional en la actualidad.

Estas escuelas compiten entre ellas para ganar clientes, por eso ofrecen siempre "un plus": (clases de francés, chino, arte, tecnología), con la intención de atraer más estudiantes a sus aulas. Estas escuelas tienen muchos "atractivos" para ofrecer y enganchar a los padres de familia: atención personalizada, espacios recreativos, atención y seguimiento a problemáticas de tipo emocional y de aprendizaje (a través de un departamento de psicopedagogía), educación física, laboratorio de cómputo, laboratorio de experimentos o robótica, intercambios al extranjero, grupos representativos y deportivos, etc. En general, ofrecen una supuesta "felicidad" para los padres y los niños que ingresen a ese colegio. De cierta manera se ha creado un discurso que, tal como lo explica Dany-Robert Dufour en "El arte de reducir cabezas" (Dufour, 2009), intenta vender la idea a los sujetos actuales, de que es posible tener un objeto que satisfaga cada una de las necesidades (mismas que a veces son ficticias) de niños y grandes.

He tenido la oportunidad de trabajar en un colegio con estas características y he observado que aquello que en un principio se ofrece como un ambiente ideal para la educación y el desarrollo integral de los niños, en ocasiones se convierte en un espacio que causa sufrimiento, tensión y muchos síntomas relacionados con la gran exigencia y la prisa con la que se vive en esas instituciones.

El hecho de que la escuela se comprometa a hacer tantas cosas, implica que todo el personal esté presionado para cumplir con dichos tratos. Las maestras, directores, psicólogas, trabajan con mucho apuro para poder llegar a la meta final: graduar niños perfectamente preparados para lidiar con los retos del mundo actual. Por esta razón, las relaciones personales dentro de la institución funcionan así, bajo un régimen sumamente estricto de rapidez y de producción de niños (cual mercancía) “competentes” y capacitados para el futuro.

La escuela, sin darse cuenta, se vuelve un factor que lejos de favorecer el que el niño se convierta en un sujeto crítico y pensante, lo que hace es que lo coloca de forma en donde únicamente recibe información que no le es posible comprender ni hacer propia, lo cual lo lleva a tomar un papel pasivo en su proceso de aprendizaje. Por otro lado, la prisa con la que los maestros trabajan impide que establezcan un lazo más cercano y que conozcan realmente a sus alumnos, ya que entran y salen presurosos del salón de clase, sin detenerse a comprender o intentar conocer más a fondo la situación particular de sus pequeños.

Además, y partiendo de que este es el tema que más nos interesa, no se les permite jugar. A pesar de que hay espacios específicos para el juego (como el recreo), en general, por la misma presión de cumplir con los temas y con los contenidos de cada materia, las maestras les exigen a los niños que estén en orden, en silencio y sentados en su silla durante la clase. La exigencia que la institución tiene sobre sus maestros, es la misma exigencia que las maestras tienen con sus alumnos, sin importar la edad de éstos, lo cual tiene consecuencias que no son siempre positivas.

¿Cómo pensar en un niño que no juegue?, ¿cómo imaginar un niño que no se mueva?, ¿cómo pensar en niños que no sean inquietos, rían o interrumpen a sus maestros de vez en vez?

Pareciera que lo que no quieren estas escuelas son niños. Los niños se caracterizan por moverse, por preguntar, por experimentar, por jugar. Pero al ser el objetivo lograr que sean adultos “exitosos”, la escuela los empuja a convertirse

en adultos desde pequeños. Para sorpresa de algunos maestros y directivos, no para la nuestra, los pequeños se resisten a crecer tan pronto y en ocasiones enferman.

Podemos ver algunos casos de niños que, desde muy pequeños, tienen gastritis o migraña y que al ser canalizados con un médico pediatra, no tienen problemas fisiológicos, sino que están preocupados, cansados y presionados por la escuela. También vemos niños que tienen pesadillas, que comienzan a ser más inquietos y que rápidamente son etiquetados con alguna enfermedad ya sea psicológica o neurológica, ya que así es más fácil separarlos del resto y tranquilizarse un poco al saber que aquellos que no se adaptan al sistema educativo, seguramente será porque necesitan ser atendidos por algún especialista externo.

De esta manera la escuela también se convierte en un espacio que actualmente no tiende a favorecer a los pequeños en su constitución subjetiva. Les impide disfrutar de su infancia al presionarlos para volverse adultos. Los frustra, pues ningún niño puede cumplir con las altas expectativas del colegio, mismas que se convierten en las expectativas de los padres, haciéndolos sentir poco capaces e incompetentes para cumplir con sus tareas escolares. Además de afectar y marcar el cuerpo con diversos síntomas y enfermedades.

En esta imagen se representa esto con un poco de humor:



3

Ahora podemos pasar al último punto que consideraremos como una dificultad para que se logre el proceso de constitución psíquica y de apropiación del cuerpo: el asunto del deseo.

5) ¿Por el deseo?

Es importante, además de tener presente el hecho de que los factores mencionados pueden influir en que un niño logre o no utilizar su cuerpo dentro del juego, tomar en cuenta que en este asunto (la constitución psíquica) siempre estará incluido el deseo del niño.

No podríamos pensar que todo lo que le sucede al pequeño es consecuencia de la relación con la madre, o que todo es el mito familiar, o que todo es a consecuencia de los cambios que se han venido realizando en la actualidad. Sin embargo,

- ³ Miguel Brieve (2008) DINERO. Random House Mondadori. Barcelona.

después de haber trabajado los capítulos anteriores, sabemos que el deseo del niño está efectivamente engarzado al deseo materno, a los significantes que ofrece la familia, a la historia que lo precede, etc. Por lo tanto esos elementos serán los que permitan u obstaculicen el que el deseo del niño se constituya.

Tal como lo venía explicando Rodolfo en “El niño y el significante” (Rodolfo, 1989), en cada caso que se analiza o que se escucha, hay un factor que él denomina como “diferencia” (Rodolfo, 1989, p.28), con el que se refiere precisamente al hecho de que cada historia es única e impar. Es decir, que sin importar lo que hemos venido mencionando, siempre puede haber un sujeto que frente a la misma situación y a pesar de las supuestas predisposiciones familiares o históricas, reaccione de forma imprevista o de forma distinta a lo que se esperaría. En cierta medida pensaríamos que es ahí, en esos pequeños instantes, que se manifiesta lo singular de cada sujeto, su deseo.

Por ejemplo, en el caso que mencionábamos del joven homosexual pudimos ver cómo algo en su historia (la mirada materna), le permitió realizar lo que él quería y lo salvó (por decirlo de alguna forma) de quedar atrapado en los significantes familiares. Él deseaba bailar y disfrutaba de actuar como una actriz, sin embargo en su familia no había espacio para eso.

El hecho de que el joven haya podido darle lugar a su deseo, tiene que ver con ese pequeño detalle que se encontró en su historia (el apoyo de la madre) y que se enlazó a lo que él quería, dándole la posibilidad de realizarlo. Por otro lado, como lo vimos con otros ejemplos como el de J. -que no podía peinarse frente al espejo- sucede que no aparece nada que lo rescate de que quedar atrapado en el deseo materno: el niño tenía diez años siendo el objeto de los cuidados maternos y ninguno de los dos podía pensar en otro escenario distinto. Ni la madre lo ofrecía, ni el niño lo buscaba. Además, el padre estaba completamente ausente, lo cual no ofrecía otra posibilidad o apoyo al niño para tomar otro camino que no fuera el de quedarse siempre al lado de su madre. Nuevamente es importante recordar que estos ejemplos sólo son pequeñas observaciones de niños con los que he tenido oportunidad de convivir o trabajar, sin embargo

ninguno de los ejemplos mencionados son casos clínicos ni tienen por objetivo ser especulaciones o teorizaciones de ningún tipo.

Podríamos recordar aquello que hablaba Piera Aulagnier en su texto “La violencia de la interpretación”, sobre el hecho de que un niño no juegue a veces tiene que ver con que quiere encontrar alguna forma de hacer saber qué es lo que él necesita: como una primera manifestación del deseo del niño. La autora habla de la “contraposición” (Aulagnier, 1986, p.120) y explica que la madre, al depositar expectativas y poner significantes sobre el cuerpo del niño, ejerce gran violencia sobre el bebé; a lo cual, al ser éste muy pequeño y no tener la posibilidad aún de responder o “contraponerse” (Aulagnier, 1986, p.120) a esto, lo único que le queda es el actuar. Algunas formas de mostrar su rechazo o su duda frente a los “enunciados identificatorios” (Aulagnier, 1986, p.120) que le son impuestos, son manifestadas por el cuerpo debido a que aún no le es posible expresar dicho rechazo con palabras. La autora señala algunas de las formas mediante las cuales podría manifestarse esta contraposición y habla de la falta de sueño, de crecimiento, de movimiento, de fonación, con la imposibilidad del pensamiento (como en el caso de algunos autismos) y, podríamos agregar, la falta de juego.

La contraposición aparece como una posibilidad del niño, de hacer valer su deseo frente a una madre que parece no dar lugar, ni abrir espacio para que éste se constituya. El mostrar con el cuerpo esa negativa, evidencia a la madre que hay algo de eso que ella está ofreciendo, que no es lo que le viene bien al niño, algo que no es lo que requiere ese cuerpo.

Sin embargo vemos que no en todos los casos el niño encuentra la forma de “contraponerse” y por lo tanto queda totalmente enajenado con el deseo del otro.

Así, pensaríamos que si el pequeño no puede usar su cuerpo, es porque hubo algunas situaciones (ya mostramos varias posibilidades) que no le permitieron constituir su deseo. Es decir que el deseo del niño queda atrapado en el deseo de

alguien más impidiéndole que, por ejemplo, juegue con su cuerpo de forma activa en un “juego del espectáculo”.

4.4 Conclusiones del capítulo

En los capítulos anteriores, hemos hablado detenidamente de qué significa para el psicoanálisis la constitución psíquica de un sujeto. Hemos dado cuenta de cómo es que el cuerpo es una construcción simbólica que conlleva un largo proceso, tanto de separación del niño (en relación con el otro primordial), como de apropiación (luego de haberse separado), de experimentación y utilización, que posteriormente lo llevan a poder jugar y moverse en el mundo incluyendo su cuerpo como un elemento activo y, a su vez, como aquel que le permite saber algo sobre su deseo.

Como ya lo hemos dicho antes, no pretendemos, en ningún momento, llegar a ideas generales precisamente porque es importante dar lugar a la singularidad de cada caso.

Estas suposiciones que hacemos sobre algunas de las dificultades con las cuales se podría topar un sujeto para construirse un cuerpo, son únicamente eso: especulaciones que se lograron a partir de la teoría y de breves ejemplos de niños, que nos permiten plantearnos diversas soluciones a los cuestionamientos iniciales.

CONCLUSIONES

A lo largo de este escrito he sostenido la tesis de que, la participación del cuerpo en la creación de un juego, específicamente dentro del juego como espectáculo, tiene efectos en la constitución psíquica.

Cuando comencé a escribir este trabajo, pensaba en cómo era posible que hubiera niños que no jugaran y que no encontraran en dicha actividad ningún placer evidente. Me parecía que no podría conformarme con simplemente pensar que hay niños que si juegan y niños que no lo hacen, ya que seguramente, de detenernos a buscar, encontraríamos alguna razón importante para que un niño renunciara a tal actividad y a tal diversión.

Por otro lado, lo que más llamaba mi atención era el hecho de observar que había niños que a pesar de querer jugar, desistían de hacerlo porque de cierta manera su cuerpo se los impedía. Me preguntaba qué era lo que los llevaba a dejar de lado sus “ganas” de jugar y a permanecer sentados observando a otros niños que con agilidad lograban divertirse.

Para poder responderme algunas de estas preguntas, me dirigí a la teoría psicoanalítica con la intención de encontrar algunas respuestas y de ampliar mis cuestionamientos.

A lo largo de la tesis se plasma el recorrido que realicé por varios textos de Sigmund Freud, para saber cómo es que el proceso de constitución psíquica comienza desde la llegada del cachorro humano al mundo. Cómo a partir de que el cachorro humano nace desprotegido e inacabado, es que su devenir tendrá que ver directamente, siempre, con el hecho de que haya otro semejante que lo acompañe y que desee su existencia. También me permitió acercarme al concepto de “huella mnémica” (Freud, 1950[1895]) y al de “representación” (Freud, 1915), que permiten hablar de la constitución del psiquismo, como aquel lugar en el que se registra lo vivenciado corporalmente.

Con otros psicoanalistas como Ricardo Rodulfo y Piera Aulagnier, me fue posible abordar el tema de la historia familiar, misma que precede al bebé y que lo recibe y lo acoge en el mundo, dándole forma a su existencia e influenciando su devenir

como sujeto. Estos autores hablan de cómo la madre recibe al niño y le traduce el mundo a partir de lo que ella conoce; posteriormente será trabajo del pequeño, ir tomando aquello que le viene bien de lo que le ofrece su madre y desechando lo que no le sea provechoso.

El psicoanálisis, como constructo teórico y como posibilidad práctica, me permitió pensar que cuando un niño no juega, no hay que responder de forma veloz y decir que esa dificultad tiene que ver con alguna falla evolutiva o con algún trastorno de aprendizaje, psicomotor o neurológico. El psicoanálisis lo que permite es, muy por el contrario, abrir un hueco allí donde ya hay muchas respuestas (en la actualidad, por ejemplo, el montón de posibles déficits y trastornos infantiles que al nombrar a un niño tranquilizan a padres y maestros), y nos da oportunidad de preguntarnos por la singularidad de cada caso.

El psicoanálisis me permitió, en este pequeño trabajo, localizar algunas posibilidades para explicar la falta de juego en el niño, encontrando varias respuestas hipotéticas, a partir de lo que la historia de un pequeño nos cuenta sobre su propio cuerpo. Pienso que este abordaje teórico psicoanalítico nos permite tomarnos el tiempo de analizar a detalle una complicación subjetiva y encontrar diversas respuestas a la misma. De esta forma intenté trabajar en esta tesis, pensando que no es sólo la madre del niño, la sociedad, el contexto histórico, económico y social, la escuela, o el deseo del niño son lo que determina si éste podrá o no utilizar su cuerpo para el juego y los procesos creativos; sino que, partí de la idea de que podrían ser todas a la vez, o quizá otras vicisitudes que influyeran en que en algunos niños, los procesos creativos y el juego se vieran entorpecidos. Para el psicoanálisis no hay una sola respuesta posible.

Por otro lado, no sólo es trascendente el hecho de poder aclarar mis dudas personales e invitar a quienes tengan interés en este tema a continuar trabajando a partir de los espacios que esta tesis deja abiertos, sino que me parece importante decir que este trabajo me marca a mí como sujeto que también continúa constituyéndose y me permite cuestionarme sobre qué significa ser un psicólogo clínico en formación.

A pesar de no ser psicoanalista, en mi trabajo clínico me es posible tomar del psicoanálisis la opción de dar lugar a la duda. Es decir, que a pesar de que en la actualidad haya pocos espacios y pocas opciones para intervenir con paciencia y partiendo del enigma, el psicoanálisis me permite darle lugar en mi propia práctica y en mi trabajo, a una forma distinta de escuchar y recibir lo que a los niños les aqueja.

En mi formación como psicóloga clínica este trabajo de investigación, me permite confirmar lo valioso que es el darnos tiempo para cuestionarnos y para respondernos, de a poco, sobre las dificultades subjetivas y abordarlas estando advertidos de que no habrá una solución única y generalizada para todos los casos, aunque éstos sean similares.

Por último debo decir que esta maestría me ha permitido, tal como era el objetivo, contar con mayores conocimientos teóricos y prácticos para observar, escuchar e intervenir dentro de los espacios en los que yo trabajo y me desenvuelvo de forma cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1986) “La violencia de la interpretación”. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Brieva, M. (2008) “Dinero. Random House Mondadori”. Barcelona.
- Dufour, D.R. (2007) “El arte de reducir cabezas”. Buenos Aires, Argentina. Ed. Paidós.
- Foucault, M. (1990) “Las tecnologías del yo”. Barcelona. Ed. Paidós.
- Freud, S. (1950[1895]/1986) “Proyecto de psicología para neurólogos”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol.I). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. () “Carta a Josef Breuer”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol.I). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1942[1905 o 1906]/1986) “Los personajes psicopáticos en el escenario”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908[1907]/1986) “El creador literario y el fantaseo”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1910-11/1986) “Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1986) “Introducción del narcisismo”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1986) “Pulsiones y destinos de pulsión”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1986) “Más allá del principio del placer”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/1986) “El sepultamiento del complejo de Edipo”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1986) “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926[1925]/1986) “Inhibición síntoma y angustia”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1927/1986) “El porvenir de una ilusión”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930[1929]/1986) “El malestar en la cultura”. En J. Strachey (Ed.), Sigmund Freud obras completas. (J. L. Etcheverry, Trad. Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu.
- García Reinoso, D (1980) “Juego-Creación-Ilusión. *Revista Argentina de Psicología (RAP)*, No. 28. 13-26.
- González Aguilera, M. L. (2010) “Jugar con ilusión: clínica de la potencialidad”. *Non Nominus*, No. 11. 5-14.
- Hernández Mata, V. (2008) “El juego y la escritura freudiana en la práctica psicoanalítica con niños”. (Tesis de doctorado). Universidad Autónoma de Querétaro.
- Lacan, J. (1966) “El estadio del espejo como formador de la función del Yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. Escritos 1. París. Ed. Paidós.
- Landaverde, Romero E.I (2012) “Hablemos del jugar: su lugar en el psicoanálisis con y de niños”. (Tesis de maestría). Universidad Autónoma de Querétaro.
- Maestro, P. (2009) “Juan y las habichuelas mágicas”. Colección Colorín Colorado. Madrid. Ed. Luis Vives.

- Oneil, A. (2008, octubre 10) "The traedy of first position". Recuperado en <http://www.youtube.com/watch?v=tdylQeg5B9I>
- Porge, E. (1990) "La transferencia a la cantonade". *Litoral No. 10. La transferencia*.
- Rodulfo, R. (1989) "El niño y el significante". Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Tubert, S. (1991) Algunas consecuencias imaginarias de la diferencia simbólica entre los sexos. *La bella (in)diferencia*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Siglo XXI.
- Winnicott, D. (1971) "Realidad y juego". Barcelona, España. Ed. Gedisa.